

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

Los escudos
invisibles.
Un **Martí**
desconocido



Edición: **Martha Pon Rodríguez**

Diseño de cubierta y pliego gráfico: **Alexis Diezcabezas**

Composición: **Martha Pon Rodríguez**

© Raúl Rodríguez La O, 2019

© Primera edición: 2003

© Segunda edición: Editorial Capitán San Luis, 2019

ISBN: 978-959-211-553-8

Editorial Capitán San Luis

Calle 38 no. 4717 ente 40 y 47, Kohly, Playa

La Habana, Cuba

Email: direccion@ecsanluis.rem.cu

www.capitansanluis.cu

<https://www.facebook.com/pg/editorialcapitansanluis>

Sin la autorización previa de esta Editorial queda terminantemente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio.

*A la memoria del Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz,
y los comandantes Camilo Cienfuegos Goriarán, Ernesto
Che Guevara de la Serna y Juan Almeida Bosque*

Agradezco nuevamente a mi amigo, poeta, ensayista y narrador ya fallecido Cintio Vitier Bolaños, quien con su generosidad de siempre puso en mi conocimiento el último seudónimo utilizado por José Martí:

Abel

Los métodos callados y los oficios públicos

Estimados amigos:

Si las sombras son luz suficiente, es altamente riesgoso develar lo invisible y más cuando se trata de escudos que servían de defensa para la obra mayor de una criatura magna como José Martí. “Escudos invisibles, pararon estos golpes alevosos”. Deja dicho el Apóstol para testificar que ya el 24 de enero de 1880 se podía hablar de “vigilantes en las sombras” cuando el verbo encendido del Maestro emprendía su lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall, Nueva York.

Raúl Rodríguez La O escoge este sustancioso postulado martiano como título de este, su último libro, por ahora, desde luego, y lo ofrece a manera de investigación y ordenamiento de una labor entrañable de José Martí que hasta el momento no había sido tratada con tan exhaustivo tacto, delicadeza e insistencia.

El historiador, persistente indagador de archivos, hombre capaz de hilvanar crónicas a partir de datos cabalmente sopesados, devoto de la verdad, nos brinda la posibilidad de entrar en el cumplimiento de las obligaciones martianas para llevar a cabo los preparativos de la guerra necesaria, la independencia de la patria acechada por toda clase de peligros y amenazas que asaetaban para evitar que alcanzaran la plena libertad anhelada por los cubanos de

raigal sentido histórico y moral que a lo largo de tantas décadas ofrendaron fuerzas, vida, sangre e inteligencia, por alcanzar una meta difícil que parecía serle negada.

El autor de este Martí desconocido no escatima esfuerzos de búsquedas y hallazgos para demostrar la eficacia del Apóstol como conspirador, con todo lo que esta tarea tiene de táctica y de estrategia, pero sin olvidar, a pesar de la reiteración del concepto de luchador hábil e incansable, que se trata de un poeta inmerso en acciones fundacionales tanto para la patria como para el espíritu de la criatura. “Y fundemos, sin la ira del sectario, ni la vanidad del ambicioso. La revolución crece”. Y para ello recuerda, y es afirmación del autor de este libro, “optó por el silencio”.

Rodríguez La O va deslizado citas martianas tomadas de diversas fuentes, fundamentalmente epistolares, para asegurarnos la eficacia de la labor eficiente y sutil de Martí para lograr su cometido. Pero al mismo tiempo, vale la pena señalar, y agradecer, que la convocatoria al silencio, e inclusive la necesidad de catalogar estos hechos en el espacio de espionaje, no lo lleva a una manipulación superficial, como algunas veces se ha hecho, de la misión martiana para confundirla con una vulgar y coyuntural colección de técnicas y habilidades mecánicas para lograr un fin con medios aprendidos y repetidos hasta la saciedad en el tiempo y los más disímiles espacios.

Si Martí es sabio en el manejo de su vocación, Rodríguez La O corresponde con fineza muy cubana en su discurso; y casi termina su recuerdo documental con la inclusión íntegra de la carta a Manuel Mercado que después de todo lo reseñado nos aclara profundamente el sentido de la conocida frase “en silencio ha tenido que ser”.

“Yo callaré, que nadie sepa...” es un referente poético martiano para todo su vivir y Rodríguez La O en el capítulo “José Martí y la Tregua Fecunda”, quizá el más misterioso y a la vez el más revelador del libro, nos facilita claves para entender, temblando de emoción, la trayectoria y el uso que hace Martí de su talento y talante, la conciencia de su propio destino.

Ejemplo luminoso es la carta a J. A. Lucena, fechada en Nueva York el 9 de octubre de 1885, en la cual desarrolla una mayéutica, plena de ética e historicidad, al servicio de una idea y un compromiso total, que obliga a recrear el diálogo del Maestro consigo mismo y con sus coetáneos, con la naturaleza y con Dios, un Dios personal y colectivo a la vez y que ya se insinúa en su plena visión de la patria. Dice “¿Qué había de hacer en este conflicto un hombre honrado y amigo de su patria?”. No olvidemos la referencia del poema, que casi nadie gusta de recordar, “Amor de ciudad grande”: “Yo soy honrado y tengo miedo” (No hay necesidad de mencionar que a Martí ese miedo declarado y ligado a su honradez jamás lo llevó al pánico ni lo paralizó.)

Decirlo en secreto, silencio, sigilo. Palabras claves de toda la vida, pasión y muerte de un apóstol que cumplió su apostolado a plenitud.

José Martí recurre a los métodos necesarios debido a que descubre el peligro que rodea a la creación de la república libérrima por la que lucha. Y a la par que, según nos comunica Rodríguez La O, oficia magistralmente en los escabrosos campos de la inteligencia y la contrainteligencia, no deja de ser el poeta que es, cuando se responde a su propia e íntima pregunta “¿Cómo serviré mejor a mi tierra?”: “Ahoga todos tus ímpetus; sacrifica las esperanzas de toda tu vida; hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto; mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra, so pretexto de servir bien”. Y más adelante, en la misma carta el rotundo “Me he quedado en silencio”.

Como si un Dios bíblico y poderoso le ordenara “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente, no temas ni desmayes porque Jehová tu Dios será contigo donde quiera que fueres”. Ya habíamos hablado de un Dios personal que supera toda retórica teológica que en este caso sirve de apoyatura moral al hombre erguido en su tiempo y para su tiempo.

El apud que sirve a Spinoza: “Dios, es decir la naturaleza”.

Rodríguez La O, que ya había urdido en otros trasfondos

martianos, nos lo ofrece así en su circunstancia de lucha donde y cuando son necesarios entre otras tantas cualidades el sigilo y la discreción. El sigilo que aquí tiene un sentido trascendente, la palabra salvada, no en balde José Lezama Lima, martiano raigal, adopta el término ennoblecido por Martí y llama Aventuras sigilosas a una zona de su poesía; y la discreción que impregna no sólo esta porción de obra y vida, sino toda su trayectoria: de las palabras afines a “la majestad del acto”.

Obligado por las acciones que se toman contra él y los patriotas, asume las tácticas necesarias para contrarrestar y vencer a los enemigos. Y triunfa y se mantiene alerta y enseña y aprende y acepta, para superarlo, el error, “Del error, di el antro de las veredas oscuras”. Pero se atormenta por él y por no ser “motivo de pena ajena”. “El esperar, que es en política, cuando no se le debilita por la exageración, el mayor de los talentos, nos ha dado la razón a los que parecía que no la teníamos. Todo eso quería yo que se hiciera, y por mi parte he hecho, desde hace cuatro años, preparando la hora que hace dos estuvo por llegar, y alejamos por uestros errores...”. Pero el poeta, la tierna criatura que ha honrado a su madre recordando en un poema los sucesos habaneros del Teatro Villanueva, quiere y necesita el cariño, la aceptación. Y lo reitera con la más plena hermosura viril de su palabra: “consuéleme y aliénteme con su aprobación y su cariño: que mi única flaqueza y necesidad es la de ser amado”. Le escribe nada menos que a Máximo Gómez. “Ame a su amigo, y confíe en él. Este hombre no es vencido ni ceja” le escribe a Julio Sanguily. “Dígame enseguida que me entiende y me quiere. Aguardo con el corazón atravesado. Yo vigilo y salvo” ruega y afirma a Serafín Sánchez. Y los párrafos serían infinitos.

“Callo, vigilo y salvaré”.

Todo lo hizo en este libro que nos regala Raúl Rodríguez La O y que le agradecemos desde el entrañable hondón martiano que lo une a su pueblo; este autor humilde y soberbio a la vez, termina con un homenaje que tal vez sea como un ramo de flores y una bandera en la tumba de José

de Jesús Ramón de la Candelaria Pons y Naranjo, conocido en época insurreccional y luego republicana, (fue director del valiente periódico civil *Patria y Libertad* de las primeras décadas republicanas), como Agente General Luis. Sin ser soldado, pero muy patriota, mereció elogios y el abrazo distante de su José Martí. Por aquello de que honrar honra, aquí aparece.

Lo que fue en silencio ilumina las tinieblas. Y la discreción señorea la historia para poder decir como Shakespeare:

“The better part of valour is discretion; in the which better part I have saved my life”.

(La mejor parte del valor es la discrección; en esa mejor parte yo he salvado mi vida.)

“Callo, vigilo y salvaré”. Repite José Julián Martí Pérez.

Gracias Raúl Rodríguez La O. Historiador. Cubano en la hermandad.



Presentación del libro que hizo el poeta y Premio Nacional de Literatura de 1999, César López, en el tradicional Sábado del Libro en el Palacio del Segundo Cabo, La Habana Vieja, el 17 de mayo de 2003. (N. de la E.)

Introducción

Las diferentes facetas de la vida de nuestro Apóstol y Héroe Nacional, José Martí, están reveladas en su extensa obra. A través de ella podemos conocer al intelectual, periodista, poeta, crítico literario, traductor, dramaturgo, cuentista, novelista y diplomático, así como su colosal labor patriótica, política y revolucionaria a favor de la independencia de Cuba desde la primera gesta libertaria, iniciada por el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de octubre de 1868 en Demajagua, Manzanillo, municipalidad de la entonces provincia oriental, hasta su caída en combate, el 19 de mayo de 1895.

Casi todas las facetas de Martí han sido objeto de estudio y profundo análisis. Sin embargo, hay una que los historiadores, investigadores y especialistas, dedicados a su obra, aún no han abordado con la suficiente profundidad; me refiero a la importancia que nuestro Héroe Nacional concedió a las actividades de espionaje y contraespionaje durante las luchas independentistas, fundamentalmente durante la Guerra Chiquita, y en particular, durante los preparativos de la gesta del 95, de manera especial a partir de la fundación del periódico Patria, el 14 de marzo de 1892 y de la creación del Partido Revolucionario Cubano, el 10 de abril de ese mismo año.

Para contribuir de algún modo a tal imperiosa necesidad, he dedicado algunos años a investigar las actividades de inteligencia y contrainteligencia desarrolladas por el maestro

en las tres gestas independentistas del siglo XIX. Para ello, de extraordinario valor me han sido los archivos históricos de España, Argentina y el Archivo Nacional de Cuba, así como la Biblioteca Nacional José Martí y otras instituciones cubanas. En el centro de esos trabajos ha estado siempre el Apóstol. Por eso en 1993, la Editorial Capitán San Luis del Ministerio del Interior publicó La red está tendida y posteriormente en 1997, Desde la sombra por la Editorial Verde Olivo, ambos libros de mi autoría.

Con esta nueva edición de Los escudos invisibles. Un Martí desconocido, tanto el autor como la Editorial Capitán San Luis rendimos homenaje a José Martí en el 165 aniversario de su natalicio. Nuestro propósito es destacar las acciones del Martí conspirador y combatiente revolucionario durante las tres guerras y en ese sentido nos hemos propuesto significar la labor de espionaje a que fue sometido sistemáticamente, sobre todo a partir del 26 de marzo de 1880 cuando ocupaba el cargo de presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, en sustitución del mayor general Calixto García Íñiguez. De igual manera hemos tratado de resaltar la priorizada atención que prestó siempre a las actividades de espionaje, tanto por parte de las autoridades coloniales españolas como de las norteamericanas y sus secuaces de la agencia Pinkerton de los Estados Unidos de Norteamérica; de igual interés han sido también las medidas adoptadas por él, para contrarrestar esas labores del enemigo.

En breve recorrido y a partir de la documentación de archivo consultada en los centros antes mencionados, hemos querido reconstruir y exponer a grandes rasgos el papel del Apóstol como conspirador en ese período conocido como Tregua Fecunda o Reposo Turbulento, según él mismo lo calificara y del cual poco se sabe.

Por otra parte, debido a lo mucho que se refirió en su obra al espionaje y la imposibilidad de darlo a conocer todo, hemos hecho una selección de fragmentos de su epistolario, discursos, circulares y artículos periodísticos

que abordan la temática y donde el lector pueda apreciar el uso constante de las palabras silencio, vigilancia, discreción, desconfianza, reserva, desinformar, fingir, cuidado, sigilo, cautela, invisible, sombra, persecución, redes, acecho, clave, secreto y tinieblas.

En esta obra el lector conocerá los seudónimos utilizados por Martí y otros combatientes, así como las claves, cifrados, siglas, palabras y frases previamente acordadas para garantizar la comunicación y burlar el espionaje enemigo.

También hago alusión a la más importante agencia de espionaje de nuestras tres guerras por la independencia, fundada el 5 de enero de 1895, en la calle Crespo no. 27 de La Habana, bajo las orientaciones de José Martí y Máximo Gómez, por José de Jesús Ramón de la Candelaria Pons y Naranjo, Agente General Luis, cuyas actividades no fueron descubiertas nunca y él junto a sus miembros continuaron prestando servicio a Cuba, incluso, hasta después de la intervención norteamericana en 1898.

Es justo señalar, que para la realización de esta obra resultaron de gran utilidad los trabajos sobre nuestro Héroe Nacional y el espionaje, publicados por los investigadores Nydia Sarabia, René González Barrios, Jorge Petinaud Martínez, José Abreu Cardet y el colega francés Paul Estrade, entre otros, así como muchos documentos originales encontrados en los archivos antes mencionados, referentes a las labores de los servicios secretos durante las tres guerras.

Seguro que los lectores, igual que le sucedió al autor, se asombrarán, disfrutarán, reconocerán y amarán aún más al genial hombre, cuando lo vean convertido por su entrañable amor a Cuba, en un verdadero especialista que organizó y estructuró bajo su dirección, un sistema de inteligencia y contrainteligencia que no pudo ser burlado y que le permitió la organización e inicio de la tercera y última guerra por la independencia. En ese campo él también demostró capacidad, talento, lealtad y valentía. Por eso seguirá siendo el Maestro.

Expreso con toda humildad, que mi interés al escribir este libro consiste en que todo el que se sumerja en la lectura de sus páginas, descubra un Martí hasta el momento desconocido para que le continúe siendo fuente de inspiración y de combate en estos tiempos donde el enemigo no deja de realizar su labor diversionista, de dividir, crear quintas columnas y hacer su labor de zapa para destruir la Revolución Cubana.

Para concluir estas palabras introductorias, quiero hacerlo con las propias de José Martí cuando cayó en combate el 19 de mayo de 1895, o las de Abel, su último seudónimo. Él, en su permanente batallar en silencio, para impedir los objetivos de los enemigos de la revolución y de la patria, le expresó al general Serafín Sánchez, en carta del 10 de noviembre de 1894: Yo vigilaré y salvaré.

Raúl Rodríguez La O,
La Habana, octubre de 2019

“...Pero había vigilantes en las sombras. Y caminaron sobre sus pasos, y delante de ellos. Concedía el jefe español grados, y doraba uniformes, y traía a sus jefes negros a palacio, y pagaba oradores, y mantenía un periódico, y como veneno por las venas, los derramaba por los clubs y por las casas a cantar las glorias del gobierno de España, y a ofrecerles en su nombre una libertad que han tenido, aunque no era menester, ocasión clara y reciente de juzgar. Escudos invisibles, pararon estos golpes alevosos, y dirigieron por fecunda vía a aquellas masas móviles y atentas...”¹

José Martí

¹ José Martí: “Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall, Nueva York”, 24 de enero de 1880, en *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo 4, p. 203.

Un antecedente necesario

Señor: Durante su residencia en la Isla de Cuba, de tiempo en tiempo y cuando se presenten oportunidades seguras, Usted comunicará privadamente y en notas confidenciales a este Departamento todas las informaciones que le sea dable obtener con respecto a la situación política de la Isla, a las miras de su Gobierno y a los sentimientos de sus habitantes. Usted observará atentamente todos los sucesos que guarden relación con su conexión con España [...]. Caso de que en La Habana residan Agentes franceses o británicos, usted tratará de darse cuenta, sin investigaciones directas o curiosidad aparente, sobre sus asuntos, objetos y propósitos; y observará cualquier fuerza marítima de cualquiera de esas Potencias que pueda hacer estación en las Antillas o presentarse en la vecindad de la Isla.

Usted se mantendrá atento a cualquier agitación popular, sobre todo a aquellas que puedan referirse a la cesión de la Isla por España a cualquiera otra Potencia o a que los Habitantes asuman un Gobierno independiente. En sus

relaciones con la Sociedad se le harán a Usted preguntas acerca de las miras del Gobierno de los Estados Unidos con respecto al estado político de Cuba, a las que responderá que hasta donde le son a Usted conocidas por el hecho de haber residido en la sede del Gobierno, el primer deseo del Gobierno consistía en que Cuba continuase en su conexión política con España y que sería de todo adverso a la cesión de la Isla a cualquiera otra Potencia. Prudentemente evitará entregarse de algún modo a propósitos que puedan sugerírsele en cuanto a cooperación en alguna medida que persiga un cambio en la condición política de su Pueblo; pero me informaría, conforme antes se le indica, todo lo que de alguna manera llegue a su conocimiento a ese respecto y cuya información pueda ser útil al servicio público. Ejerza un juicio discriminativo sobre todo Testimonio que comunique como información, a fin de que nosotros podamos distinguir el grado de crédito debido a cada exposición de hechos. Usted desconfiará debidamente de los meros rumores populares; pero no descuidará ninguna fuente de útil información. [...]

(González, 1988: 81-82)²

Contra Cuba se ha practicado en grado sumo el espionaje —acto tan antiguo como el propio hombre—, incluso sus habitantes padecen, desde mucho antes de que se iniciara la gesta independentista del 10 de

² De esta manera aparecerán siempre las referencias de lo citado. Otros datos: título, editorial, etc., el lector podrá encontrarlos en las páginas dedicadas a la bibliografía y otras fuentes que el autor consultó para la realización de su obra. (N. de la E.)

octubre de 1868, las consecuencias de este delito como ha podido apreciarse.

La reveladora y maquiavélica comunicación del entonces secretario de Estado, John Quincy Adams, al agente especial de Estados Unidos en Cuba, Thomas Randall, fechada el 29 de abril de 1823, con la que se inicia esta obra, deja claro, a partir de este momento, la postura oportunista, agresiva e hipócrita de los gobernantes norteamericanos con respecto al destino futuro de la Isla y el control de su territorio. En ese sentido es de significar la preocupación de los vecinos del norte por posibles agitaciones populares que pudieran conducir al país a manos de cualquier otra potencia y, sobre todo, al hecho de que los cubanos asumieran un “gobierno independiente”. Denota además, que la lucha por la independencia de la Isla se ha desarrollado desde muy temprano contra espías, traidores y confidentes cubanos, españoles, norteamericanos e ingleses, entre otros que se han brindado a tan despreciable actividad.

Por ello resulta fácil comprender la consecuente actitud asumida por el Gobierno estadounidense en relación con las gestas independentistas de los cubanos en el siglo XIX y el no reconocimiento de la beligerancia de nuestros patriotas.

José Martí y la Guerra Grande (1868-1878)

La primera guerra por la independencia, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, en el ingenio Demajagua, Manzanillo, perteneciente entonces a la provincia de Oriente, tuvo primero, como es lógico suponer, un período de incubación y de larga preparación. Previamente fue necesario organizar y estructurar una cuidadosa red conspirativa, en la cual las logias masónicas desempeñaron un papel decisivo. Como esta temática ha sido abordada ampliamente a lo largo de los años, no será objetivo priorizado en este trabajo. Baste decir que la revolución pudo comenzar y sostenerse no solo por el valor de los hombres y el armamento que pudieran poseer, sino por el aparato clandestino organizado y perfeccionado paulatinamente, integrado por heroicos combatientes y agentes leales que en silencio y en el anonimato más absoluto, se movían por montes y ciudades de la Isla y en el exterior, en cumplimiento de sus misiones: búsqueda de información, penetración en las filas enemigas, traslado de armas y municiones, correspondencia y suministro de alimentos, ropas y medicamentos, entre otras.

Carlos Manuel de Céspedes concedió siempre gran importancia a las actividades de espionaje, y ello le permitió burlar al enemigo más de una vez, incluso,

el propio alzamiento del 10 de octubre fue adelantado gracias a la información a tiempo, proporcionada por un colaborador telegrafista, que le comunicó la orden de detención dictada contra él por las autoridades coloniales.

El Padre de la Patria orientó a quien luego sería coronel de la guerra del 95 y segundo del Departamento de Expediciones del Partido Revolucionario Cubano, Federico Pérez Carbó, cuyo seudónimo era *Leónidas Raquin*, que no se alzara y se convirtiera en su principal agente en la ciudad de Santiago de Cuba; su labor fue muy destacada y muchos fueron los servicios que prestó a la causa cubana.

Cuando Céspedes cayó en combate en San Lorenzo, se pudo comprobar que los nombres de sus agentes y colaboradores más cercanos estaban escritos en clave.

En esa guerra que duró diez años, el mayor general Carlos Roloff fue jefe nacional de inteligencia y el mayor general Vicente García ocupó un lugar importantísimo en las actividades de espionaje y contraespionaje, amparado en los seudónimos *Ciriaco* y *Amosdeo*. En el Archivo Nacional de Cuba existe numerosa información sobre correspondencia suya con agentes cubanos, e incluso con el francés Charles Filiberto Peisó —con grado de sargento alcanzado en la Comuna de París—, quien se conoció primero como *Filiberto* y luego como *Aristipo*. Este agente fue reclutado por el también agente de Vicente García en la ciudad de Tunas, Joaquín Romero, cuyo seudónimo era *Arístides*.

Tanto *Aristipo* como *Arístides* facilitaron a Vicente García la información sobre las fortificaciones y el sistema defensivo de Tunas, gracias a ello, entre otros factores, el general pudo asaltar y ocupar esa ciudad en 1876. Charles Filiberto Peisó tuvo que alzarse al ser descubierto y cayó combatiendo con grado de capitán

del Ejército Libertador. Al reconocer su cadáver, en represalias por sus servicios a Cuba, las autoridades coloniales lo descuartizaron y llevaron sus despojos a la ciudad para que sirvieran de escarmiento.

Destacada fue también la labor desempeñada, en los incipientes órganos de espionaje, por el mayor general cienfueguero Federico Fernández Cavada Howard, uno de los precursores de la inteligencia mambisa. Según el historiador José Abreu Cardet, el mayor general Julio Grave de Peralta prestó igualmente gran atención a las actividades de espionaje en Holguín y pudo organizar un importante destacamento de agentes y oficiales operativos en el territorio bajo su mando. Por ejemplo, el capitán Pedro Arias estaba encargado de atender a los agentes que actuaban en la ciudad de Holguín y el poblado de Yareyal; Antonio de Feria, a los de Hatillo y Cruces de Purnio; el comandante Jesús de Feria y el teniente Francisco Leyva, a los de La Ensenada—actual municipio de Banes— y Belisario Grave de Peralta a los de la zona de cultivo de Gibara. El valor y patriotismo de esos combatientes clandestinos puede apreciarse en las siguientes líneas, enviadas por un agente a Pedro Arias, su oficial operativo:

Manifiesto a V. como por esta la cosa enteramente mala nada te puedo mandar por ahora porque estamos enteramente vigilados (...) no por eso dejaré de dar las noticias y aviso de la salida de los voluntarios que es la única tropa que queda aquí (...) da el abiso a la fuerza pero llo he benido para ser bien a la patria i mi obligación es dar el oficio aunque por el me cueste morir.

(Abreu, 1991: 13)

Las autoridades coloniales españolas organizaron un fuerte aparato de espionaje y contraespionaje destinado a sofocar el movimiento independentista, al que le concedieron gran importancia y apoyo una vez que comprendieron la imposibilidad de vencer a los patriotas mediante las armas. Ello explica el envío al campo insurrecto de la primera gran misión pacifista por parte del gobernador de la Isla, general Domingo Dulce. Se le asignó esta responsabilidad al escritor y periodista cubano José de Armas y Céspedes, quien también fue portador de mensajes de la Junta Revolucionaria de La Habana. De Armas Céspedes había pertenecido al grupo reformista de Miguel Aldama y José Morales Lemus, y había ocupado responsabilidades administrativas en el Gobierno de La Habana.

Al regresar de su misión, sin éxitos, pues los jefes insurrectos no aceptaron las propuestas de que era portador, se escondió en la casa de Rafael María Mendive, en la capital. Este último, maestro de José Martí, fue más tarde detenido y condenado a cuatro años de destierro en España por conspirar contra el Gobierno, contribuyó a ello el hecho de habersele ocupado una carta que José de Armas trasladó desde el campo de la insurrección y había dejado en el domicilio-refugio junto con otros documentos —según información inédita existente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y localizada por el autor. Lo cierto es que este episodio protagonizado por José de Armas no ha sido suficientemente estudiado y aclarado por los historiadores y existen muchas interrogantes al respecto.

Posteriormente, de Armas apareció involucrado en otras misiones pacificadoras y de acuerdo con las investigaciones realizadas, su conducta resulta muy dudosa, aunque no contamos con pruebas que permitan

afirmar o negar algo categóricamente. Se trata tan solo de indicios negativos. Sin embargo, José Martí quien lo conoció y desde los primeros momentos de su vida revolucionaria y conspirativa se caracterizó por ser desconfiado, receloso y mirar con reserva las labores provenientes del enemigo, al referirse a un encuentro con él en la década de 1870, anotó significativamente y con lógica preocupación en uno de sus cuadernos de apuntes, lo siguiente:

Una narración que no es para perdida. En el Louvre me la hizo, y en Fornos me la acaba de repetir Pepe de Armas.—Esta es,—ahorrándome los comentarios del narrador.

Pacto entre reformistas y revolucionarios,—Compromisos de aquéllos al pasar por N. York, pa. Madrid.—Ratificación del compromiso y del pacto al volver de Madrid por N. York.—Oferta de 600 000\$ pa. Negociar un empréstito de 12 millones.—Llegada a la Habana, y envío de cartas desentendiéndose del envío, y de la revolución.—Creación del Occidente.—Fusión en La Opinión.—Actitud del Conde.—Con los revolucionarios. —Bayamo, y Chicho Valdés, Bembeta y la juventud brillante de Po. Príncipe.—

En N. York,—Quesada y Macías,—Dispuestos V.—Mack.—Misión a España.—“Vine muy solicitado.”—“Tenía, por amigo mutuo, la seguridad de que la Agencia Gral, suscribiría todo lo que yo pactase, sobre la base de Independencia.”—“Ayala me ofreció el grado de Brigadier, (si yo servía) en el Ejército español, y me propuso que escribiera un manifiesto.”
“Pasado mañana tengo otra conferencia con

Ayala”—“Traje poderes verbales, todos los que podía traer en aquella época”—Esas frases textuales, me ha dicho, sobre su viaje a Madrid en 1874, P. de Armas.—¿Un emisario sobre Independ. a qn. se le ofrece el grado de Brigadier? ¿Un emisario a quien busca el enemigo pa. que le proponga lo que es materia de la guerra? ¿Venir a proponerle independencia a López de Ayala? ¿Buscado, muy buscado, y que Ayala quiso luego quitarle los salvoconductos que le envió, y fusilarlo, y regalarle luego un cuadro de Fortuny? Por un lado emisario apoderado con poderes verbales: por otro, salvoconductos que se envían... ¡Tiniebla!

(Martí, 1975, t. 21: 128).

Luego de la misión pacifista desempeñada por José de Armas Céspedes en 1869 —sobre cuya valoración habrá que tenerse en cuenta la importante anotación de Martí—, los españoles enviaron a los rebeldes otras, muchísimas con iguales objetivos. Entre ellas se destaca la encabezada a fines de 1870 por el poeta y revolucionario cubano Juan Clemente Zenea, apresado cuando, por Camagüey, salía clandestinamente del territorio nacional tras haberse reunido con el Gobierno de la República en Armas y su presidente, Carlos Manuel de Céspedes. Zenea fue sometido a juicio en un proceso extendido de enero a agosto de 1871, y fusilado el 25 de ese último mes y año porque se comprobó su condición de combatiente mambí. Acerca de este hecho y el poeta mártir que lo protagonizó, Martí escribió en reiteradas ocasiones, siempre en su defensa, como bien ha demostrado el escritor y estudioso martiano Cintio Vitier en su obra *Rescate de Zenea*, donde por primera vez, entre otros valiosos documentos, se utilizó el proceso original,

conservado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, cuya copia fue donada por el autor de esta obra a Casa de las Américas.

Mientras tales misiones pacifistas tenían lugar, la revolución continuaba su marcha, y los insurrectos y combatientes clandestinos redoblaban sus esfuerzos en el enfrentamiento a las labores de penetración y diversionismo tendientes a socavar su espíritu de lucha.

En La Habana también se conspiraba con ahínco. En esta provincia se destacó un agente cubano conocido como Mismísimo. En el Archivo Nacional de Cuba existen numerosos documentos firmados por él, algunos especialmente dirigidos al general Vicente García. No se ha podido precisar aún, quién se ocultaba tras tan enigmático y simpático seudónimo; lo cierto es que sus servicios como agente en la guerra de 1868 resultaron muy valiosos.

En una carta dirigida a Amosdeo (Vicente García), fechada en Nuevitas, el 24 de agosto de 1877, el agente cubano Herminio se refiere a él:

Le remito dos cartas del Mismísimo y un periódico que me remite para Ud. Creo que no habrá recibido las mías y además que le remití con mi recomendado, y dígame si llegó sin novedad; muchos me dicen vienen de aquella en estos días y esperando tres que anunciaron. Diga a Lanoval que recibí una suya que le contesté que avise con los comunicantes de S. Miguel que tienen cartas para él y que de esa manera nos pondremos de acuerdo como antes.

(Archivo Nacional de Cuba, s. a. / s. p.)

El siguiente informe existente en el Legajo 4350 de la Sección de Insurrección del Fondo de Ultramar del Archivo Histórico Nacional de Madrid, es revelador de las actividades clandestinas de los patriotas cubanos en la capital, con combinaciones en el exterior de la Isla.

Expediente contra D. Fco. De Paula Bombalier. Extrañado en Isla de Pinos desde principios de noviembre de 1871, manifiesta hallarse enfermo y pide en reiteradas ocasiones se le envíe a la Capital. Se le niega dicha solicitud por lo que en su expediente dice: Público es en La Habana la parte activa que ha tomado propagando todo género de noticias contra el Gobierno de España. Su agencia, además hay sospechas fundadas que ha servido hasta para conducir armas desde Nueva York a la Habana. Enemigo irreconciliable de España y no niega a nadie sus opiniones.

Del Consulado de España en Nueva York, se envió al jefe de la Policía:

Muy Señor mío: He recibido de un agente de vigilancia el informe que copio a continuación:

Por una persona que se haya en situación de estar bien enterado de lo que pasa en el particular he sabido que D. Federico Sang de La Habana, remite mensualmente por conducto del Sr. Ceballos del Comercio de esta ciudad, sesenta y ocho pesos a Da Asunción Ferrer, esposa de P. Bombalier, de los que ocho son para auxiliadora y el resto para sus gastos.

Este mismo Bombalier suele mandar por el Expreso que está a su cargo periódicos y documentos de La Habana en cajitas de doble fondo en que se envían algunas muestras. Lo que traslado para los efectos que estime oportuno.

En esta lucha callada y abnegada estuvo la participación de numerosas mujeres. Uno de los casos que las involucran puede comprobarse en este otro documento conservado en el citado archivo español, en el que se expone la peculiar manera de conspirar una habanera:

Consulado de España en Nueva York
Reservado No. 592

Antecedentes reservados de Da. Altagracia Valderramas de Morejón y D. Juan Miguel Marín.

Muy señor mío a última hora recibo los siguientes informes por conducto de una persona que me inspira toda confianza y me dice los tiene de muy buena fuente.

El sábado último salió para La Habana en el vapor "City of Merida" con pasaporte y pasaje para La Habana Da. Altagracia Valderramas de Morejón llevando cartas de varios conspiradores de aquí para los de Cuba ocultas en el falso de un vestido negro de alpaca que probablemente habrá tenido puesto al desembarcar. Estas cartas las debe entregar a un D. Juan Miguel Marín que es muy conocido en La Habana, muy listo y entrometido, gran jugador y que no pierde ocasión de mezclarse con los voluntarios y buscar su amistad.

Ese Marín me consta es el corresponsal y agente de D. José Manuel Mestre. Cuando no tiene Mestre una oportunidad como la de la Sra. De Morejón para enviar su correspondencia a Marín le escribe por el correo y también, poniendo los sobres de algunas de las cartas a “Mr. Wall” y de las otras a Dña. Luisa Valdesilla (que deben ser nombres supuestos) calle de la Merced No.66 Habana. Si los agentes del gobierno logran enterarse del contenido de esas cartas sin que puedan notar los hermanos Marín cuando las reciban que se han abierto y les siguen luego los pasos, es muy probable que podrán descubrir cosas de importancia en La Habana. También será bueno que vigilen a Dña. Altagracia que por el hecho del encargo que tomó y la frescura con que lo hizo, demuestra que es ducha en esto de burlar la ley y las autoridades y disfrazar las simpatías que abriga.

En la primera gesta gloriosa por la independencia, junto a los combatientes clandestinos mencionados se destacó de manera sobresaliente el joven José Martí Pérez, quien solo contaba con quince años de edad cuando el levantamiento armado del 10 de octubre de 1868. Nacido en La Habana, el 28 de enero de 1853, escogió ese propio escenario para sus labores secretas y conspirativas en favor de la causa cubana. La palabra y la pluma redentora fueron sus principales armas en el período inicial de sus luchas revolucionarias. Algunos de sus escritos relacionados con la insurrección y la revolución, así lo demuestran. En el poema dramático *Abdala*, pleno de patriotismo y exaltación revolucionaria, que publicara Martí en el único número de su pequeño periódico *La Patria*

Libre, el 23 de octubre de 1869, en La Habana, ya puede leerse:

*El amor, madre, a la patria
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca; —
Y tal amor despierta en nuestro pecho
El mundo de recuerdo que nos llama
A la vida otra vez [...].*

(Martí, 1975, t. 18: 19)

Su posición crítica y de denuncia contra el Gobierno español y a favor de la insurrección, puede asimismo apreciarse en *El Diablo Cojuelo*, periódico de carácter satírico que apareció en La Habana, el 19 de enero de 1869, cuando al referirse al decreto de libertad de imprenta del gobernador de la Isla, Domingo Dulce, de ese mes y año, señaló:

Esta dichosa libertad de imprenta, que por lo esperada y negada y ahora concedida, llueve sobre mojado, permite que hable usted por los codos de cuanto se le antoje, menos de lo que pica; pero también permite que vaya usted al Juzgado o a la Fiscalía, y de la Fiscalía o el Juzgado lo zambullan a usted en el Morro, por lo que dijo o quiso decir. Y a Dios gracias, que en estos tiempos dulces* hay distancia y

* Se refiere a Domingo Dulce.

no poca de su casa al Morro. En los tiempos de don Paco** era otra cosa. ¿Venía usted del interior, y traía usted una escarapela? ¡al calabozo! ¿Habló usted y dijo que los insurrectos ganaban o no ganaban?—¡al calabozo!—¿Antojábasele a usted ir a ver una prima que tenía en Bayamo?—¡al calabozo!—¿Contaba usted tal o cual comentario, cierto episodio de la revolución?—¡al calabozo!—Y tanta gente había ya en los calabozos que a seguir así un mes más, hubiera sido la Habana de entonces el Morro de hoy, y la Habana de hoy el Morro de entonces.[...]

(Martí, 1975, t. 1:31)

Así se manifestaba cuando aún no había cumplido los dieciséis años de edad. En este mismo escrito donde cuestiona al régimen colonial y asume una posición de principios, alertaba ya de no hablar mucho, sino lo necesario y con sumo cuidado, al afirmar: *las lenguas andan sueltas /y las cosas muy revueltas*.

En otra parte de *El Diablo Cojuelo*, se expresó en términos aún más radicales y definatorios, cuando ante el dilema de los cubanos por la independencia, sentenció: *O Yara o Madrid*. (Martí, 1975, t. 1: 32) Luego escribió y publicó en *El Siboney* —sin fecha, pero por la alusión a la sierra del Escambray se supone que debió hacerlo con posterioridad al 7 de febrero, día en que los villareños se alzaron en armas—, el soneto titulado con igual día y mes del año del alzamiento de Demajagua.

** Francisco Lersundi, antecesor de Domingo Dulce.

¡10 de Octubre!

*No es un sueño, es verdad: grito de guerra
Lanza el cubano pueblo enfurecido;
El pueblo que tres siglos ha sufrido
Cuanto de negro la opresión encierra.*

*Del ancho cauto a la escambráica sierra
Ruge el cañón, y al bélico estampido,
El bárbaro opresor, estremecido,
Gime, solloza y tímido se aterra.*

*De su fuerza y heroica valentía
Tumbas los campos son, y su grandeza
Degrada y mancha horrible cobardía.
Gracias a Dios que ¡al fin con entereza
Rompe Cuba el dogal que la oprimía
Y altiva y libre yergue su cabeza!*

(Martí, 1975, t. 17: 20)

¿Qué más podía pedírsele a este bisonño soldado? Comenzaba a manifestar sus ideales brillantemente. A los sucesos ocurridos en La Habana, tanto el asalto al teatro Villanueva, el 22 de enero de 1869, por tropas españolas y voluntarios para reprimir a los conspiradores de la capital, como los escenificados días más tarde en la acera del café Louvre, es casi seguro, aunque no pueda afirmarse categóricamente, que estuviera involucrado por sus ideas políticas y sus vínculos con Rafael María Mendive, pariente de uno de los dueños del mencionado centro cultural.

Sobre tales acontecimientos, en un artículo titulado “El parte de ayer”, publicado el 21 de marzo de 1875 en la *Revista Universal*, de México, expresó:

[...] ni los horribles días de enero que llenaron de cadáveres asesinados la calzada de Jesús

del Monte y las calles de Jesús María, y las que mi madre atravesó para buscarme, y pasando a su lado las balas, y cayendo a su lado los muertos, la misma horrible noche en que tantos hombres armados cayeron el día 22 sobre tantos hombres indefensos! Era mi madre: fue a buscarme en medio de la gente herida, y las calles cruzadas a balazos, y sobre su cabeza misma clavadas las balas que disparaban a una mujer, allí en el lugar aquel donde su inmenso amor pensó encontrarme!—Descansaban un tanto; parecía que bastaba:—todavía no se cansan, no basta todavía!

(Martí, 1975, t. 1: 116).

Años más tarde, en 1891, tan dramáticos hechos permanecían frescos en su memoria. Por eso, en el poema XXVII de sus *Versos Sencillos* puede leerse en las dos últimas estrofas una clara alusión a la madre en aquellos terribles días:

*A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte
Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
“¡Vamos pronto, vamos, hijo:
La niña está sola: vamos!”*

(Martí, 1975, t. 16: 103)

Otro importante hecho que demostró la identificación del joven José Martí con la causa del 68 fue su detención, prisión y destierro con motivo de los sucesos ocurridos el 4 de octubre de 1869 en la casa

de los hermanos Fermín y Eusebio Valdés Domínguez, situada en la calle Industria no. 122, en La Habana.

Ese día varios soldados del batallón de Ligeros del Cuerpo de Voluntarios, al pasar por la referida vivienda pensaron que los que en aquellos momentos se encontraban dentro —Eusebio Valdés Domínguez, Manuel Sellén, Atanasio Fortier y Santiago Balbín—, se reían de ellos, y en horas de la noche regresaron para castigarlos, instantes en que ya Fermín —ausente cuando el incidente— se encontraba en el hogar y tomó parte en el acalorado altercado que se produjo entre su familia y los uniformados. Fermín y Eusebio fueron conducidos a prisión para tomarles declaraciones. Más tarde fueron también detenidos los tres amigos que se encontraban con Eusebio al pasar los voluntarios.

En posterior registro a la casa, las autoridades encontraron una serie de documentos, entre ellos una carta mencionada por Fermín en sus testimonios —según él con su firma y la de Martí—, dirigida a un discípulo del colegio de San Pablo llamado Carlos de Castro y de Castro, a quien acusaban de apóstata por haberse incorporado al Cuerpo de Voluntarios. Esta importante misiva determinó la primera detención de José Martí el 21 de octubre. A pesar de los testimonios de Fermín Valdés Domínguez, documentos sobre este proceso conservados en el Fondo de Ultramar del Archivo Histórico Nacional de Madrid y donados por este autor al Centro de Estudios Martianos (CEM, 1979: 35-49), demuestran que fue Martí el único autor de la referida carta. Fueron sometidos a juicio y un Consejo de Guerra celebrado el 4 de marzo de 1870, acordó sentenciarlos por insulto a los voluntarios y sospechas de infidencia. Quedó condenado José Martí a seis años de presidio, Eusebio al destierro, y Fermín a seis meses de arresto. Los demás resultaron absueltos.

(Véase Rodríguez, 2000)

Como se sabe, Martí cumplió parte de su condena haciendo trabajos forzados en las canteras de San Lázaro, con un grillete fijado al tobillo de su pierna derecha que estaba unido a la cadena que aprisionaba su cintura. Aquí mucho sufrió y padeció con secuelas para toda su vida; pero no pudieron doblegarlo ni se retractó de sus ideas patrióticas y revolucionarias. Se mantuvo firme e identificado plenamente con la causa independentista de Cuba a pesar de sus años juveniles. Muchos documentos corroboran esta afirmación, donde además ya puede apreciarse la precaución y cuidado manifiestos para que sus escritos no pudieran ser interceptados por las autoridades del presidio. Ejemplo de esto son los siguientes fragmentos de una carta dirigida a su madre desde la cárcel, el 10 de noviembre de 1869:

Anteayer también escribí a V.; pero no he tenido con quien mandar las cartas y no quiero que pasen en la cantina por la puerta. Como escribo a V. hoy rompo la carta de antier.

[...] Los resultados de la prisión me espantan muy poco; pero yo no sufro estar preso mucho tiempo. [...].

Mucho siento estar metido entre rejas; —pero de mucho me sirve mi prisión.— Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar.—Tengo 16 años y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen razón | |.

[...] Sin embargo, cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café. —Papá me dio 5 o 6 rs. el Lunes.— Di 2 ó 3 de limosna y presté 2.

[...]Todo conseguirá la Cárcel menos hacerme variar de opinión en este asunto. [...]Mándeme libros de versos y uno grande que se llama “El Museo Universal”.

(Martí, 1975, t. 1: 40-41)

Esas mismas convicciones de principios éticos y revolucionarios a tan temprana edad, pueden apreciarse también unos meses después en la siguiente dedicatoria, hecha a su madre al dorso de una fotografía en la que aparece de pie con el grillete y el uniforme de presidiario, fechada el 28 de agosto de 1870:

*Mírame madre, y por amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.*

Con igual fecha, envió una copia de dicha fotografía a su amigo preso en La Cabaña Fermín Valdés Domínguez, y en cuya dedicatoria le escribió:

*Hermano de dolor, —no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora;—
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.*

El presidio fue para Martí una escuela o fragua donde su amor a la Patria creció y se fortalecieron sus principios e ideales. De allí, por gestiones del padre, fue enviado a Isla de Pinos —hoy Isla de la Juventud—, al cuidado del catalán José María Sardá y adonde llegó el 13 de octubre de 1870. El 18 de diciembre salió de Nueva Gerona hacia La Habana con permiso para viajar a España. En ese mismo mes visitó el presidio

con la intención de despedirse de sus compañeros de infortunio. Luego, el 15 de enero de 1871 salió deportado hacia la Península en el vapor *Guipúzcoa*. El primero de febrero desembarcó en Cádiz y el 16 se presentó en la sede del Gobierno de Madrid.

Desde su llegada a España hasta su salida de ella, a fines de 1874, no hizo más que defender la causa independentista como puede leerse en sus escritos, allí publicados, entre los cuales se destacan *El presidio político en Cuba*, *La República española ante la Revolución Cubana* y poemas acerca del fusilamiento del poeta Juan Clemente Zenea y los ocho estudiantes de Medicina, en 1871. Aquí, defendiendo todo el tiempo el derecho de Cuba a su independencia, concluyó sus estudios universitarios y se distinguió en la vida política, cultural y social de España.

Durante 1875 y 1876 residió en México, donde ocupó un lugar cimero por sus actividades literarias, periodísticas, sociales y patrióticas en defensa de Cuba y de América. Por desacuerdo con el gobierno militar del general Porfirio Díaz, decidió abandonar ese país a fines de 1876 y en enero de 1877 tomó en Veracruz un vapor con destino a La Habana. Para eludir a las autoridades coloniales de la Isla se identificó como Julián Pérez, haciendo uso de su segundo nombre y apellido. El conspirador comenzaba así a cuidarse de los órganos secretos y espías españoles. Pero muy pronto regresó a México; de allí se trasladó a Guatemala y permaneció en este país centroamericano desde el mes de abril hasta el 27 de julio de 1878. En ese período, luego de haber alcanzado un lugar destacado, como ocurrió en México, decidió abandonarlo por desacuerdos con el presidente Rufino Barrios y partió entonces rumbo a Honduras para cumplimentar una invitación que en nombre del presidente, doctor Marco Aurelio Soto, le hiciera el poeta bayamés, José Joaquín Palma.

Sobre su estancia en territorio hondureño hasta el 28 de agosto del señalado año se conoce muy poco; en sus *Obras Completas* no aparece casi nada. Pero por documentos hallados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y una minuciosa investigación posterior de este autor, es seguro que tal invitación estaba enmarcada en un cuidadoso plan de inteligencia del Gobierno de España ante el de Tegucigalpa, encaminado a concentrar y acomodar allí a los patriotas cubanos con vistas a que desistieran de sus ideales independentistas.

Igual razón explica que en ese año, por idéntico conducto y en nombre de la misma persona, le llegara a Máximo Gómez la invitación para recibir ayuda y protección de su presidente. Es sabido que Gómez aceptó, pues como Martí, la había considerado desinteresada, y embarcó hacia allí el 20 de enero de 1879. Después lo hicieron Antonio Maceo, Carlos Roloff y un número elevado de cubanos; por suerte, ninguno cayó en la trampa y en aquel territorio también conspiraron por la independencia.

(Véase Rodríguez, 2002: 117-139)

Años después, en carta abierta de José Martí al general Enrique Collazo, fechada en Nueva York el 12 de enero de 1892, con motivo de una polémica surgida entre ambos, al referirse a la Guerra de 1868, le manifestó:

*Jamás, Sr. Collazo, fui el hombre que Ud. pinta.
Jamás preferí mi bienestar a mi obligación.
Jamás dejé de cumplir en la primera guerra,
niño y pobre y enfermo, todo el deber
patriótico que a mi mano estuvo, y fue a veces
deber muy activo.*

(Martí, 1975, t. 1: 293)

Si volvemos nuevamente hacia Honduras a través de esta lectura, habría que precisar que en el puerto de Trujillo, el 28 de agosto de 1878, Martí embarcó con su esposa rumbo a La Habana. Ella estaba embarazada y él deseaba que su hijo naciera en Cuba; pero sobre todo, quería llegar a la Isla para incorporarse a la nueva y segunda contienda bélica en preparación.

José Martí y la Guerra Chiquita (1879-1880)

El joven de veinticinco años que arribó a La Habana el 31 de agosto de 1878, aprovechando la coyuntura propiciada por el Pacto del Zanjón, era ya, a pesar de su juventud, un hombre maduro de profundas reflexiones sobre las luchas de los cubanos por la independencia y, según le expresó a Máximo Gómez en carta fechada en Guatemala, en ese propio año, pensaba escribir un libro sobre la guerra y sus principales figuras.

En aquellos momentos, aunque existían los acuerdos del Zanjón, en la Isla aún quedaban grupos alzados, especialmente un destacamento encabezado por el entonces coronel Ramón Leocadio Bonachea, en Las Villas y en la zona de la trocha de Júcaro a Morón. En La Habana, el general Angel Maestre, junto a otros patriotas, trataba de organizar las fuerzas revolucionarias, y en el exterior, el mayor general Calixto García, al frente del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, se preparaba para el inicio de la nueva contienda bélica en estrecha coordinación con los elementos revolucionarios del interior de Cuba.

En estas favorables circunstancias, en octubre de 1878 el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York hizo público un manifiesto y las bases para fundar clubes clandestinos en la Isla y en el exterior.

José Martí se encontraba ya inmerso en actividades patrióticas y políticas a favor de la independencia, y aunque no hay suficiente documentación que lo demuestre, públicamente sí expresaba sus posiciones revolucionarias en discursos, arengas y escritos registrados en diversas publicaciones, recogidos en sus *Obras Completas*.

Es posible afirmar entonces que el bisoño conspirador de la Guerra Grande estuvo estrechamente vinculado desde el principio a la preparación y desarrollo de la Guerra Chiquita, que se inició a fines de agosto de 1879 bajo la dirección del Comité Revolucionario Cubano presidido por Calixto García. Martí fue electo vicepresidente del Club Central Revolucionario Cubano de la Isla, en la reunión constitutiva figuró entre los principales y más activos participantes.

Algunos colegas han sostenido que asistió a esa reunión, convocada por el coronel Pedro Martínez Freyre, *Santiago Aponte*, en representación de los clubes 1, 3 y Federal, pero de acuerdo con un estudio minucioso, realizado por quien esto escribe, a partir del acta original (Archivo Nac. de Cuba, no. 28) no parece ser así, sino que lo hizo en calidad de la personalidad revolucionaria, intelectual y política que ya era a pesar de sus veintiséis años, pues se ha comprobado documentalmente la asistencia de algunas personalidades, además de los representantes de los distintos clubes.

En dicha acta aparecen su nombre y primer apellido, y debajo el seudónimo *Anahuac*, con una anotación reveladora de sus preocupaciones por métodos y objetivos que pudieran garantizar el éxito de la lucha: *En cuanto se crea este Centro para auxiliar activamente la Revolución, sin entrar a discutir las bases y relaciones de Gobierno fijas.*

El propósito del Club Central Revolucionario, constituido el 18 de marzo de 1879, era agrupar de

manera centralizada a todos los clubes de la Isla; pero no fue autorizado por el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York para evitar dualidad de poderes y por el temor de que resultaran un blanco más fácil del espionaje enemigo. En junio del propio año, el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York nombró a José Martí subdelegado en la Isla y designó como delegado a José A. Aguilera.

Poco después de iniciada la Guerra Chiquita en Oriente, el 17 de septiembre del propio año, Martí, debido sin dudas a sus quehaceres conspirativos y a sus cargos en el movimiento revolucionario, fue detenido y el 25 salió nuevamente deportado hacia España. ¡Dos destierros, con solo veintiséis años de edad!

En carta fechada en La Habana, el 19 de septiembre de 1879, el conspirador Juan Barceló, Someruelos, presidente del Club no. 27, expresó al presidente del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York:

Anteanoche han preso al Ldo. Martí subdelegado en la Isla para enviarlo a la Península en el Vapor del 25. Se supone haya sido delatado por algún espía, pues el espionaje está a la orden del día.

(Archivo Nac. de Cuba, no. 42)

En otra misiva, esta del conspirador J. Patricio Sirgado (Guásima y también Júpiter), al presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, fechada en La Habana, el 2 de octubre de igual año, se lee acerca de Martí, lo siguiente:

Aquel gigante en su prisión nos dejó un modelo de lo que debemos hacer en análogos casos.

*¡Cuánta grandeza unida a tanta dignidad!
¡Cuánto valor unido a tanto sufrimiento!*

(Archivo Nac. de Cuba no. 43)

En esa ocasión, Martí pudo escaparse de España y ya el 3 de enero de 1880 se encontraba en Nueva York. Su actividad patriótica y revolucionaria era tan destacada que el 9 de ese mes fue nombrado vocal del Comité Revolucionario Cubano. Al respecto veamos la siguiente carta del general Carlos Roloff en su condición de secretario de dicha organización, con fecha 13 de enero de 1880, dirigida a Martí:

Sr. José Martí

Distinguido compatriota:

En sesión ordinaria del 9 del actual, se acordó por unanimidad nombrar a V. Vocal de este Centro.

Esperando de vuestro patriotismo que aceptéis el cargo que se os confiere, se os cita para la próxima sesión que tendrá efecto en la noche del viernes 16 de corrote a las ocho de la noche en la morada del Presidente del Comité, Gral C. García Iñiguez.

De V. con la mayor consideración.

El Secretario,
Carlos Roloff.

(Archivo L. Rodríguez, 1950, t. 3: 87)

Durante este período se estrecharon sus vínculos con el general Calixto García y se inició entre ambos

una amistad duradera, basada en los principios independentistas y revolucionarios.

La labor de quien devendría Héroe Nacional de Cuba resultó tan meritoria que, cuando a fines de marzo de ese año Calixto García embarcó en su expedición hacia Cuba, lo nombraron presidente interino del Comité Revolucionario Cubano, cargo que supo cumplir de forma ejemplar, según puede apreciarse en lo publicado al respecto, muy en especial en los documentos que aparecen en el tomo 1 de sus *Obras Completas*.

Ya en función del cargo antes mencionado, el conspirador envió una carta al general Ramón Leocadio Bonachea, fechada en Nueva York, el 13 de abril de 1880, en la que le expresó:

Es en nuestro poder su última comunicación, de 17 de marzo. La marcha rápida y feliz de los sucesos a cuyo desenvolvimiento hoy nos consagramos, —exige toda la actividad que V. a ellos dedica, —y la mayor unión y rapidez en las tareas que para continuar fortificándolos se emprendan. Al mismo tiempo que esta carta, llegarán a Jamaica el Gral. Carlos Roloff y el coronel José María Aguirre: —como urge la llegada a Cuba de los antiguos militares, con este objeto van a esa Isla. Siendo común el intento que a V. y a ellos mueve, —y siendo del general Calixto García la orden de su salida, —encontrarán sin duda, unidos a V., todo el apoyo que para su objeto necesiten. A Jamaica llegarán pronto noticias y disposiciones del campo cubano, que tal vez levanten en un instante a gran altura el crédito de la guerra

y hagan posibles sin demora acontecimientos que V. hoy prepara con trabajosa y estimable constancia. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 144)

Posteriormente, conociendo las necesidades de la guerra, orientó crear grupos auxiliares y al mismo tiempo estimuló la participación de los cubanos apelando al sentido del honor en los momentos de peligro para la Patria, como bien se refleja en la siguiente circular del 28 de abril de 1880 y en momentos en que Calixto García no había podido desembarcar en Cuba:

[...]A Ud. como a todos los hombres de buena voluntad, nos dirigimos. El Comité Revolucionario de Nueva York, que interinamente presido, ha organizado la creación en esa Isla, y fuera de ella, de grupos de auxiliares —conciliados con la seguridad personal de éstos, el servicio que indudablemente desean tener ocasión de prestar a la Patria menesterosa. Por el conducto por que recibirá Ud. esta carta, conocerá Ud. A la persona a quien el Comité hace con esta fecha la misma invitación que a Ud. A otros el servir en detalle, como heroicamente las sirven, las necesidades de la guerra: a los grupos de contribuyentes toca mantener un fondo constante, y sin interrupción, se reciban en Cuba los recursos que han de acelerar el éxito de la admirable empresa. [...]

Y al final de esta circular, trata de llegar al corazón de los cubanos con esa gran capacidad suya para convocar a la lucha:

En las horas solemnes, las decisiones son rápidas. Los hombres honrados no necesitan discutir mucho un acto de honor. No cabe dudar, al elegir—entre prestar auxilio a aquellos de cuyo triunfo nos aprovecharemos—o abandonarlos, en los instantes en que mueren por nosotros.

(Martí, 1975, t. 1: 146-147)

Con esa determinación particular como político, organizador y propagandista y sabiendo que las autoridades coloniales españolas y sus agentes trataban por todos los medios de destruir la unidad de los cubanos, publicó una proclama titulada “Al Ejército Cubano”, en una de sus partes puede leerse lo siguiente:

Cuando se lucha por la existencia de la patria, la división y la rivalidad son crímenes. Cuando se va a ser ciudadano de un pueblo libre, es necesario respetar las leyes y ejercitar las virtudes desde los campos de batalla. [...] No hay tregua, no hay tratado. ¡O libres para siempre o batallando siempre hasta ser libres! [...].

(Martí, 1975, t. 1: 159)

Realmente hay que reconocer en Martí un talento excepcional en la actividad de conspirar y en la organización de los combatientes. Téngase en cuenta que él recibió la dirección interina del Comité Revolucionario Cubano cuando ya había una estructura creada por otros compañeros y la guerra se estaba

desarrollando desde agosto de 1879. Sin embargo se ocupó de todo con gran sentido creador. No olvidaba detalles, consideraba importante lo que para otros carecía de significación. En el manejo de las finanzas fue muy cuidadoso y exigente; la transparencia en el uso de los fondos del Comité, puede apreciarse en el siguiente escrito del 4 de mayo de 1880, dirigido al tesorero de dicha entidad política: *Sírvase abonar al portador seis pesos setenta y cinco centavos para gastos de la comida del día de hoy de los Sres. Prado y compañeros.*

(Martí, 1975, t. 1: 149)

Precisamente por toda esa labor tan destacada al frente del Comité Revolucionario Cubano y por sus grandes cualidades de conductor político y revolucionario, se convirtió entonces en blanco principal del espionaje y contraespionaje de las autoridades coloniales españolas y norteamericanas. Aunque, como es lógico, carecía aún de la experiencia que acumularía ya en la década de 1890, tenía conciencia de la actividad de los órganos secretos y del peligro que esta representaba para los planes revolucionarios. Por eso desde entonces, alertaba y denunciaba la labor de los espías y confidentes contra la causa cubana. Mucho escribió sobre esta temática, incluso —según la historiadora Nydia Sarabia—, fue de los primeros de América en hacerlo, al revelar, en la década de los ochenta, los trabajos inescrupulosos de la agencia de espionaje Pinkerton (Pinkerton's National Detective Agency) y Davie's Detective Agency; ambas radicadas en Estados Unidos de Norteamérica, prestaron servicios contra los insurrectos cubanos desde 1870, como han demostrado los amigos e investigadores Paul Estrade, Nydia Sarabia y Jorge Petinaud Martínez. La más destacada en ese quehacer fue la Pinkerton, la

cual llegó a ofrecer los mismos servicios a cubanos y españoles).

La agencia Pinkerton, equivalente actual del FBI y precursora de la Interpol y la CIA, del 21 de abril al 21 de agosto de 1880, concentró todas sus energías en perseguir a José Martí en su condición de presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York. En ese último mes la Guerra Chiquita había prácticamente fracasado con la presentación mediante convenio de paz, firmado entre los españoles y los principales protagonistas: Guiller món Moncada, José Maceo, Quintín Bandera, Limbano Sánchez y otros, y carecía de sentido continuar incurriendo en gastos por espionaje.

Desde luego, Martí se defendía y esquivaba como podía la persecución de que era objeto. Creó claves y enviaba mensajes cifrados, disfrazando todo lo que era preciso ocultar al enemigo. En sus *Obras Completas* aparecen numerosas referencias a las preocupaciones y medidas que adoptaba y orientaba en tal sentido, en particular a partir de 1880. Pero no siempre podía evitar a los espías, como se aprecia en el siguiente fragmento de un artículo publicado por el investigador francés Paul Estrade:

A Martí la Pinkerton lo hace objeto de privilegiada vigilancia, manteniéndolo bajo control permanente de día y de noche! del 21 de abril al 21 de agosto de 1880. Por supuesto van relevándose los anónimos sabuesos que su jefe designa por: "J.P.", "C.D.B.", "E.S.", "C.D.B." otra vez, "F.J.P", "D.B.", "C.K.E.", "N.A.P". Siete contra uno. Sin embargo el que más se ocupa de Martí es ese atrevido de "E.S.". A finales de abril, se cuela en el refugio, a convivir con él. En la misma casa

de huéspedes de los Mantilla, en 51 East 29th Street, en aquel recinto de cubanidad, sienta sus reales por espacio de tres meses y medio. ¡Quién lo creyera!

Ya metido en el redil, el lobo se disfraza de cordero. ¡Hay que ver los groseros ardides de que se vale para hacerse amigo y confidente del presidente interino del Comité Revolucionario! “E.S.” regada dulces a los tres hijos de Manuel Mantilla y Carmen Miyares —Manuel, Carmen y Ernesto—, y también al hijo de José Martí y Carmen Zayas, vi al pequeñuelo Pepito, al Ismaelillo venidero que apenas cuenta con año y medio de existencia... Un niño que aún no habla, ¿qué secretos revelará? En realidad lo que “E.S.” busca es ganarse la simpatía de los padres. Por eso suele ofrecer, cada tres o cuatro días, a la hora de la comida y de la charla de sobremesa, una botella de vino a los comensales “Martí and Mantilla while seeking information” según la expresión que el mismo agente pinkertoniano apunta en iveintitrés ocasiones! Otra estratagema ahora: le paga “E.S.” a una tal Miss Paral —evidentemente acólita suya—, una serie de doce clases de español a tomar con los “profesores” Martí y señora, tan necesitados y tan contentos, no cabe duda, con aquella ganga; y todo ello para que la entendida alumna pueda cultivar la amistad de estos cubanos e intenta sonsacar la mayor información posible acerca de los planes revolucionarios de la emigración.

(Estrade, 1978: 211)

En este mismo novedoso artículo del investigador francés Paul Estrade aparece una relación de gastos

anotados por la Pinkerton, invertidos en el espionaje contra Martí, que dan una idea de la sistemática y colosal persecución a que fue sometido en esos años de la década del ochenta. Dichos gastos en dólares US, hechos por los espías pinkertonianos en sus operaciones contra el Apóstol de la independencia cubana desde abril hasta el mes de agosto de 1880, aparecen en setenta y siete reportes. Veamos algunos de ellos:

Abril/ Agente J. P.

21. Pagado por alquiler de una habitación, una semana, para observar desde allí la residencia de Martí.....4,00

21. Gastos por gozar de un puesto de observación en la tienda, Cuarta Avenida, número 411, para vigilar a Martí.....0,20

22. Gasto de estancia en la taberna de la calle Nassau esquina a Maiden Lane vigilando a Martí y Poble que estaban dentro.....0,10

23. Almuerzo vigilando a Martí y a su amigo en el restaurante Delmónico (el más famoso de la ciudad en esa época y lugar donde Martí celebraría su último natalicio, el 28 de enero de 1895, con la familia Miranda), necesario a causa de dos entradas.....0,30

24. Almuerzo vigilando a Martí y a su amigo en el restaurante Delmónico, necesario a causa de dos salidas.....0,30

Agente C.D.B.

28. Alquiler de una habitación en la calle 29 con objeto de vigilar la residencia de

Martí, una semana.....	4,00
Mayo / Agente E.S.	
5. Una botella de vino para la cena, con Mantilla y otros, en busca de información.....	0,75
6. Dulces para los niños de Martí y Mantilla.....	0,20
7. Importe de mi pensión, en 51 Este, calle 29, residencia de Martí.....	10,00
18. Pagado a la señorita Paral por 12 clases tomadas por Martí y su mujer, para cultivar su trato, clases en español.....	6,00

A pesar de todos los recursos y artimañas empleados por el enemigo, es preciso señalar con toda justicia que Martí era genial esquivándolos y neutralizándolos. La discreción y desconfianza eran armas que no descuidaba. Si la Guerra Chiquita no tuvo éxito, se debió sin dudas, a otras razones y no a faltas suyas en ese sentido, pues hizo cuanto humanamente le fue posible para lograr la victoria desde la responsabilidad que ocupaba. Incluso, dando ya muestra de su grandeza política en medio de aquellas circunstancias dramáticas, no vaciló en aconsejarle al coronel Emilio Núñez, último combatiente de la Guerra Chiquita que depusiera las armas. En carta, fechada en Nueva York el 13 de octubre de 1880, entre otras ideas, le manifestó:

*Me pide Vd. un consejo—y yo no rehúyo la
responsabilidad que en dárselo me quepa.
Creo que es estéril —para Vd. y para
nuestra tierra— la permanencia de Vd. y sus*

compañeros en el campo de batalla. No me hubiera Vd. preguntado, y ya, movido a ira por la soledad criminal en que el país deja a sus defensores, y a amor y respeto por su generoso sacrificio, —me preparaba a rogarles que ahorrasen sus vidas, absolutamente inútiles hoy para la patria, en cuyo honor se ofrecen.

No digo a Vd., —a pesar del respeto que el conducto de esta carta me merece— todo lo que sobre la situación de nuestra tierra se me ocurre, porque ojos indiscretos y ávidos pudieran sacar de ello provecho. Pero cualesquiera que fuesen los recursos con que aún pudiéramos contar los revolucionarios, y la importancia de las excitaciones que aún se nos hacen, y la posibilidad de mantener a la Isla, con gravísimo daño del gobierno en estado de guerra permanente, no pienso por mi parte que nos sea lícita, ni útil, ni honrosa esta tenaz campaña.

Y ya al final de esta, al aconsejarle que depusiera las armas, le expresó:

No las depone Vd. ante España, sino ante la fortuna. No se rinde Vd. al gobierno enemigo, sino a la suerte enemiga. No deja Vd. de ser honrado: el último de los vencidos, será Vd. el primero entre los honrados.

(Martí, 1975, t. 1: 161-163)

Luego de concluida la guerra, Martí permaneció en Estados Unidos hasta que el 8 de enero del año 1881, por consejo de algunos amigos, decidió viajar a Venezuela, donde, como en España, México y Guatemala, se destacó extraordinariamente por sus cualidades periodísticas, intelectuales, patrióticas y políticas. Un decreto del presidente Guzmán Blanco lo expulsó del territorio venezolano, razón por la cual el 28 de julio de ese año salió por el puerto de La Guaira hacia Estados Unidos, donde residió ininterrumpidamente hasta enero de 1895.

José Martí y la Tregua Fecunda (1880-1895)

A pesar de los reveses, los emigrados revolucionarios cubanos residentes en Nueva York, Cayo Hueso, Jamaica, Santo Domingo, Centroamérica y otros puntos del exterior, comenzaron a reagruparse en juntas, comités, clubes y cuántas organizaciones pudieron concebir para liberar a Cuba del yugo colonial español. Al frente de ellas situaron a los veteranos más radicales y prestigiosos que mantenían el empeño de lograr la independencia mediante las armas.

Esas organizaciones revolucionarias, en muchos casos creadas de manera independiente, en un inicio no respondían a un plan central con objetivos y orientaciones definidas, ni contaban con la unidad necesaria para garantizar el triunfo. Con el propósito de garantizar tan perentoria demanda, el 12 de noviembre de 1882 varios emigrados —entre ellos José Martí, Salvador Cisneros Betancourt, Cirilo Pouble, Enrique Trujillo y Cirilo Villaverde—, se reunieron en Nueva York.

Allí se hizo un recuento de todo lo realizado hasta esa fecha y se precisó lo que habría de hacerse en adelante. También se creó una comisión encargada de

convocar a otra reunión, la cual tuvo lugar el 20 del propio mes con la participación de veintitrés personas, cifra mayor que la anterior. En esa oportunidad se volvieron a discutir los métodos de lucha y Martí se opuso una vez más a toda tendencia dictatorial dentro de la organización revolucionaria que algunos de los asistentes querían imponer con el pretexto de las ya conocidas pugnas y rivalidades surgidas entre los civiles y militares durante la Guerra Grande. Por eso polemizó, tratando de aprovechar lo creado para mantener la unidad alcanzada entre los emigrados y marchar adelante.

Finalmente se constituyó un denominado Comité Patriótico Organizador de la emigración cubana en Nueva York y sus suburbios, para cuya dirección nombraron a Salvador Cisneros Betancourt, Juan Arnao y Manuel de la Cruz Beraza. Pero su existencia fue efímera ya que en una reunión celebrada el 7 de julio de 1883 se disolvió y a partir de entonces adoptó el nombre del Comité Revolucionario Cubano, bajo la dirección de Juan Arnao, Cirilo Pouble, Leandro Rodríguez y Juan Bellido de Luna, entre otros.

Este Comité realizó labores de organización política hasta el segundo semestre de 1884, cuando los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo llegaron a Nueva York, procedentes de Honduras, para aceptar reiteradas solicitudes de que se pusieran al frente del movimiento independentista y promovieran la insurrección en Cuba (movimiento conocido como plan insurreccional de Gómez y Maceo, desarrollado desde la segunda mitad de 1884 hasta septiembre de 1886).

Entre las organizaciones revolucionarias surgidas con fines independentistas durante la década de los ochenta, vale destacar el papel desempeñado por el Club de Independencia no. 1, de Nueva York, en cuyo

seno —como en el del Comité Revolucionario creado en julio de 1883— militaban los elementos de mayor influencia. Ambas organizaciones monopolizaron la vida política de la emigración en territorio neoyorquino y otros lugares, desde mediados de 1883 hasta 1884, fecha en que, como ya se ha indicado, los generales Gómez y Maceo pasaron a dirigir personalmente el movimiento insurreccional.

En poder de este autor obran numerosas copias de cartas manuscritas, conservadas en el Fondo de Ultramar del Archivo Histórico Nacional de Madrid, en las cuales puede corroborarse la activísima labor patriótica desplegada por José Martí en los años 1882 y 1883. Su nombre aparece en casi toda la correspondencia de los principales conspiradores cubanos, que interceptó el espionaje español.

Resulta necesario aclarar, como es posible verificar en las cartas que dirigiera a Máximo Gómez y Antonio Maceo el 20 de julio de 1882, que para entonces había efectuado un profundo estudio de la lucha insurreccional cubana, y con las experiencias derivadas de las dos contiendas bélicas anteriores se propuso reiniciar los preparativos para la nueva guerra, con organización y métodos que asegurarán el triunfo. Nada de locuras, desesperación, aventurerismo e inútil derramamiento de sangre. Estaba seguro de que, como en el 68 y durante la Guerra Chiquita, el único camino era la vía armada, pero con la preparación precisa, y a lograrla consagró todas sus energías y sabiduría política revolucionaria hasta que el 10 de abril de 1892 pudo fundar el Partido Revolucionario Cubano, para organizar la Guerra Necesaria que bajo su dirección se iniciara el 24 de febrero de 1895.

Estas reflexiones y valoraciones sobre el papel jugado por Martí en estos años posteriores al fracaso de la segunda gesta independentista, confirman que para

este genial conspirador, un minuto era importante y por lo tanto intentaba reponerse de este segundo revés de las fuerzas revolucionarias cubanas. Por eso en la carta ya mencionada anteriormente, que dirigió desde Nueva York al general Máximo Gómez, fechada el 20 de julio de 1882, le expresó, entre otros aspectos de gran interés, lo siguiente:

[...]Básteme decirle que aunque joven, llevo muchos años de padecer y meditar en las cosas de mi patria; que ya después de urdida en Nueva York la segunda guerra, vine a presidir, —más para salvar de una mala memoria nuestros actos posteriores que porque tuviese fe en aquello—, el Comité de New York; y que desde entonces me he ocupado en rechazar toda tentativa de alardes inoficiosos y pueriles, y toda demostración ridícula de un poder y entusiasmo ridículo, aguardando en calma aparente los sucesos que no habían de tardar en presentarse, y que eran necesarios para producir al cabo en Cuba, con elementos nuevos, una revolución seria, compacta e imponente, digna de que pongan mano en ella los hombres honrados. [...]

[...]Esperar es una manera de vencer. Haber esperado en esto, nos da esa ocasión, y esta ventaja. Yo creo que no hay mayor prueba de vigor que reprimir el vigor. Por mi parte, tengo esta demora como un verdadero triunfo.

[...] Nuestro país abunda en gente de pensamiento, y es necesario enseñarles que la revolución no es ya un mero estallido de

decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsora de pensamiento. Nuestro país vive muy apegado a sus intereses, y es necesario que le demos hábil y brillantemente que la Revolución es la solución única para sus muy amenguados intereses. [...]

Va Crombet a decirle lo que ha visto, que es poco en lo presente visible, y mucho más en lo invisible y en lo futuro. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 167-170)

Es significativo cómo ya, en este último párrafo de la carta, le expresa a Gómez que en lo invisible la actividad es mayor.

Convencido de sus ideas hizo cuánto le fue posible por influir en sus compatriotas, razón por la cual desplegó un extraordinario proselitismo político, aunque desgraciadamente ha de reconocerse que desde mediados de 1883 hasta 1886 estuvo en minoría. En ese período predominó la línea de los dispuestos a enviar expediciones armadas a la Isla a cualquier precio, sin tener en cuenta las necesidades, deseos y disposición de quienes la habitaban.

En carta a Enrique Trujillo, del 26 de julio de 1885, definió magistralmente su postura frente a tal dilema cuando, entre otras cuestiones, le manifestó:

[...] la guerra no es más que la expresión de la revolución, y sin que esta hubiese ya madurado no sería posible, y no puede ir, por tanto, contra el espíritu de ella.

(Martí, 1993, t. 1: 306)

En carta del 11 de abril de 1883, existente en la Sección de Gobierno del Fondo de Ultramar del Archivo Histórico Nacional de Madrid, Cirilo Pouble le escribió a Manuel de la Cruz Beraza para plantearle que ya no mantenía las mismas ideas de Martí ni marchaba de acuerdo con él, y reflejó con claridad el pensamiento de quienes, opuestos a la línea martiana en cuanto a la insurrección en la Isla en esos instantes, actuaban abiertamente en su contra. En una de las partes de la referida misiva, también interceptada por el espionaje español, Pouble confesó:

Si Gómez y los otros se resisten, si Crombet se retrae nos queda Bonachea que está conmigo y hará cuanto yo le diga. Quiere ir a Cuba antes que nadie y a fe que iría aunque solo sea a procurar recursos para empresa mayor. De este modo no nos presentaremos grandes y fuertes como quiere Martí y yo desearía, pero nos presentaremos terribles e imponentes. Recuerde V. que estamos en época heroica y que Cuba produce hombres que pueden hacer lo que los fenicios y los nihilistas [...].

Y agregó más adelante:

Es necesario que en Cuba haya revolución y la habrá créalo V. y pronto, o consiento en ser un iluso [...].

El párrafo anterior muestra el estado de desesperación de estos patriotas y su interés por expediciones armadas a Cuba. A consecuencia de esa política, orientada por el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York y el

Club de Independencia no. 1, en abril de 1884 el general Carlos Agüero desembarcó por Matanzas, procedente de Estados Unidos, al frente de una expedición. Luego de tenaz resistencia cayó heroicamente en marzo de 1885.

El 2 de diciembre del propio año, desde Jamaica arribó a Cuba por Las Coloradas, en Niquero, entonces provincia de Oriente, el general Ramón Leocadio Bonachea con dieciséis expedicionarios, entre los cuales había cuatro griegos. En esa zona los apresaron al día siguiente, cuando intentaban dirigirse a la parte central del país, su verdadero destino. Bonachea y cuatro de sus oficiales fueron procesados y fusilados el 7 de marzo de 1885, en El Morro de Santiago de Cuba, y el resto, condenado a prisión y destierro.

Partió de Santo Domingo, en mayo del año 1885, una tercera expedición que llegó por Baracoa, Oriente, comandada por el general santiaguero Limbano Sánchez Rodríguez, quien se sostuvo con heroísmo en los campos de Cuba hasta septiembre de ese año en que cayó combatiendo en una emboscada, junto con el brigadier Ramón González, y no envenenado como se ha afirmado hasta el presente.

Paralelamente con esos esfuerzos expedicionarios, en agosto de 1884 comenzó a desarrollarse el plan insurreccional de Gómez y Maceo, con proporciones superiores. Este, como se conoce, no contó con el apoyo de José Martí, quien no compartía los métodos y formas del Generalísimo, según consta en la carta que le escribiera el 20 de octubre de 1884, allí le manifestó, entre otros aspectos, que un pueblo no se funda como se manda un campamento. Al final de dicha valiente y honrada misiva, le expresó:

Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo, —a Vd., lleno de

méritos, creo que lo quiero: —a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está Vd. representando, —no:—

(Martí, 1975, t. 1:180)

Martí sufrió sin límites durante ese período debido a que algunos oportunistas hicieron campañas contra su persona; no obstante, se mantuvo fiel a sus principios y convicciones. No tomó participación en el Plan Gómez-Maceo, ni tampoco hizo propaganda contra él. Eso explica que los espías y confidentes al servicio de España, especialmente de la agencia Pinkerton, disminuyeran la vigilancia sobre su persona en esos dos años, según se aprecia en la documentación y escritos de entonces. Fue precisamente en ese difícil período de su vida revolucionaria cuando más se creció ante su decisión de no apoyar el plan de los dos gloriosos generales cubanos. Como el genial conspirador y gran político que era, optó por el silencio para vigilar por su patria y no hacerle el juego al enemigo que en acecho trataría de sacar provecho de aquella situación creada. Tal conducta puede apreciarse en numerosos escritos suyos, pero a nuestro juicio donde mejor se refleja es en una carta dirigida a J. A. Lucena, fechada en Nueva York, el 9 de octubre de 1885, en respuesta a una invitación de la emigración de Filadelfia para que él participara en una velada con el objetivo de conmemorar el 10 de Octubre de 1868. A continuación aparecen fragmentos de la carta:

¿Qué había de hacer en este conflicto un hombre honrado y amigo de su patria? ¡Ah! lo que hago ahora: decirlo en secreto, cuando me he visto forzado a decirlo, de modo que mi resistencia pasiva aproveche, como yo creo

que aprovecha, a la causa de la independencia de mi país; no decirlo jamás en alta voz, para que ni los adversarios se aperciban, porque es mejor dejarse morir de las heridas que permitir que las vea el enemigo, ni se me puede culpar de haber entibiado, en una hora que pudo ser, y acaso sea, decisiva, el entusiasmo tan necesario en las épocas críticas como la razón.

Un año entero he vivido en este tristísimo silencio. Crear una revolución de palabras en momentos en que todo silencio sería poco para la acción, y toda acción es poca, ni me hubiera parecido digno de mí, ni mi pueblo sensato me lo hubiera soportado. Ya yo me preparaba a emprender camino ¡quién sabe a qué y hasta dónde! En servicio activo de esta empresa; y cuando creí que el patriotismo me vedaba emprenderlo ¡qué tristeza mortal, de la que nunca podré ya reponerme! ¿Cómo serviré yo mejor a mi tierra? Me pregunté. Yo jamás me pregunto otra cosa. Y me respondí de esta manera: “Ahoga todos tus ímpetus; sacrifica las esperanzas de toda tu vida; hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto; mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra so pretexto de servirla bien”. Y sin oponerme, a los planes de nadie ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en silencio, significando con él que no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con espíritu de generosidad casi divina, [...].

Y al referirse a la invitación y su negativa para participar en el acto por el 10 de Octubre, organizado por la emigración de Filadelfia, le expuso las siguientes razones:

[...]Organizada en tanto la emigración, esta emigración, que impone respeto y amor por sus virtudes, en acuerdo con las labores activas de las cuales había yo creído deber apartarme para servir a mí patria mejor, resulta hoy, con un deber penetrante para mí, que no puedo tomar en la conmemoración de ese día que ningún cubano debe traer nunca a la memoria sin ponerse en pie y descubrirse la cabeza, porque reunidas en una la conmemoración del 10 de Octubre y el acto político que en estas circunstancias va envuelto en ella, parecería hoy y parecerá mañana que yo había aprobado con mi presencia en él aquello mismo que por la salud de mi patria condeno. O si tomase parte en él tendría que explicar esta posición personal mía, lo que sería indigno de la majestad del acto. [...]

Va casi al final de esta conmovedora y patriótica carta que tanto lo honra, le manifestó a Lucena:

Me afligiré pues, acá a mis solas. Se me irá el alma adonde están Vds., y la palabra encendida. Tiemblo de pensar en lo que sufrimos; como tiemblo de pensar que por errores de conducta o falta de grandeza pudiéramos perder la oportunidad de redimirnos. Pero mi patria me

manda vigilar por ella, y sacrificarle mi deseo, puesto que así la sirvo, aunque diciéndole mi dolor a los que la quieren y se acuerdan de mí, para que no piensen mal del que sólo vive para ella y para ellos.

Es mi deseo dejar escrita esta carta; pero no es mi deseo, antes sería para mí ocasión de dolor y pecado, que se lea en la reunión de mañana. ¡No por Dios! La razón es fría, y las cosas de la tierra no deben ir a perturbar en su día de fiesta a los que están por sobre ella. Nada más que palmas y corazones encendidos haya para los héroes de nuestro 10 de Octubre. Excusen Vds. mi ausencia, si alguien se fija en ella, con las frases prudentes que esta carta les inspire. Pero de manera ¡oh sí! que no parezca, por este sacrificio que hago, mermado el amor a la patria que me lo aconseja.

(Martí, 1975, t. 1: 186-187)

Luego del fracaso de Gómez y Maceo como es lógico, vino una etapa en que los ánimos y el entusiasmo decayeron en la emigración. Pero José Martí, conspirador infatigable, volvió a la carga con más brío que nunca y por supuesto teniendo en cuenta esa última experiencia. Por eso con el objetivo de reagrupar y organizar a los patriotas cubanos de la emigración, convocó a una reunión para celebrar el 10 de Octubre de 1887, en el Masonic Temple, de Nueva York. A continuación, aparecen fragmentos de dicha convocatoria:

Varios cubanos han creído oportuno conmemorar este año el 10 de Octubre, y lo avisan cariñosamente a sus hermanos de

Nueva York para honrarlo como se debe, todos juntos. Todos llevamos en los corazones aquella esperanza que no muere jamás. [...]

Este 10 de Octubre es un arranque de nuestro sentimiento, y cuando más, una expresión de prudente esperanza. Los tiempos mandan que no sea más. El respeto a la solemnidad del día lo manda también. ¿A qué cubano, sabiendo que los cubanos van a reunirse el 10 de Octubre para recordar con sus mujeres y sus hijos, a los que murieron por mejorar la suerte de la patria, no le dirá el corazón: “allí debo estar yo”?

Parece como que el que falte, faltará a su deber. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 199-200)

Y sucesivamente, con esa capacidad creadora que lo caracterizaba, le escribió a cuanto amigo o simpatizante de la causa cubana, que según su consideración, pudiera serle útil. Así, por ejemplo, en ese propio año de 1887, se dirigió a Emilio Núñez con el objetivo de invitarlo a una reunión, cuyo tema de discusión era Cuba, en los términos siguientes:

[...] Nada muy difícil pretendo, ni altos cuerpos, ni juntas, que den celo a los ambiciosos, o blanco a los pícaros; sino que, a lo militar, de prisa y en silencio, comencemos, con un poco de dinero en el bolsillo, los trabajos necesarios de comunicación y organización. ¿Necesita, o no necesita, la Isla esta acción nuestra? ¿Queremos, o no queremos, ayudar a los que ya nos piden su ayuda? De las cosas concretas,

por supuesto, sólo oiremos aún donde no haya más que cuatro paredes, lo que el mismo Cónsul español pudiera oír sin peligro. Esa es la reunión privada; y no quisiera, de veras, verme en ella sin Ud. Con una docena de hombres de buena voluntad, podemos empezar lo que tenemos que hacer, y realizarlo. [...]No espero nada extraordinario de la reunión, por lo reticente de ciertos ánimos, y lo interesado y dañino de otros; pero es nuestro deber intentar sinceramente las cosas con cordialidad y franqueza, para que nadie pueda tacharlas de ocultación, o de manejo de unos cuantos parciales. Ojalá que reconozcan todos que es urgente precavernos, y que debemos empezar desde el día siguiente, sin alarde y sin descanso. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 205)

Mientras Martí se encontraba haciendo estos preparativos del nuevo movimiento revolucionario, casi paralelamente se desarrolló de 1887 a 1888, el plan insurreccional del general Juan Fernández Ruz. Este combatiente del 68, que había formado parte del plan de Gómez y Maceo, encabezó un nuevo movimiento independentista para el cual solicitó, como era de suponer, debido a su prestigio, la colaboración de este y se estableció inicialmente una coordinación de ideas entre ambos. El Apóstol le aconsejó esperar y prepararse mejor; por eso, con fecha 20 de octubre de 1887 y en respuesta a una carta de Ruz, le expresó:

[...]Vd. es un hombre entero, comprende la gravedad tremenda de nuestros actos y palabras, y sabe que los sucesos históricos no

pueden prepararse ni llevarse a cabo sin un cuidado exquisito, calculando con la mayor precisión posible el instante, los resultados y los elementos. Los héroes mismos, cuando llegan a su hora, mueren abandonados, si no maldecidos por los mismos que lo recibirían luego con honor y los acompañarían en su triunfo.

Vd. Tiene razón. El esperar, que es en política, cuando no se le debilita por la exageración, el mayor de los talentos, nos ha dado la razón a los que parecía que no la teníamos. [...]

Todo eso quería yo que se hiciera, y por mi parte he hecho, desde hace cuatro años, preparando la hora que hace dos estuvo para llegar, y alejamos con nuestros errores: —la hora que está acercándose, pero no parece llamarnos todavía. [...]

Casi al final de esta misiva, se dirigió a Ruz exhortándole:

[...]Hacer posible la lucha próxima vale más, amigo mío, que comprometerla. Yo presiento que llegan los días grandes, y no hago por mí más que vigilar y estremecerme. Mostrémonos dignos de la responsabilidad temible que pesa sobre nosotros. [...]

(Martí, 1975, t. 1:201-204)

Es este un momento importante en el que ya Martí estaba tomando las riendas del movimiento revolucionario cubano. Su actividad y prestigio eran tales

que el espionaje enemigo se volcó fundamentalmente hacia su persona, como puede apreciarse en el siguiente informe de un espía, fechado el 25 de noviembre de 1887 y mencionado en comunicación reservada del gobernador general de la isla de Cuba al ministro de Ultramar de España:

Los emigrados de Nueva York celebraron una sesión el día 11 con objeto de discutir si sería, o no, oportuno en los actuales momentos traer la guerra a Cuba; y el antiguo insurrecto Martí, con gran satisfacción de los oyentes, manifestó, que había llegado la hora de recoger los hilos de la trama, porque el descontento que actualmente había en esta isla, no podía menos que producir sus naturales efectos, y solo habría que esperar tres o cuatro meses para la lucha armada, agregando que hoy sería extemporánea en atención a que los elementos que entonces irían a la guerra, tenían al presente un vago pretexto para no decidirse aún; que el partido autonomista hacía grandes aprestos para la lucha y, como España no iba seguramente a acceder a las pretensiones de los diputados cubanos, se precipitaría la crisis que él y sus amigos aplazaban para dichos planes; y, por lo tanto, que era prudente y práctico esperar, porque en el interin el brigadier Ruz podría ir perfeccionando sus planes y allegando recursos.

Hubo diversidad de pareceres respecto al último extremo; pero todos convinieron en que era preciso prestar apoyo a Ruz, y nombraron en el acto un comité que se entendiera con los revolucionarios de dentro y

fuera de Cuba para la organización del movimiento.

(Archivo Histórico Nac. Madrid L/4887)

Lamentablemente Ruz desoyó los consejos martianos y luego de algún que otro contratiempo y un manifiesto que publicó en Nueva York en el que atacaba a Martí y a otros patriotas, obligó al Apóstol a dar una enérgica respuesta en *El Avisador Cubano*, de Nueva York, del 7 de noviembre de 1888. (Véase, Martí, 1975, t. 1: 228) Así, por cuestiones de métodos y procedimientos, se produjo el rompimiento entre ambos.

Es necesario señalar que en septiembre de 1887, antes del mencionado incidente, Ruz había enviado a la Isla una expedición encabezada por Manuel García, rey de los campos de Cuba, que desembarcó por Matanzas y fue la única exitosa del período, pues se mantuvo combatiendo al Ejército español hasta el 24 de febrero de 1895, cuando su jefe cayó asesinado en los momentos en que se incorporaba al alzamiento de ese día.

A pesar de las dificultades y los obstáculos, Martí no cesaba en sus actividades revolucionarias. Al contrario, las incrementaba constantemente. En carta al patriota José Dolores Poyo, fechada en Nueva York, el 20 de noviembre de ese mismo año de 1887, le manifestó:

Mucho tiempo hemos perdido, muy contra mi voluntad, que siempre fue la de tener organizadas en unión importante y con un programa digno de atención las emigraciones, al mismo tiempo que los trabajos en la Isla, para que el día para mí siempre cercano, en que ésta se decidiese por desesperación a la

guerra, no le tuviera miedo como le tiene ahora viéndola desordenada y llena de sombras y peligros [...].

(Martí, 1975, t. 1; 212)

En el último trimestre de 1887, José Martí y un grupo de patriotas de Nueva York, Cayo Hueso y Filadelfia fundaron la Comisión Ejecutiva, en nombre de la cual se dirigió desde Nueva York, el 16 de diciembre de ese año, al general Máximo Gómez, solicitándole su apoyo para el nuevo movimiento que intentaban promover —luego de tantos fracasos—, pero con una organización superior que él ya concebía. En esta importante misiva, le expresó al Generalísimo, con gran tacto político, luego de la ruptura con este en 1884, entre otras cuestiones, lo siguiente:

Pero esta Comisión Ejecutiva, y esta reunión de cubanos de New York no se erige por sí como árbitro de un poder que sólo puede venir, en el desorden del destierro, de la autoridad y eficacia de los actos realizados, y de la confirmación pública de ellos. Lo que los cubanos de New York ven es que hay un deber difícil e imperioso que cumplir. Lo que ven es que la guerra no puede hacerse sin que el país tenga fe en ella, y en los que la han de iniciar o figurar en ella principalmente. Lo que ven es que el país se decide a la guerra, y es necesario desvanecer los temores que la guerra le inspire, e impedir que el gobierno de España, como desea, haga estallar la lucha prematuramente para sofocarla con mayor facilidad. Lo que ven es que la guerra se acerca, y que los militares

ilustres que la pueden dirigir, no se han puesto aún al habla, ni se distribuyen el trabajo. Lo que ven es que cada día aumenta la necesidad de realizar estos objetos esenciales:

—Unir con un plan digno de la atención y respeto de los cubanos, el espíritu del país y el de las emigraciones.

—Dar ocasión a los jefes militares de desvanecer en la Isla, con sus declaraciones de desinterés, civismo y subordinación al bien patrio, los reparos, —injustos sin duda, —que algunos de ellos inspiran, por suponérseles equivocadamente faltos de esas condiciones, aun a los mismos dispuestos en Cuba a trabajar por la independencia de la patria.

—Reunir en un trabajo común, preciso y ordenado a los jefes del extranjero entre sí, y a éstos en junto con los de la Isla, a cada uno con sus amigos, a cada jefe de influjo con su comarca, —todo con aquel mutuo respeto y grandeza que originan placeres más vivos y autoridad más alta y durable que los proyectos privados e incompletos, sin más fin que la alarma y la impotencia, que a patriotas menos probados que Ud. pudieran aconsejar la ambición desordenada.

—Con este espíritu y concordia levantar ante el país, de una vez y en unión solemne, con sus militares republicanos y su cuerpo de recursos, todas las emigraciones.

(Martí, 1975, t. 1:219)

La respuesta de Gómez no se hizo esperar y al hacerlo, manifestó su total apoyo a cualquier movimiento bien organizado a favor de la causa cubana. Por eso puede decirse que con la constitución de esa Comisión Ejecutiva, Martí estuvo en mayoría y se convirtió, por lo tanto, en el líder indiscutible de la revolución hasta el estallido de la guerra del 95.

En su labor proselitista el Apóstol se dirigió igualmente a muchos patriotas. Así por ejemplo, en nombre de la referida Comisión Ejecutiva, le escribió desde Nueva York una carta a José Dolores Poyo, con fecha del 5 de diciembre de 1887; en esta misiva, entre otras ideas, le manifestó:

La Isla se está poniendo en pie: ¿y nosotros, a quienes vuelve los ojos, no nos pondremos en pie? ¿por estarnos examinando unos a otros, y murmurando unos de otros, pondremos a la patria en peligro, y dejaremos de hacer lo que nos ordena? Cuando España quiere desordenar la guerra naciente, para triunfar sobre ella con más facilidad, ¿le ayudaremos nosotros a desordenarla? o ¿debemos ayudarle a ordenarla? Este es nuestro deber imperioso y seco. Puede ser imperioso, pero no será infructífero. Haber servido mucho obliga a continuar sirviendo. [...]

(Martí, 1975, t. 1:216)

En esta etapa en que Martí aparece al frente del nuevo movimiento independentista, volvió a activarse el aparato de espionaje enemigo contra él y demás elementos revolucionarios de la emigración. Por eso no se descuidó, orientó, criticó y alertó a sus

compatriotas. A partir de este momento comenzó a dar los primeros pasos hacia la organización de una estructura conspirativa que no pudiera ser penetrada y al mismo tiempo golpear y desorientara al adversario. En carta a Emilio Núñez, del 28 de mayo de 1889, con motivos de indiscreciones cometidas por los revolucionarios, le expuso:

[...]Se dio, además, por las indiscreciones inevitables, una publicidad y carácter demasiado solemne a la reunión, que la hubieran hecho indiscreta, si no riesgosa, por no ser ya la misma reunión que debía intentarse después de lo que se sabía, o se susurraba,—que antes.[...]

(Martí, 1975, t. 1:245)

En medio de esos trajes conspirativos, en el mes de octubre del propio año 1889, se inició en Estados Unidos el Congreso Internacional de Washington, convocado por el entonces secretario de Estado de dicho país, Sr. Blaine. Asistieron delegaciones de la mayor parte de los países latinoamericanos. Sus sesiones duraron hasta abril de 1890. Martí vio los peligros que acechaban a nuestras tierras y sobre todo a Cuba, pues sabía que los gobernantes norteamericanos tratarían de sacar provecho de su situación política y en contra de nuestra independencia. En esta ocasión también pudo apreciarse el tacto político de Martí, quien participó en la Conferencia y reportó lo más importante que en ella vio en sus magistrales crónicas de Nueva York, publicadas en el diario *La Nación*, de Buenos Aires. Su amigo Gonzalo de Quesada había sido cónsul de Argentina en Filadelfia y se desempeñó en el Congreso como secretario de la delegación del referido país,

encabezada por el argentino Manuel Quintana. En una carta que Martí dirigió a Quesada, fechada en Nueva York, el 29 de octubre se aprecia cómo lo alertaba ante los peligros que corría por su cargo como secretario de la delegación del hermano país sudamericano y le dio orientaciones que parecen propias de un oficial operativo en cuestiones de seguridad.

[...]Y porque quería hablarle largo, como a su buen padre le hablé, sobre el peligro en que está Vd. de que, con el pretexto de amistad, se le acerquen personas interesadas que quieran valerse de la posición de confianza de que goza, cerca de una delegación importante a la que con la astucia se quisiera deslumbrar, o confundir, o convertir o traer a la estimación de personas que llevan el veneno donde no se les ve. Lo han de querer usar, descaradamente unos, y otros sin que Vd. lo sienta. Y yo quiero que todos le tengan a Vd., y a la persona que confía en Vd., el respeto que les he tenido yo, que me guardé bien, ni de frente ni de soslayo, de inculcar en Vd. mis ideas propias sobre estas cosas delicadas del Congreso, y sobre los hombres que de dentro o de fuera intervienen en él, por más que ni Vd. ni yo podamos tener duda de la pureza de mis intenciones, ni del fervor de mi cariño, y el desinterés de mi vigilancia, por mi tierra, y por toda nuestra América. Vd. es discretísimo; pero no me ha de tener a mal que lo ponga en guardia sobre estas asechanzas sutiles. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 247-248)

Dos semanas después, convencido de los objetivos de su causa volvió a reiterar que todo lo hacía en silencio. Esta vez, en carta dirigida desde Nueva York a Serafín Bello, el 16 de noviembre de 1889, le manifestó con su ya característica agudeza política:

[...]A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales. [...] En la soledad en que me veo—porque cual más cual menos espera lo que abomino—lo he de impedir, he de implorar, estoy implorando, pongo al servicio de mi patria en el silencio todo el crédito que he podido irle dando en esas tierras hermanas a mi nombre. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 254-255)

Y como no descuidaba nada, ante las maquinaciones de los elementos anexionistas, en esta misma misiva también advirtió los peligros y se expresó en los siguientes términos:

Es preciso que Cuba sepa quiénes y para qué, quieren aquí la anexión.

Durante la primera mitad de la década de 1890, paralelamente a la actividad que desplegaban los partidos políticos de la Isla que surgieron a raíz del Pacto del Zanjón y resultaron además, incapaces para resolver la problemática nacional cubana, ocurrieron otros importantes acontecimientos: visita de Antonio Maceo a Cuba, de enero a agosto de 1890, con fines abiertamente independentistas, por lo cual fue

expulsado de la Isla; meritoria y destacada labor política y de propaganda desplegada por Juan Gualberto Gómez en la prensa y la tribuna, con el objetivo de preparar a las masas para la lucha separatista, y en defensa de los derechos de los negros, como lo hiciera en su calidad de presidente del Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color de Cuba; creación del Partido Revolucionario Cubano (PRC), el 10 de abril de 1892; alzamiento de Purnio y Velasco, en Oriente, durante abril y mayo de 1893, el de Cruces, en Las Villas, en noviembre de ese año, así como el propio Plan de Fernandina e inicio de la Guerra del 95.

A esos hechos revolucionarios transcurridos en tres lustros hay que sumar la extraordinaria actividad política, patriótica, organizativa y conspirativa desarrollada por José Martí. Fue él, sin dudas, el líder de mayor previsión y alcance político, pues supo unir a todos los cubanos por la independencia definitiva en ese difícil período de 1880 a 1895, calificado por él como Tregua Fecunda o Reposo Turbulento.

José Martí y la Guerra de 1895

El alma de esta guerra cruenta y de larga preparación fue indiscutiblemente José Martí. Durante casi quince años se consagró de forma ininterrumpida a ese propósito, convirtiéndose de hecho en el más trascendental de los conspiradores cubanos de nuestras luchas independentistas. Supo combinar de manera excepcional sus cualidades de hombre de letras con las de patriota y revolucionario incansable, haciendo de la conspiración un verdadero arte.

Como ya hemos visto en los preparativos de la nueva gesta, en función de sus fines unitarios se dirigió a los principales jefes militares del 68 y de la Guerra Chiquita, en especial a Máximo Gómez y Antonio Maceo, pues estaba convencido de que sin la participación de estos y los generales no podía organizarse y desarrollarse una guerra victoriosa. Así, con sus objetivos bien definidos y teniendo en cuenta su propio lema de que *en revolución, los métodos han de ser callados, y los fines, públicos*, continuó moviéndose de un lugar a otro de la emigración. Realmente no conocemos a nadie en América que haya desarrollado tal campaña proselitista y de propaganda durante tantos años consecutivos para unir y vertebrar todas las buenas voluntades de un pueblo con el propósito de hacer

una revolución profunda mediante la cual se pudiera alcanzar la independencia.

Grande y agotadora fue su faena. Al extremo de que en un momento sintió su salud quebrantada y se vio obligado a tomar un breve descanso en las montañas Catskil. Desde allí dirigió a su amigo Juan Bonilla una carta, con fecha del 8 de agosto de 1890, en la que al hablarle sobre Cuba y la guerra, así como de las razones por las que tuvo que ausentarse de la ciudad, le comunicó:

Pero ya ve que tuve que escapar de ella, porque ya no me quedaba nervio quieto, ni fuerza para cumplir con mis deberes, que es para lo que vivo, porque todo lo demás, fuera de la amistad de los buenos corazones, resulta vano y feo. Mi mismo viaje acá es respuesta de lo que me pregunta sobre Cuba; porque mi miedo mayor no era el de ir saliendo de la vida, sino el de verme sin fuerza para los muchos quehaceres que nuestra tierra está a punto de echarnos sobre los hombros. Y yo entiendo estas cosas a lo militar. Las guerras no son cosas de bastidor y de merengue: todo en ellas, lo que se ve, y lo que no se ve, lo de afuera y lo de adentro, ha de ir a paso de batalla y arma al hombro.

Jamás hubo elementos peores para entrar en una guerra de independencia, ni necesidad más grande de la guerra. No hay que acobardarse ante los peligros, sino conocerlos, y afrontarlos. Ya yo me voy muriendo, mi querido Juan. Los pulmones se me quejan y el corazón más de lo que debe. Pero calzo las botas invisibles que

de un tranco como las del gigante del cuento, van del valle a la montaña. Y mientras viva, he de estar donde Vd. me ha visto, sirviéndolos y queriéndolos. [...]

(Martí, 1975, t. 1:261)

Luego, durante esa incesante labor unitaria, salía al paso a sectarios y oportunistas que aparecieron en el camino. Lo hizo, como siempre, desde la altura y estimulando el fervor del pueblo que vigilaba y creía en la obra revolucionaria. Por eso aprovechando la fecha del 10 de Octubre, redactó una convocatoria en septiembre de 1891, en la que subrayó:

Ni razones ni lisonjas son necesarias para que los cubanos nos convidemos unos a otros a proclamar que cada año esplende más el 10 de Octubre. No hay intereses que aluden, ni camarillas, que excluyan, ni hombres que quieran ponerse sobre los demás, ni logreros que se aprovechen de las cosas santas: acá, en veinte años de prueba, hemos echado abajo todo eso. Hay un pueblo, de un solo corazón, que vigila y confía.

[...] Aquí no somos desterrados, sino fundadores.
[...]

(Martí, 1975, l. 1:265)

Ya en el mes de enero de 1892, muy próximo a la fundación del Partido Revolucionario Cubano (PRC) y a la creación del periódico *Patria*, Martí intensificó sus actividades proselitistas de organización y propaganda. Se movía de un lugar a otro de la emigración. Crecía su correspondencia con todas las amistades y personas

que pudieran servir a la causa. Y de ese modo fue tejiendo el fino encaje de conspiradores al servicio de la revolución como él mismo dijo en una de sus cartas. De todo se ocupaba personalmente. Nada olvidaba. Enviaba orientaciones de todo tipo a cada lugar donde pensaba encontrar colaboración y apoyo para la causa independentista. En medio de esa febril y apasionada actividad de divulgación y propaganda, surgió una polémica ya mencionada anteriormente en otro capítulo entre el general Enrique Collazo y Martí a propósito de la obra *A pie y descalzo* de Ramón Roa, la cual indudablemente resultaba dañina al trabajo político que el Apóstol venía realizando hasta ese momento. Por eso en una carta que le dirigió a Collazo, fechada el 12 de enero de 1892, al refutarle las imputaciones que este le hiciera, le manifestó, entre otros planteamientos, lo siguiente:

Amargo es el deber de censurar públicamente a quien desalienta a su pueblo en la hora en que parece que van a serle muy necesarios los alientos; [...].

[...]El que peleó en la Revolución es santo para mí Sr. Collazo. El que hace industria de haber peleado en la Revolución, o goza después de ella entre sus enemigos de un influjo superior al que tuvo entre sus compatriotas, o usa de su influencia para aflojar la virtud renaciente de un país que necesita de toda su virtud, ése bajará ante mí los ojos, Sr. Collazo, aunque haya militado en la Revolución; y los bajará ante todo hombre honrado.

(Martí, 1975, t 1: 288 y 290)

Tres días después, con ese espíritu batallador e incansable, le explicó en carta a Fernando Figueredo, todo lo que había venido haciendo por Cuba. En una de sus partes le comunicó:

Yo, con mis modos de sigilo, porque lo que importa es hacer, aunque no se vea quién hace, me he dado entero a esta tarea de unión, y de morir en ella; sólo sus enemigos lo son míos. Por eso, al día siguiente de la capitulación que censuraban otros, comencé a mover, en el suelo mismo de Cuba, la guerra con los capitulados; por eso me senté, dos años después del Zanjón, a presidir la Junta de Guerra en que un capitulado había venido haciendo de secretario; por eso autoricé sin miedo la capitulación del último jefe de la guerra de 1880, de un jefe a quien por su genio militar y su alma cívica, quiero como a un hermano; por eso, apenas se desvaneció, por su desorden interior, aquella tentativa, porque no hubo modo de ordenarla, convidé a los caudillos de la capitulación a ir combinando desde entonces todas las fuerzas allegables para una guerra fuerte, breve y republicana[...].

(Martí, 1975, t. 1:303-304)

El 14 de marzo de 1892, Martí fundó el periódico *Patria* como vocero de la emigración para intensificar la campaña de propaganda revolucionaria a favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Se publicó ininterrumpidamente hasta el 31 de diciembre de 1898. En su primer número y bajo el título de “Nuestras

ideas”, su fundador escribió:

Late apresurado el corazón al saludar, desde el seguro extranjero, a los que bajo el poder de un dueño implacable se disponen en silencio a sacudirlo. [...].

[...]Se encienden los fuegos, y vuelve a cundir la voz; en el mismo hogar tímido, cansado de la miseria, restalla la amenaza; va en silencio la juventud a venerar la sepultura de los héroes: y el clarín resuena a la vez en las asambleas de los emigrados y en las de los colonos. Nace este periódico, a la hora del peligro, para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden.

(Martí, 1975, t. 1: 319 y 322)

En este mismo número del 14 de marzo bajo el título “A nuestra prensa” señaló:

[...] Pero la prensa es otra cuando se tiene enfrente el enemigo. Entonces, en voz baja, se pasa la señal. Lo que el enemigo ha de oír, no es más que la voz de ataque.

(Martí, 1975, t. 1: 322)

Y en otro artículo, esta vez titulado “Patria”, volvió a insistir en la necesidad de hacer las cosas en silencio, pues él bien sabía del espionaje que se hacía contra la revolución. De este trabajo periodístico queda

insertado el fragmento siguiente:

Y cuanto en Patria se escriba ha de nacer del deseo de aprovechar, con el don inevitable de la palabra, la acción rápida en que será posible y necesario el silencio, no del prurito femenil que en la ocasión gloriosa no ve más que la tribuna floreada o las palmas envanecedoras. En la fundición habla el obrero sobre el mejor modo de fundir la espada.

(Martí, 1975, t. 1:324)

Cinco días después de estas exhortaciones, orientaciones y advertencias volvió a insistir en Patria sobre el peligro que entrañaba el espionaje enemigo. Ahora en un artículo titulado “La política” del 19 de marzo.

[...] la política es el arte de hacer felices a los hombres.

Esa frase se ha de recordar, ahora que un espionaje sutil comprendiendo que el peligro mayor de la dominación española está en la buena política revolucionaria, fomenta en nuestros reformadores generosos y en nuestras casas de trabajo el odio a la política. [...]

(Martí 1975, t. 1: 335)

Aquí en este mismo número apareció otro artículo, “El arte de pelear”, en el que manifestó:

[...]Se pelea sobre todo, cuando los que han estado limpiando las armas y aprendiendo el paso de los ejercicios parciales e invisibles, en

organizaciones aisladas y calladas, se ponen a la vez en pie, con un solo ánimo y un solo fin, cada uno con su estandarte y con su emblema, y todos a la luz, en marcha que se sienta y que se vea, detrás de la bandera de la patria.

(Martí, 1975, t. 1: 341)

Toda esta labor de educación política y propaganda que desarrolló en Patria desde su fundación, la hizo paralelamente en medio de una intensa actividad en los preparativos para constituir el Partido Revolucionario Cubano (PRC) que sería la institución política encargada de preparar e iniciar la última guerra por la independencia de Cuba. Por eso publicó el 3 de abril de 1892, “El Partido Revolucionario Cubano”, artículo en el que resaltaba el valor e importancia política del mismo.

[...]Pero el Partido Revolucionario Cubano, nacido con responsabilidades sumas en los instantes de descomposición del país, no surgió de la vehemencia pasajera, ni del deseo vociferador e incapaz, ni de la ambición temible; sino del empuje de un pueblo aleccionado, que por el mismo Partido proclama, antes de la república, su redención de los vicios que afean al nacer la vida republicana. Nació uno, de todas partes a la vez. Y erraría, de afuera o de adentro, quien lo creyese extingible o deleznable. Lo que un grupo ambiciona, cae. Perdura, lo que un pueblo quiere. El Partido Revolucionario Cubano, es el pueblo cubano.

(Martí, 1975, t. 1:366)

Ciertamente hay que insistir en la capacidad política de Martí y su habilidad como conspirador, pues no se le escapaba un detalle y atendía y controlaba todo directamente. Ante el temor de que la actividad del Partido pudiera encontrar dificultades en su desenvolvimiento en los Estados Unidos, debido a las leyes norteamericanas y que los agentes al servicio de España pudieran promover reclamaciones en ese sentido a las autoridades de dicho país, se asesoró en el tema y por supuesto que para tales averiguaciones, utilizó a sus colaboradores, como se aprecia en una carta suya dirigida a Gualterio García, fechada el 4 de abril de 1892, en la que le planteaba:

[...]Perdóneme otra vez mi demora perpetua en todo lo de mera papelería. Pero sí mando por su mucha importancia inmediata, una nota a Poyo, con el informe legal, de que no hay ley ni costumbre alguna en los Estados Unidos que se oponga a las reuniones del Partido Revolucionario Cubano, ni tampoco a reunir fondos en público para la Revolución. Era preciso que supiésemos en esto la verdad absoluta. Rubens, me ha mandado un informe minucioso y decisivo.

(Martí, 1975, t. 1:373)

Por esos mismos días en los que se estaban celebrando reuniones y elecciones en todas partes de la emigración durante el proceso de gestación del Partido y antes de su proclamación, le hizo una carta a Serafín Bello, comentándole del tema. En esta misiva, fechada en abril de 1892, le daba ánimos y aprovechaba para reiterarle nuevamente el cuidado que había que tener con el espionaje enemigo:

Vigile por el orden de esta grandeza en que estamos con buen pie. ¿A dónde no iremos a dar? Para eso vive, y tal vez sólo por eso, su José Martí.

(Martí, 1975, 1.1:374)

Invitado por un comité organizador presidido por Ángel Peláez, y del cual eran secretario Gualterio García, tesorero Frank E. Bolio y vocales Aurelio C. Rodríguez, José G. Pompey y Genaro L. Hernández, Martí llegó por primera vez a Cayo Hueso el 25 de diciembre de 1891, donde pronunció varios discursos de propaganda revolucionaria. Fue presentado al pueblo de Cayo Hueso en la noche del 3 de enero de 1892, en el histórico club San Carlos, por el ilustre veterano, José Francisco Lamadriz, presidente de la llamada Convención Cubana, que había sido organizada desde 1889. Reunido en el Hotel Duval con los presidentes de las distintas agrupaciones políticas cubanas y otros elementos revolucionarios, Martí redactó las bases del Partido Revolucionario Cubano, que fueron aprobadas definitivamente en la noche del 5 de enero, y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y puertorriqueñas el 10 de abril del mismo año. Es esta la fecha considerada de la fundación del PRC. Como es sabido el Apóstol fue elegido delegado de la organización política.

En esta nueva contienda, más maduro y experimentado, no se dejaría sorprender por el enemigo. Por eso, a la par que fundó el PRC creó el periódico *Patria*, órgano que utilizaría no solo como vía de propaganda proselitista en sus objetivos patrióticos y revolucionarios, sino, además, como instrumento eficaz para denunciar sistemáticamente las campañas divisionistas y diversionista de los enemigos de la independencia, así como las actividades de inteligencia

y contrainteligencia de los servicios secretos españoles y de su más cercana colaboradora: la agencia Pinkerton.

En sus discursos, proclamas y cartas puede apreciarse la atención que dedicó a lo relacionado con el espionaje, en especial a partir de 1892 cuando bajo su dirección y control comenzó a estructurar lo que podemos denominar un sistema eficaz de inteligencia y contrainteligencia en estrecha coordinación con el general Máximo Gómez. Estructuró y organizó a las fuerzas revolucionarias como nunca nadie lo había hecho, para que pudieran actuar sin ser descubiertas y mucho menos penetradas por el enemigo. En ese sentido eligió agentes especiales o con nombres figurados o seudónimos para operar y cumplir misiones importantes tanto en la emigración como en Cuba.

Asimismo exigía un alto grado de compartimentación y extremo cuidado con vistas a conservar en secreto lo que no podía llegar a oídos del adversario. Mucho se preocupaba por ello, con el objetivo de evitar descuidos o delaciones que pusieran en peligros vidas humanas.

La siguiente carta dirigida a José Dolores Poyo, el 20 de abril de 1892, es decir, diez días después de la constitución oficial del PRC, corrobora la afirmación anterior. Desde la emigración detectaba las intenciones enemigas, orientaba medidas de contrapropaganda y además, decidió crear a tales efectos una contraagencia en La Habana.

[...]Dicto a Patria,—despacho lo de Cuba, donde se ha querido nada menos que llevarnos de la mano a establecer nuestras relaciones por vías y agentes vendidos al Gobierno español, como cuando Calixto,— me pongo en pie como para la reunión, y a caer más hondo; [...].

[...]Pero a lo que diariamente hay que ir

saliendo al paso, y responder con un mentís bien organizado de cartas privadas a varios círculos sociales y de visitas de propagadores, que digan y vuelvan, es a esa desvergüenza menuda de la difamación sobre dineros, que no sale al público, y la otra de mi campaña personal, que hace alguno a quien le estorbo, aunque esta gente sólo vale por la cobardía e ignorancia de los que los escuchan, y no pasan de tres en cuanto a cabezas.

[...]Yo creo que hay modo fácil y franco de asir esas picardías, tomar nota pública de ellas y dejar constancia pública y altiva de nuestra vida y de nuestras cuentas. Y sé que urge. Ya les clavo ahora en La Habana una contraagencia, que nos hace mucha falta.

Esta carta, Poyo, quiero que la lean Serafín y Fernando, y Teodoro si está ahí, porque hemos de saber lo verdadero, y quiero que sepan lo que sé y me ayuden a ir capeando el riesgo, y a desautorizar entre los habaneros esta malignidad.

(Martí, 1975, t. 1: 404-406)

Posteriormente, siguiendo la conducta de orientar a los emigrados y advertir los peligros, dirigió una carta a los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York, fechada el 9 de mayo de ese mismo año, donde les planteaba que había llegado la hora [...] *de congregarse con unidad de pensamiento y con sigilo impuesto a la vez por la maestría del adversario y el riesgo de los propios, todos los elementos allegables en una época de confusión y de peligro; [...].*

(Martí, 1975, t. 1:437)

Y como Martí bien sabía distinguir entre lo que debía ser público o no, en una circular que remitió a los presidentes de los clubes del Partido Revolucionario Cubano, en el Cuerpo de Consejo de Key West, el 13 de mayo de 1892, expresó, en relación con Estados Unidos y la independencia de Cuba y Puerto Rico, lo siguiente:

[...]La independencia de Cuba, y la de Puerto Rico a que se propone Cuba ayudar, sólo estará garantizada definitivamente cuando el pueblo norteamericano conozca y respete los méritos y capacidades de las Islas. Y en esta labor presente de levantar la revolución, se correría gran riesgo si no se lograra mover a efecto y consideración al pueblo y gobierno de los Estados Unidos. La exhibición de nuestros móviles y carácter ante el país norteamericano es, pues, un deber político de extrema importancia, un deber de conservación nacional. Y el delegado se propone comenzar a atenderlo por medio de un Manifiesto en lengua inglesa que a la vez explique el carácter real de nuestro país y la razón inevitable de nuestras luchas [...]

(Martí 1975, t. 1:447)

Como podemos apreciar constantemente daba las orientaciones y explicaba la forma de ejecutarlas. Pero también preparaba las condiciones para evitar que los enemigos de la revolución pudieran impedir las con el trabajo que realizaban diariamente todos los espías a sueldo del Gobierno español. Su capacidad y previsión política le permitían en ese sentido y otros muchos, atacar y contraatacar al mismo tiempo. En

fin, no cesaba de explicar y alertar a los revolucionarios cubanos con el objetivo de que estos no cayeran en las trampas que les tendían los adversarios. Y estas afirmaciones sobre su modo táctico y estratégico de proceder, se reflejan en un artículo suyo publicado en *Patria*, el 28 de mayo de 1892, titulado “La campaña española”.

[...]El gobierno español se ha cosido a la realidad; ha señalado uno por uno a sus enemigos: los sigue con un hombre al talón, por dentro y fuera de la Isla: desmorona con la prisión oportuna, o la amenaza, o el soborno; cada grupo que comienza a apretarse la cintura: divide por la calumnia, y por el hábil cultivo de las pasiones humanas, a los cubanos en quienes un reparto personal o una obligación de clase o un mal entendido compañerismo pudiesen más que el deber para con la patria.

[...]En guerra vivimos, con nombres de paz, y el triunfo será necesariamente de los más preparados, y de los más astutos. Es de deber denunciar, para que nadie se llame a engaño, ni proteste desconocimiento, ni se deje llevar por la pasión a donde quiere llevarlo su enemigo, ni colabore con los pretextos de la maldad o la soberbia, al desorden y derrota de su país, los métodos especiales, tenaces, y todavía fructuosos, de la campaña española.

Del más sutil y eficaz de estos métodos no se habrá de extrañar nadie, puesto que por el aprovechamiento de las disensiones internas pudo España vencer una guerra que por las armas no pudo vencer jamás, [...]. Y esa tarea de policía que se lleva adelante, por la perfidia

del alma humana sólo inferior a su grandeza, en el seno de los hogares y en la misma almohada del placer, en la aparente amistad, en los viajes ostensiblemente casuales, en las cartas envenenadas, en la mesa de juego, es más fácil, o parece más fácil, al enemigo que aprovecha las discordias que dejó tras sí una guerra demasiado larga e inactiva [...]

[...]Mañana cuando estemos todos juntos, es de esperar que los descuidados dirán a los cuidadosos: ¡gracias! No era necesario, no lo fue nunca, que se creyese, y se convidase a creer, en el triunfo de una política colonial contraria a la naturaleza de la nación que había de concederla, y a las necesidades y costumbres de la generación política que la ha de otorgar. Era imprescindible resistir, por los caminos oscuros del enemigo, su obra de desavenencia y destrucción, para presentarle unido, el día en que el descrédito final de la política de confianza acelerase la obra de la desesperación, el pueblo que por el soborno, por los celos y por la vanidad creía tener desbaratado. Por eso, en doce años de saneamiento y de cariño, han practicado las emigraciones, sin lema confeso ni nombre formal, la política de unificación y desinterés que ya en sazón culmina, con singular identidad de parecer y de virtud, en el Partido Revolucionario Cubano, mera forma activa de la política vigilante y real de Cuba, de la política de unión creciente, amplía a la vez que sólida, de los elementos diversos, de ayer y de hoy, de la independencia cubana [...].

(Martí, 1975, t. 1: 465-467)

Y así, sin darle tregua al enemigo, organizó y perfeccionó un excelente sistema de contrapropaganda, cuyo objetivo era divulgar las ideas de la necesidad de la revolución, denunciar y desmentir los propósitos divisionistas y diversionista del gobierno español, así como insistir en la actitud alerta que debía mantenerse contra los espías por el daño que estos pudieran ocasionar. En otro artículo suyo, publicado en *Patria* el 4 de junio del mismo año 1892, titulado “Los cubanos de afuera y los cubanos de adentro”, señaló:

El gobierno español sabe que de la guerra quedaron recelos entre los hombres literarios e inactivos, con el nombre inmerecido de civiles, y los hombres ejecutivos, con el nombre envidiable de militares, —y echa sus agentes a rociar de veneno el recelo supuesto entre militares y civiles. [...]

[...] y echa sus agentes, por aulas y talleres y caminos y visitas y salones, a revivir en el corazón lastimado de los héroes leales el desdén de los cubanos de la emigración [...] ¡Oigan bribones, lo que dice un militar magnánimo!: “Por encima de todo, por encima de personas y simpatías está mi corazón todo cubano, y mi conciencia de hombre leal y honrado, comprometida un día a servir sin condiciones los intereses de la revolución por la independencia de Cuba. Esa ha sido, es y será mi modo de raciocinar. Y aunque tú sabes eso de viejo, como hombre de principios lo mismo que yo, y porque has militado a mis órdenes, y me conoces íntimamente, sin embargo he querido repetírtelo para que se mantengan siempre frescas entre nosotros y en toda su pureza las ideas por las cuales tú desde tu

patria te lanzaste a defenderlas en extrañas tierras, y yo armé mi brazo para ayudar a sus defensores”.

[...]Dos alas tiene el ejército redentor de Cuba: ¡y es el oficio del gobierno español, oficio fino e infeliz de veras, el de meter el puñal de la desconfianza entre las dos alas!

[...]¡Hay cartas que no se escriben, y cariños que no se dicen, y mensajes que, aún no mandados, llegan! [...].

(Martí, 1975, t. 1: 475-480)

Posteriormente al insistir en la necesidad de la unión de los cubanos contra las labores de zapa que hacía el enemigo y la necesidad de tener claro los objetivos y estimular a los emigrados y habitantes de la Isla, publicó en su periódico revolucionario, el 14 de junio, “Adelante, juntos”. En una de sus partes, expresó:

A un plan obedece nuestro enemigo: el de enconarnos, dispersarnos, dividirnos, ahogarnos. Por eso obedecemos nosotros a otro plan: enseñarnos en toda nuestra altura, apretarnos, juntarnos, burlarlo, hacer por fin a nuestra patria libre. Plan contra plan. Sin plan de resistencia no se puede vencer un plan de ataque.

(Martí, 1975, t. 2: 15)

Como gran conspirador sabía perfectamente que solo con combatientes bien preparados y con ideas claras de sus objetivos se podía vencer en la batalla política e ideológica que se estaba librando en ese período histórico. Por eso y para dar continuidad a lo expresado

en el artículo anteriormente citado, publicó otro en ese mismo número de *Patria*, bajo el título “Los Clubes”, en este se pronunció por el interés del club “José Martí” en crear un círculo de conferencias y conversaciones políticas donde se debatieran internamente diferentes temas. Es decir, iniciar algo así como la batalla de ideas que está librando el pueblo cubano en la actualidad. Un fragmento del referido artículo, plantea:

[...]La conversación importa; no sobre el reglamento interminable o las minimeces que suelen salirles a las asociaciones primerizas, sino sobre los elementos y peligros de Cuba, sobre la composición y tendencias de cada elemento, sobre el modo de componer los elementos y de evitar los peligros. [...]

(Martí, 1975, t. 2: 17)

Y en este mismo número del periódico, divulgó un tercer artículo: “La Primera Conferencia”. Aquí dando el ejemplo, como siempre, participó e intervino en sus debates. Algunas partes de dicho artículo se insertan a continuación:

El domingo se juntó el Club “José Martí” como anunció *Patria*, para inaugurar las Conferencias Políticas, las Conversaciones Políticas, que dará mensualmente. La conferencia improvisada comenzó a las tres de la tarde, de un día de calor recio, y a las siete no había aún quien quisiera abandonar el salón. A la salida, después de la hermosa lid de pensamientos, iban los miembros del club, y los visitantes, como más amigos y apretados.

[...]Martí bosquejó las causas de la derrota de la primera guerra; explicó las causas de la derrota de la segunda guerra, cuando él mismo presidía el comité de New York; pintó el estado del país después de ambas caídas, y la necesidad de poner remedio, una por una, a las causas que nos hicieron caer; describió la labor silenciosa de estos doce años para congregar a los elementos que quedaron desamistados, para disipar el recelo justo de los revolucionarios de campaña contra los de la emigración; para impedir que España venciese en su tarea pertinaz de mantener desunidas las emigraciones[...].

(Martí, 1975, t. 2: 29, 31 y 32)

Así, forjando conciencias, predicando con su propio ejemplo iba conquistando corazones y abonando el camino. Pero sobre todo, convencido de la necesidad de obrar discretamente, siguió alertando a sus compatriotas. Con el título “El Partido”, reveló en *Patria*, correspondiente al 25 de junio de 1892, lo siguiente:

[...]Ganar un alma en la sombra, un alma que se purga y se vence, un alma que peca y se avergüenza es más grato, y más útil al país, que caracolear y levantar el polvo [...]. [...]Era muy difícil combinar en una campaña de guerra, porque en la guerra estamos, el empuje y el secreto que requieren estas cosas, con las ideas y las prácticas republicanas que vemos en cada línea y en cada acto del Partido. [...] ¡Que no se ve aún esta o aquella cabeza! En la noche en que andamos, no se pueden ver todas las cabezas [...].

(Martí, 1975, t. 2: 35-37)

Como el Apóstol estaba convencido de que los gobernantes norteamericanos no tenían interés alguno en la independencia de Cuba y que por el contrario esperaban la oportunidad favorable para lanzarse sobre ella, tomaba todas las medidas necesarias para que estos no pudieran enterarse de los movimientos y actividades revolucionarias de los emigrados cubanos. En particular insistía para que no pudiera filtrarse ninguna información sobre cuestiones relacionadas con armas y municiones, así como de preparativos para el envío de expediciones armadas hacia Cuba. Él sabía que las autoridades españolas orientaban a sus agentes priorizar todo lo concerniente en ese sentido para poder establecer demandas y confiscaciones ante el Gobierno yanqui y por eso no se descuidaba un instante. Esas preocupaciones tuyas se reflejan mucho en la correspondencia que dirigía entonces a los patriotas cubanos. En carta a Serafín Sánchez, fechada el 2 de agosto de 1892, lo alertaba y le daba instrucciones precisas para evitar que los agentes españoles pudieran obtener informaciones que luego resultarían dañinas a la causa:

Acá, hallé el peligro, que a toda costa hemos de evitar, de la intervención de este Gobierno en nuestras cosas, intervención que no hemos de provocar con la menor indiscreción nuestra, sobre todo en lo referente al armamento y ejercicio en público. No debemos al empezar, ganarnos, ni en Cuba ni aquí, fama de indiscretos. El Gobierno español está plenamente dispuesto a la reclamación. Por nuestras líneas, si no nos salimos de ellas, no se nos puede entrar. Yo escribo a Roloff sobre esto. Vd. vigíleme allá. Lo peligroso, a puertas

cerradas. [...] Toda la prensa seria habló aquí de nosotros, esta vez con especial favor. Continuemos mereciéndolo.

[...] vele porque no demos asidero al enemigo en lo de preparar ostensiblemente, con actos o palabras, la invasión armada de un país que está en paz con éste [...].

(Martí, 1975, t.. 2: 82-83)

Con igual fecha, dirigió otra misiva a Fernando Figueredo, manifestándole las mismas preocupaciones, pero al mismo tiempo le informaba que él atendía personalmente a La Habana en las cuestiones conspirativas y le orientaba estar vigilante:

[...] Ya tengo comisionado para el Oriente, y en La Habana se me agencia en estos momentos el de Camagüey. Yo, por mis hilos, atiendo a La Habana, por donde crecen la curiosidad y el respeto. Lo que hallo delicado, como tenía que ser, es el asunto de intervención del gobierno norteamericano en nuestra organización armada. El gobierno español tiene establecida formal protesta, y busca prueba en que fundarla. El correo aquí abre oficialmente la correspondencia del Cuerpo de Consejo, y hubiera detenido los fondos recientemente enviados, sí hubiese hallado pruebas en las cartas de que se destinaban a la compra de armas. A todo estoy. Pero ayúdenme allá con su discreción [...]. Que no nos tomen prueba escrita de estar allegando armamentos contra España.

[...]Eso es hoy, con la red que tendemos por allá más importante que ayer. Dejo eso al patriotismo vigilante de Vds. [...]

(Martí, 1975, t.. 2: 84)

Como la actividad del Partido Revolucionario Cubano no podía desarrollarse legalmente en Cuba, fue necesario fomentar la conspiración en la clandestinidad más absoluta. Por eso antes del alzamiento del 24 de febrero se nombraron subdelegaciones del Partido en distintas regiones de la Isla, con el objetivo de preparar la insurrección. Cada uno de los subdelegados creó sus propias redes de enlace y confidentes que les garantizaran cumplir las orientaciones del Partido. Todas las subdelegaciones estaban a su vez supeditadas al patriota, periodista y destacado intelectual Juan Gualberto Gómez, representante máximo del PRC en la Isla, con quien Martí mantenía estrechos vínculos.

De igual modo, para comunicarse con los principales conspiradores, ideó claves especiales y otras formas muy variadas, algunas de ellas deben asombrar actualmente a los especialistas en esta materia. Muy conocidas son la “Clave Habana” y la “Clave María”, destinadas a Juan Gualberto Gómez y al general Enrique Collazo, respectivamente.

Insistimos en decir que Martí no descuidó nada. Estuvo atento a todo lo que el enemigo pudiera realizar contra la obra independentista. Por esas razones, en agosto de 1892, al ver peligro en el empleo que de la prensa pudieran hacer los españoles, se apresuró a escribir a José Dolores Poyo:

[...] El Gobierno español está decidido a probar combate en la primera oportunidad, y mueve la prensa que nos es amiga, y el gobierno de

Washington, que no nos es amigo. Fijémonos pues, en que tenemos delante un enemigo invisible y poderoso.

(Martí, 1975, t. 2: 81)

En la guerra que se organizaba, el espionaje era una de las armas más utilizadas por el enemigo; de ahí los desvelos del Apóstol por neutralizar dicha actividad. Sospechaba de todo y de todos, aunque también alertaba de que aunque el espionaje existía, no había que ver a todo el mundo como espía. Igualmente tenía un olfato especial para distinguir y reconocer a los agentes o vacilantes y débiles de carácter que pudieran ser captados por el enemigo y traicionar la causa revolucionaria. En su obra escrita como veremos más adelante, podemos encontrar numerosos casos de los que él personalmente descubrió y denunció.

Luego de constituido el PRC, el primer gran comisionado de la revolución que Martí envió a la isla de Cuba fue Gerardo Castellanos. A este le impartió las orientaciones necesarias para organizar y coordinar la conspiración en el país y explicar los objetivos de la revolución y el Partido. Parte de esas orientaciones se aprecian en los siguientes fragmentos de una carta que le dirigió con fecha 4 de agosto de 1892:

Entra, para los trabajos finales, el comisionado que, si no ha despertado ya sospechas, va a La Habana con objeto especial; y quiero que esta carta quede esta noche en el correo. ¿Qué le tengo que decir? Explique la grandeza, la extensión y la energía del Partido. Recalque hoy que, como con Vd. en Las Villas, está organizando la Isla entera. Conózcame todos

los elementos revolucionarios de las Villas, y los hombres e ideas locales con que haya que combatir. Ordéneme los elementos revolucionarios, de modo que en cada región quede un núcleo, y queden en concierto y al habla los núcleos de las diversas regiones, y todos en ellos en comunicación regular, — procurada por ellos para evitar riesgos, — con el Delegado. Y si cabe abra fuentes de fondos donde haya hombres para esto, y no los haya para más. A Lagomasino, explíqueme bien el plan del Partido para que con la esperanza de cosa mayor, refrene su impaciencia noble. Mándeme la dirección de Cuba a que, con disfraz suficiente y sólo para Ud. claro, pueda mandarle algún nombre más, y la dirección mía que hayan de poner a las comunicaciones.

Más adelante en esta misma misiva, al referirse a Marcos García en Las Villas, le advirtió a Gerardo Castellanos:

[...]Vd., por supuesto, verá allá el jefe que tiene pocas paces con éste, y casi tanto crédito como él, y le seguirá de cerca las pisadas.

[...]Muy bien tramada venía la persecución, y yo le he cortado los primeros hilos, pero de allá es de donde me han de ayudar, para no dar hechos que permitan al enemigo probar su afirmación.

(Martí, 1975, t. 2:85-88)

Posteriormente, el 6 del propio mes, el Apóstol envió una carta al presidente de la Convención Cubana en la que, entre otras cosas, le informaba de un comisionado discreto que había salido para el Departamento Oriental de Cuba y le agradecía los nombres que aportó la Convención, pues para muchas de estas misiones y por orientaciones y solicitud suyas se seleccionaban los hombres del Partido y de los clubes revolucionarios.

Ocupado en este instante en desviar la persecución oficial que en la esperanza de hallar prueba de la organización armada visible y allegamiento de armas hostiles a país amigo, ha entablado ante el gobierno del Norte la representación española[...] Otros comisionados hacen, o harán, al mismo tiempo una obra igual en las demás regiones[...].

(Martí, 1975, t. 2: 89)

En esta nueva contienda, más maduro y experimentado como ya hemos señalado, no deja de utilizar la prensa para denunciar sistemáticamente las campañas divisionistas y diversionistas de los enemigos de la independencia, así como las actividades de inteligencia y contrainteligencia de los servicios secretos españoles y de su más cercana colaboradora: la Agencia Pinkerton. Por eso no deja de alertar y de orientar en ese sentido. En un artículo, publicado en *Patria*, el 6 de agosto de 1892, titulado “Las expediciones y la revolución”, manifestó:

[...] Ni el riesgo de los habitantes de Cuba, y el sigilo indispensable en una obra revolucionaria viril, permiten, por dar miel a la vanidad, que

se saque al público lo que se ha de quedar para la almohada; puesto de que ya es hora de que de todo revolucionario se pueda decir lo que de uno de ellos dijo en La Habana un jefe de policía, y fue que “aquel era el único criollo que no se le había entregado por la boca” [...]. Levantarse sobre intrigas, es levantarse sobre serpientes. En revolución, los métodos han de ser callados; y los fines, públicos. A su hora, y por su propia majestad, irá enseñando el Partido Revolucionario sus conquistas [...].

(Martí, 1975, t. 2: 93)

Sobre claves, nombres figurados y redes tendidas de espionaje podemos encontrar muchas referencias en la obra martiana. Una prueba de tal afirmación se puede corroborar en los siguientes fragmentos de una carta dirigida a José Dolores Poyo, fechada el 9 de agosto de 1892.

[...]Puedo asegurarle que, contra lo afirmado, ni en Santiago ni en Baracoa existe hasta este instante, según personas recién venidas con informes y cartas, conexión alguna con lo de Holguín. El comisionado las establecerá, y los pondrá juntos. Le ruego, y a Fernando, que escriban a Holguín, a Sartorio, anunciando que va el comisionado, quien se le ha de presentar con el nombre supuesto por de contado, de Peter McFarland. ¿Y la clave?

[...]La policía vigila aquí los clubs de ejercicio, que he suspendido, así como telegrafado a Tampa que suspendan todo ejercicio de armas

con objeto visible. La red está bien tendida, y no hemos de caer en ella [...].

(Martí, 1975, t. 2: 103)

El 31 de agosto de 1892, Martí inició un viaje por las Antillas con fines revolucionarios y para encontrarse con el general Máximo Gómez. Llegó a Montecristi, el 9 de septiembre y dos días después, sostuvo en la finca La Reforma su segundo encuentro con el Generalísimo —el primero había sido en Nueva York, en 1884— para conferenciar y coordinar los preparativos de la revolución. Luego, desde Santiago de los Caballeros, el 13 de ese mes se dirigió a él para recabar su contribución con la nueva obra orientada por el Partido y ofrecerle el cargo de General en Jefe del Ejército Libertador:

Yo ofrezco a Vd., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres.

[...] Más adelante añadió:

[...]Y yo no dudo, señor Mayor General, que el Partido Revolucionario Cubano, que es hoy cuánto hay de visible de la revolución en que Vd. sangró y triunfó, obtendrá sus servicios en el ramo que le ofrece, a fin de ordenar, con el ejemplo de su abnegación y su pericia reconocida, la guerra republicana que el Partido está en la obligación de preparar de acuerdo con la Isla, para la libertad y el bienestar de

todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas.

(Martí, 1975, t. 2: 162-163)

La respuesta de Gómez no se hizo esperar y dos días después, aceptó la responsabilidad que se le ofrecía, con estas palabras:

Para la parte de trabajo que me toca, para la parte de labor revolucionaria que me corresponde, desde ahora puede Ud. disponer de mis servicios.

(Gómez, 1986: 408)

El segundo encuentro entre ambos patriotas fue decisivo para la revolución. Luego se producirían otros contactos personales con idénticos propósitos en Santo Domingo, en 1893, y en Nueva York, el 10 de abril de 1894. En este último Martí fue reelegido delegado del PRC.

Aún en tierra dominicana y tras haberse reunido con Gómez, le dirigió a este, desde Santo Domingo, una carta fechada el 19 de septiembre de ese mismo año 1892. Al contarle del gran recibimiento que le habían dispensado en la capital, le expresó:

De Vd., todo lo he hecho, todo lo he desviado y explicado, con la vigilancia y cariño que le debo. De Cuba, dije cuanto ha sido preciso para que nos la traten con respeto. Al Presidente creí innecesario e imprudente verlo. De González, el Ministro de lo Exterior, he recibido las más finas consideraciones. De los demás Ministros,

llevo cartas serviciales para todo el viaje. De la sociedad más distinguida he recibido, en día y medio, tales pruebas de estima, y de amor por Cuba, que contarán estas pocas horas de Santo Domingo entre las más satisfactorias que para mi patria y para mí recuerdo [...].

(Martí, 1975, t. 2: 164)

Después de este recorrido tan importante por las Antillas, publicó en *Patria* un lindo artículo, titulado “En Santo Domingo”, fechado el 7 de noviembre de 1892; en él dio a conocer todo lo que hizo Santo Domingo en honor a Cuba durante su visita.

Ya de nuevo en territorio norteamericano, se dirigió a Gonzalo de Quesada a través de una carta, desde Fernandina, el 14 de febrero, donde muestra su nostalgia y amor por Cuba al mismo tiempo que continúa orientándole la discreción de siempre:

Pero nada que deje presumir que andamos en planes concretos. Yo creo que podemos ir a Cuba sin que se sepa hasta después de haber llegado. ¿Me alcanzará la vida para ir? No es este el verde del mundo, este ético verde que veo aquí, ni esto es mar ni cielo.

(Martí, 1975, t. 2: 226)

Desde la constitución del PRC en abril de 1892, como hemos podido comprobar, Martí pasó todo ese año y el 93 estructurando y organizando el aparato clandestino que opondría al espionaje hispano, con el objetivo de garantizar el cumplimiento de las actividades revolucionarias. En circular bajo el título “La Delegación del Partido Revolucionario Cubano

a los Clubs”, fechada en julio de 1893, dirigida con carácter privado a los clubes adscriptos al PRC, pero que según Enrique Trujillo fue publicada en *El Yara* de Cayo Hueso, Martí señaló:

[...] Cuantas redes nos ha tendido el enemigo sagaz, las hemos vuelto sobre su cabeza. Las cobardías que aconseja y paga, valiéndose de las angustias pasajeras de la vida o de cualquier apariencia favorable, solo deshonrarán y desacreditarán a los que se presten a servir al enemigo astuto, en la hora en que la indignidad inseparable de ciertas naturalezas, es manejada y movida por las agencias españolas de modo que parezcan, aunque no sea más que a los ciegos y ligeros, el fracaso o el decaimiento de nuestro patriotismo [...]

(Martí, 1975, t. 2: 359)

En carta al general Máximo Gómez, desde Nueva York, el 29 de agosto de 1893, Martí le informaba de toda la situación sobre la organización de la conspiración en el interior de Cuba. En esta misma misiva le comentó la decisión que tomó de no dar a Juan Masó Parra una misión que estaba reservada inicialmente para él, por ciertos indicios negativos que le vio. En eso Martí tenía un gran olfato y sus apreciaciones y observaciones nunca estuvieron equivocadas.

A mi paso por Haití, vi con mis ojos que sería imprudente fiar la muy delicada misión que le preparábamos a Masó y me abstuve de poner en sus manos la orden de Vd. Ni el estado de ánimo de Masó, muy preocupado con luchas

personales suyas, ni su actitud hostil respecto de Heureaux después de una cesión de armas nuestras, unos quince rifles, a sus enemigos, lo hacían, aparte de otras razones, propio para las funciones que él comenzó a aceptar, pero que no llegué a detallarle yo.—Y seguí a Costa Rica. [...]De las Villas, veo lo que le dice Carrillo**, a quien no he querido acercarme, seguro de que con Vd. está él, y de que lo mejor es caer como un rayo sobre todo a última hora, sin enseñarle mucho los caminos con idas y venidas al enemigo[...].*

(Martí, 1975, t. 2: 386-388)

El 10 de abril de 1893, debido a su prestigio y labor realizada a favor de la independencia de Cuba, José Martí había sido reelegido para el cargo de Delegado del PRC y Benjamín Guerra como tesorero. Puede decirse que ya en esta fecha, el Apóstol había logrado muy buena organización en su sistema de comunicación y espionaje; pero no conforme, continuaba impartiendo orientaciones para perfeccionarlo. No cesaba de alertar la discreción y el silencio para impedir la labor de los agentes españoles y de la Agencia Pinkerton de los Estados Unidos de Norteamérica. El 25 de mayo de ese mismo año, inició un nuevo viaje por las Antillas con fines revolucionarios y de propaganda.

Llegó a Montecristi en República Dominicana el 3 de junio. Allí se reunió con el general Máximo

* Se refiere al presidente dominicano Ulises Heureaux, Lilis.

** Se refiere al general Francisco Carrillo.

Gómez, que lo estaba esperando. Ambos analizaron la situación de Cuba y de los preparativos para la nueva guerra. Trazaron los planes expedicionarios, que deberían concluir con el alzamiento simultáneo en la Isla. También estuvo en Haití, Panamá y Costa Rica. En este último país se reunió con el general Antonio Maceo y otros patriotas cubanos que allí residían. Su objetivo era el de informar y coordinar los planes acordados con el general Máximo Gómez. Este recorrido fue muy importante para la organización y desarrollo posterior de los acontecimientos. Ya el 13 de julio, Martí estaba nuevamente en Nueva York.

Con la satisfacción producida por el éxito de la gira y de acuerdo a lo analizado con Gómez en su condición de General en Jefe y con Antonio Maceo y demás patriotas, continuó sus labores desde los Estados Unidos. Ahora se esmeraba aún más en tomar todas las medidas de seguridad como ya lo venía haciendo y continuó dando instrucciones en ese sentido. En la carta que dirigió a Gonzalo de Quesada, fechada en septiembre de 1893, le manifiesto:

*En el más estricto sigilo, porque así importa,
salgo al Cayo. Creo que será mi último viaje.
Cálleselo.*

(Martí, 1975, t. 2:392)

Luego hizo público en *Patria*, el 23 de ese mismo mes y año, el artículo “La lección de un viaje”, en el que al referirse al espionaje enemigo, con gran orgullo y alegría expresó:

[...] ¡Ni una sola mano atrevida, o pensamiento bajo, han logrado mover, en esta admirable

disciplina de almas, todas las agencias españolas!

(Martí, 1975, t. 2: 398)

Ya son más precisas sus indicaciones para impedir la actividad enemiga en esta carta dirigida a Agapito Loza, el 8 de octubre de igual año:

Mi amigo Loza:

Van los tres: No 1, López; No 2, Zayas; No 3, Reguera.

A López ponga en clave en el mismo papel si quiere lo que va con lápiz; firme como suyos los números 2 y 3: a Usatorres, que su padre me les hable y que les escribo por el vapor siguiente. Abraze a ese padre noble. Escriba la esquila fingida rogándole entregue cartas a José Freire, que las irá a buscar.

(Martí, 1975, t. 2: 403)

Y en otra carta, esta vez dirigida al general Máximo Gómez, fechada en noviembre del mismo año, le indicó:

Las palabras en este caso extremo, serán éstas, sin firma alguna de ella: Imposible, querrá decir: estaré dispuesto, aguarde carta; prepare expedición.

Regular, querrá decir: venga a Fortune Island, donde yo estaré. (y aquí el día en que Vd. pudiese estar allí).

O, si el cable no pasa por Cuba, y hay una vía que no pasa, puede decirme al principio y fin de dos palabras nulas la fecha y lugar donde debo encontrarlo, por ejemplo: doce cargas listas Cayo Grande.

(Martí, 1975, t. 2: 418)

Es fácil comprender que era el propio Martí quien, con todas las responsabilidades que lleva sobre sus hombros, orientaba y dirigía personalmente esta batalla en silencio contra las tinieblas. Otra carta, dirigida también al general Gómez, con fecha 23 de noviembre de ese mismo año 1893, permite que se aprecie no solo cómo orientaba o impartía instrucciones para el trabajo clandestino, sino que además tomaba medidas de chequeo y contrachequeo personalmente. Detecta espías, pero sobre todo, toma especial interés en proteger al General en Jefe de esta maligna actividad enemiga. De esta misiva aparece a continuación un fragmento:

[...]Al lado de Zayas estaba—enviado del Cayo como él decía o simplemente favorecido para su viaje por tener cerca del campo a un mozo violento— un Mayolino a quien vengo siguiendo por espía español, a quien desvié de Vd. cuando misteriosamente quiso ir allá, y en quien, a pesar de mis advertencias, tenía demasiada confianza Serafín. Ni Zayas ni Mayolino salieron al campo: fueron presos en una casa del pueblo. En las Lajas, según carta mía de hacendado de allá, el azuzador conocido fue el principal español de allí, un Laureano Gutiérrez. Zayas ha visto mucho

en La Habana a Julio, y un agente de Julio— Cisneritos— estuvo recientemente por Cienfuegos. En Zayas, por lo excesivo de las ofertas, no tuve yo nunca confianza verdadera, y envié un hombre tras otro para cerciorarme, pero todos me lo abonaban, y aún lo abonan, y los que no querían trabajar con él sólo le ponían la tacha de exaltado.

(Martí, 1975, t.2: 442)

En la misma medida que la conspiración a favor de la independencia avanzaba, aumentaba también la actividad del espionaje español. Por eso en carta a José Dolores Poyo, fechada el 1^{ro} de enero de 1894, le expresó:

Muy a tiempo, mucho, viene su vigilancia de la carta inclusa. Es un anuncio que me guía y no me sorprende, a mí, que acá tan lejos de la Habana, lo tengo que saber todo por mí mismo. Todo hasta cargarle a un infeliz una maleta, siquiera que mi detalle no denuncie toda mi labor. Hable sin reparo con Serafín. Dígale que es preciso acallar y desviar; si no, no sé cómo podrían ser las cosas que pienso.

(Martí, 1975, t. 3: 13)

Es necesario señalar que Martí sentía una gran admiración por las cualidades humanas y revolucionarias del general espirituano Serafín Sánchez Valdivia. Su confianza en dicho patriota era total. Sin embargo, parece que debido a su nobleza y carácter, era algo confiado, razones por las que el Apóstol constantemente lo estuvo alertando. Así lo corrobora la correspondencia que existió entre ambos.

En carta desde Tampa Fla., del 18 de enero de 1894, le manifestó a Serafín:

Vd. no habrá extrañado que yo le rogara que no viniese. La salida de Vd. del Cayo, con su especialísima significación, a verme aquí, indicaba lo que no se debe indicar ahora —que yo lo iba a ver para arreglos de guerra:— sí no, ¿por qué venir Vd. y no otro?; e indicaba, por la indiscreción del paso, desesperada urgencia.

(Martí, 1975, t. 3: 39)

Le escribió al general Máximo Gómez —3 de marzo de 1894— para informarle sobre la organización y la marcha del movimiento revolucionario, le insistía nuevamente en la cautela y vigilancia que había que practicar y hacía verificaciones por su cuenta:

[...] y me viene Borrero con sus instrucciones, cuya realización a nadie fio, para que no caigamos por la lengua como tantas otras veces, ni se me vaya en intermediarios lo poco que tenemos [...].

Olvidaba decirle que en junta en la Habana se acordó —por gentes buenas a quienes a tiempo dije y reiteré cuanto Vd. hace, y mantuve en examen, por no estar seguro de ciertos elementos— enviar emisario, según me dice el Presidente de la junta, a Vd.— a fin de cerciorarse de su cooperación. Es Juan Gualberto Gómez quien me lo escribe. —Este es suceso feliz; y si va, Vd. me le fortalecerá el corazón.

(Martí, 1975, t. 3: 68, 69 y 72)

Debido a determinados hechos ocurridos en Santiago de Cuba y Holguín durante los preparativos revolucionarios, algunos de estos, relacionados con el alzamiento de Purnio y la prisión de Guiller món Moncada, Martí desconfiaba del santiaguero Urbano Sánchez y del holguinero Sartorius. Por eso a Máximo Gómez, en una carta que le envía desde Nueva York, el 24 de marzo de 1894, le manifestó:

[...]—el esfuerzo desesperado de hombres imperdonables—como Urbano Sánchez para contener la revolución, hasta con el esfuerzo desesperado[...] —y como Guiller món continúa preso bajo una fianza de dos mil pesos que en tres meses no le ha podido conseguir ese mismo Urbano que se dice dueño del Oriente, y a mí juicio asesora al gobierno y ha hecho cundir el miedo entre los contribuyentes a la fianza, para que siga preso Guiller món, y él fungiendo de salvador suyo,— yo, para lección merecida, para crédito del Partido, y para encariñar aún más con nosotros a Guiller món, ordené a un fiel amigo de allá, que es nuestra cabeza en la ciudad, y de lo más puro y distinguido de allá—Rafael Portuondo y Tamayo—que girase a la vista por los dos mil pesos que aún faltan: ojalá parezca a Vd. bien la medida: también he descubierto, aunque suele uno pasarse de prudencia, y ponerse sin causa a dudar de lo que no debe que el Sartorius, de Holguín, es dudoso por lo menos las garantías de que goza, aún después de la tentativa de Purnio, —su mala fama, la desconfianza que a todos parece inspirar en el

Oriente,—a aspereza que muestra de cuando en cuando por no recibir noticias precisas o inmediatas,—el anunciar que se desbanda si no es para tal o cual día, y luego seguirse ofreciendo aun cuando no haya recibido explicación,—todo me hace temer que el oficio de Sartorius sea como el de Manuel Suárez, y tantos otros, que andan por Cuba husmeando dónde hay núcleos; y convidándolos, para que enseguida les caigan encima los pacificadores, o les desordene y aterre el espionaje, o les aplique el gobierno ya, como está haciendo en Oriente, la Ley de vagos:—he sido largo en esto porque me parece de interés[...]. Ni yo, a Gómez, ni a nadie digo nada que pueda ponernos en peligro, o revelar la pista de los trabajos realeo o resultar más de lo que luego les cumplamos. Así se podrá crear alguna impaciencia, fácil siempre de enderezar, pero no se pierde ningún crédito.

(Martí, 1975, t. 3: 86-88)

Organizar y dirigir una revolución es una tarea extraordinariamente grande. Solo un hombre de la capacidad creadora y cualidades morales y patrióticas como las del Apóstol en aquellas condiciones coloniales y de dependencia, podía lograr el milagro y hacer tantas cosas a la vez.

Entre sus múltiples ocupaciones, velar por la integridad física de los combatientes ocupaba un lugar significativo y cuando para preservarlos era necesario suspender alguna actividad, no vacilaba en hacerlo o posponerla. En carta al presidente del Cuerpo de Consejo de Cayo Hueso, fechada en Nueva York, el 24 de marzo de 1894, le expresó:

Hoy mismo no desea aún el Delegado obligar a los Clubs—con la obligación moral del recuerdo en quien conoce su deber—a ningún acto que pueda poner verdaderamente en riesgo la seguridad de la persona cubana ahí; o dar pretexto a la menor intranquilidad.

(Martí, 1975, t. 3: 94)

Al día siguiente, dando muestra de su gran capacidad como conspirador que sabe perfectamente lo que hay que hacer en cada momento, le escribió a José Dolores Poyo una carta, en la que le expresó:

[...] me he estado callado en Nueva York evitando toda publicidad puesto que la actividad esta vez consistía en no tenerla[...].

(Martí, 1975, t. 3: 95)

Él sabía combinar la propaganda con las orientaciones específicas sobre el espionaje. Es así como libra su batalla de ideas para formar conciencia, esclarecer y rebatir la campaña de mentiras e intrigas del Gobierno español a través de sus agentes. En *Patria*, correspondiente al 31 de marzo de 1894, publicó un artículo, titulado “Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití”, en el que puede leerse lo siguiente:

Entre los objetos infames de las agencias españolas en el extranjero está naturalmente, el de avivar el miedo que los cubanos pudieran tener a la revolución, por suponer que con ella viene lo que uno u otro timorato o espía osa

llamar “guerra de razas.

(Martí, 1975, t. 3: 103)

Después, en una correspondencia dirigida a Gualterio García, con fecha del 3 de abril del mismo año, lo alertó sobre cosas que no se debían decir:

¡Ah! olvidaba un punto; cuentas de guerra. Acaso, —y sin acaso— no se deben presentar, porque ellas— ¿quién responde de los Presidentes de los Clubs, y de los F... y C... que pueda haber entre ellos?— Ellas revelan a un hombre sagaz lo hecho, y a dónde y en qué cantidad y lo que se tiene y lo que se puede hacer, y lo que se puede aún estorbar—cosas todas, por supuesto, que son precisamente las que no se deben decir.

(Martí, 1975, t. 3: 112)

Todas estas citas pueden resultar densas, pero, a pesar de eso, es necesario afrontar el riesgo. No hay otra forma mejor para que los lectores puedan valorar y sacar sus propias conclusiones sobre esta faceta tan importante y vital para la revolución. No por casualidad Martí prestó a ella especial atención y la dirigió personalmente.

Estimular el espíritu revolucionario de los cubanos y resaltar las cualidades de su pueblo, en los momentos que tanta falta hacía, formó parte de su intensa labor patriótica. Su voz se levantó una vez más y el 5 de abril de 1894, publicó “Crece”, artículo periodístico que abordaba lo siguiente:

Adentro, comidos de espías —espía la amante, espía la esposa, o frívola o venal, que es como hacer de espía, espía el cliente y el amigo, espía el cubierto, espía la almohada—es natural que teman, que zozobren, que no vean la vía clara, que no se echen a andar. Por eso nosotros, hermanos, en la libertad del destierro les hacemos la obra que ellos no pueden hacer. Ellos no nos ven, ni pueden medir cuánta es la obra, porque es parte de ella que no la vean, hasta que con el corazón vacilante en la prisión de la colonia no la puedan ya evitar; pero allí estamos, limpiando el camino, salvándolos, ensanchando las vías, acercándonos a la flor de la tierra, preparando el modo de evitar los antiguos errores, que fueron ciertos, como de hombres, en todas partes y edades del mundo, pero que tienen remedio en la misma condición humana, y en la cordialidad y altura normales de nuestra naturaleza.

En Cuba son más los montes que los abismos: más los que aman que los que odian; más los de campo claro que los de encrucijada; más la grandeza que la ralea. Lo que odia es ralea. La ralea de un pueblo es la gente incapaz de amar. La soberbia: ésa es la canalla. Vamos ensanchando: vamos componiendo: vamos fundando: vamos amando [...].

Y ya al final, escribió:

[...] Y fundemos, sin la ira del sectario, ni la vanidad del ambicioso. La revolución crece.

(Martí, 1975, t. 3: 120-121)

Este año de 1894 fue decisivo en la preparación de la revolución. Martí intensificó sus movimientos y

actividades de todo tipo. Mucho publicó en el periódico *Patria* y creció su correspondencia advirtiendo peligros, dando consejos y señalando el camino verdadero. Controló, chequeó e investigó lo que no le parecía claro y transparente. Y todo lo hizo desde la altura, en su condición de poeta mayor, porque a través del lirismo y la emoción en la poesía y en la prosa, contribuyó a hacer y forjar la historia de la patria. Así surgió nuestra nación, desde la poesía y ella como arma de lucha siempre nos ha impulsado hacia adelante. El 7 de abril de 1894, en una carta dirigida a Serafín Sánchez, una vez más demostró la fuerza de su palabra y la inteligencia en sus acciones.

Ni a Vd., por cartas perdibles, le digo, ni le puedo decir de aquí, lo que hago: ya lo ve hecho. Y no deshecho; porque yo en todo mido las probabilidades, y calculo lo bueno que pueda haber en lo malo.

Ahora, lo de Crombet y Rafael. De Crombet ya tengo cartas repetidas: dispuesto y ardiente: aguarda órdenes. Y de Rafael, por investigación mía acabo de saber que nunca llegó a manos de él, —como nunca llegaron a las de Gómez, Maceo y Crombet, las que les escribí al mismo tiempo—cartas que fueron por una mano, allí muy creída y confiada, de la que empecé a dudar; por cierto detalle, ese mismo día [...].

Al concluir esta misiva, el poeta le expresó a Serafín:

¡Y cuántas otras cosas no le digo! ¡Cuánto cómplice encuentra la tiranía en la corrupción, en la ambición y en el miedo! Pero nosotros,

aunque sea con la tristeza de los sauces, tan recios como dolorosos, podremos desviar la tempestad.

(Martí, 1975, t. 3: 127-128)

Martí volvió a dirigirse a Serafín Sánchez en ese mismo mes de abril, esta vez para decirle: [...] *Esta ha sido revista final: un poco más de paciencia, de labor formidable e invisible, —y ya estamos, Serafín. [...] No le puedo escribir, de lo que tengo que decirle, y se dirá a su hora.*

(Martí, 1975, t. 3: 132-133)

El 10 de abril de ese mismo año, 1894, José Martí fue reelegido delegado del Partido Revolucionario Cubano. Para satisfacción suya en esos momentos se encontraba junto a él en Nueva York, el general Máximo Gómez, quien andaba con su hijo Francisco Gómez Toro. Y como gran prueba de confianza en el Apóstol, dejó al joven Panchito bajo su cuidado cuando él regresó a la República Dominicana.

Al general Enrique Collazo le escribió el 8 de mayo de 1894:

[...] Las personas, todas, que a mí hayan venido, recibirán recado de ponerse a las órdenes de Ud. Y sólo daré ese recado a gente de toda seguridad. De Matanzas, D. Y B. piden sin cesar armas [...].

(Martí, 1975, t. 3: 164)

La conducta extraña de un sujeto llamado Ramírez que se había involucrado entre los revolucionarios cubanos de la emigración, llamó mucho la atención de Martí y decidió estudiarlo como había hecho en otros

casos similares. Siempre actuaba de ese modo cuando alguien le resultaba sospechoso. Y en correspondencia enseguida alertaba y daba las indicaciones precisas. En tal sentido, le envió a Serafín Sánchez, el 27 de mayo de 1894, una carta en la que le aconsejó:

[...]Y el consejo supremo: ocultar nuestro contento: acabar callados: que no haya la menor razón, ni en nuestros rostros, para que se crea que estamos tan adelantados como estamos. Es nuestra salvación única. Es la súplica que se nos hace, de todas partes a la vez, mientras se pone mano a todo. Ruego sobre todo al General que me apague cualquier pista de preparativos visibles: cuanto se ha hecho es sabido al dedillo, y tiene ahí agentes siguiéndolo, y exagerándolo, y dando la ocasión que debemos de evitar, si hemos de salvar la Revolución: —la de abrir persecuciones, con el pretexto de que existe una trama inmediata y activa. Ya que estoy en esto, le he de dar un aviso, aunque corra riesgo de errar, y sea triste. —De meses atrás vengo estudiando la conducta contradictoria e innecesaria de Ramírez, que anduvo ahí en ciertos ensayos. Formalmente ruego que le tenga fuera de todo conocimiento de la acción real que en todo momento pudiera ser requerida. De ningún modo es satisfactoria la razón de su existencia entre nosotros, y me veo obligado a confesar mi temor, cualesquiera que sean las apariencias en contrario, de que su objeto, y el de algún compañero de quien hubiesen Uds. podido fiar, sea el estar en las entramas

del único grupo militar con que han podido dar, e instruirse de nuestras intenciones, y de la especie de armamento que usaremos.—La ventaja ahora es nuestra, porque con este aviso, o con este temor, podemos usar al hombre, aparentando que no lo conocemos, para darle una convicción distinta de la que pudiera tener, y asegurar más el éxito, fingiendo desorden y falta de preparación, y así engañar al enemigo en ésta que es su única guía:—los preparativos de Tampa y Key West [...].

A Vd. y a Fermín y Poyo—digo ahí mi dirección, aún secreta. Deseo que ponga un telegrama sin firma a Gómez, passenger on board Albert Dumois, care Phipps &- Co. New Orleans, hasta el 30 en la noche, diciéndome si cobró los \$2,000, —si William está ahí, —si sale enseguida para Nueva York. No descanso hasta que no sepa esto. Tranquilíceme. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 186-187)

El orden cronológico seguido en este trabajo, permite apreciar la evolución y especialización que Martí fue adquiriendo en las técnicas del espionaje y contraespionaje en este enfrentamiento con el adversario. Por ejemplo, en la carta citada anteriormente se nota cómo orienta fingir para desinformar y valerse del propio agente que intenta penetrar las filas cubanas. Por otra parte es evidente que en esta red conspirativa que iba organizando, había razonamientos que no compartía con nadie por su importancia y que por supuesto eran solamente de su conocimiento. Fue siempre muy estricto en la compartimentación de información, algo tan necesario en esos menesteres.

En otra carta dirigida a Serafín Sánchez, fechada en Nueva York, el 7 de julio de ese mismo año, insistió una vez más en la necesidad de ser discreto y tener cuidado en todo cuanto se hacía:

Sobre conducta, reprímalo todo por ahí. Que al gobierno, hartado vigilante, le podamos parecer un poco fanfarrones. Pero usted, hábilmente vaya atando todos los cabos. Apréndase su gente, hombre por hombre [...]. ¡Qué cuidado hay que tener en esto de hombres!

(Martí, 1975, t. 3: 228)

A partir del encuentro de José Martí con Máximo Gómez en República Dominicana, en 1892, se intensificó la comunicación entre ambos para coordinar todas las actividades revolucionarias. En carta al Generalísimo, con fecha 7 de julio de 1894, le comunicó: [...] *Si el enviado de Vd. llegase, lo cual sabré porque Guerra me transmitirá su cablegrama tabaco, yo por el telégrafo atenderé a lo que su venida significa, a fin de que a mi vuelta y al encontrarme con él ya llevemos adelantado ese tiempo.*

(Martí, 1975, 3: 231)

En carta nuevamente a Serafín Sánchez, fechada el 17 de septiembre de 1894, se puede apreciar la utilización, por Martí, de seudónimos, siglas y combinaciones de frases previamente acordadas en las comunicaciones:

Por este mismo vapor envíeme a la Habana,— luego, si no hay tiempo hoy, le mandaré el dinero para Barranco,— un mensajero a Aguas

Verdes (C)—de B., el amigo de G., o cualquier otro,—con las adjuntas letras, urgentísimas y de significación feliz.—Si sale el hombre, cabléeme Bueno, Manuel, a Barranco, New York. Si no sale, cabléeme Salió, Manuel. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 257)

De igual manera el Apóstol mantenía comunicación permanente con el general Antonio Maceo, sobre todo después del encuentro que sostuvieron en Costa Rica, en 1893. Aunque muchas ideas, inteligentemente las canalizaba a través de Máximo Gómez. Con motivo del inminente alzamiento que se preparaba y en el cual el grupo de patriotas cubanos, encabezados por el Titán de Bronce en la Colonia de Nicoya, en Costa Rica, jugaba un papel importante, le dirigió una carta, desde Nueva York, el 22 de septiembre de 1894, en la que, entre otros análisis, le manifestaba lo siguiente:

[...]Pero de la Habana me llegan noticias sobre la sinceridad de las cuales tengo legítimas dudas: parto a averiguar y aislar el peligro: suspendo la salida del comisionado de Oriente hasta tanto que de la Habana y Santiago, por mis arreglos de cables, reciba respuesta clara y tranquilizadora, y no pierdo tiempo en ello, ni lo pierde la situación de allá, puesto que el 8 debe estar pronto a salir el comisionado y allí sólo se aguarda la orden de empezar.[...]

(Martí, 1975, t. 3: 276)

Obsérvese cómo siempre ante la duda, Martí tomaba medidas y precauciones pertinentes. Factor muy importante en una conspiración y fundamentalmente

en el que la organiza y dirige. Y así con ese modo de actuar, fechada en el mismo lugar, mes y año, envió otra carta al general Maceo, en los siguientes términos:

[...]y la garantía de la entrada de los elementos reacios, como Lacret y Urbano, en los últimos trabajos, en que yo continúo procediendo— sépalo así—con igual energía que tiento: ansió creer, pero vigilo; y así en todo: no sacrificio nada, ni arriesgo nada; ni en esto de ahora echo nada a andar hasta que no esté en mi mano la clave última, que es la que en estos instantes espero de Gómez: el correo está entrando, y éste de Vd. se va: por cable reiteraré a Vd. el lunes medicina, en respuesta a su pregunta. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 288-289)

En esta labor revolucionaria, con tantos peligros que acechaban y podían malograr los planes minuciosamente elaborados con mucho amor y no menos sacrificio, Martí había perfeccionado su modus operandi y era muy difícil sorprenderlo o engañarlo, todo lo verificaba y comprobaba personalmente. Era brillante haciendo caracterizaciones de personajes, para lo cual investigaba, chequeaba y contrachequeaba constantemente. En carta dirigida a Máximo Gómez, fechada en Nueva York, el 20 de octubre de 1894, volvió a reiterarle las medidas que él ha estado adoptando para dificultar la actividad de los espías y burlarlos, así como le comunicó sus impresiones y desconfianza en un sujeto llamado Alejandro:

[...]Cuantas medidas previas hubiera podido tomar, están tomadas. Ni a estas cartas siquiera fio los detalles de esta última labor; pero en caso de secreto, y de más de una persona, todo lo que se haya de hacer tiene que ser muy meditado de antemano, hombre por hombre, y hecho a su hora con tal precisión y rapidez que el enemigo no tenga tiempo de advertirlo y contrariarlo. [...]

[...]En cuanto a mí, descanse, puede fallar mi parte, como falla todo en este mundo, por error, o fatalidad, o estrechez de recursos, aunque no parece que nos sobre un centavo, ni nos vaya a faltar para el plan sencillo y, según todas las averiguaciones y tentativas, posible. Pero no me faltarán la cautela, la desconfianza extrema y necesaria de los hombres, y el tesón para negar a perezosos o buscones el dinero que hemos recogido, con tanta agonía. Mídame y quíerame. Niéguese razón para creerme capaz de caer en trampas y debilidades; eso sí: si aún hubiera tiempo, que no parece haber, para más letras tuyas, consuélame y aliéntame con su aprobación y su cariño: que mi única flaqueza, y necesidad, es la de ser amado.

[...]Lleno yo del contento de las noticias precisas de Marín y de los demás que la confirmaban,—robada con hechos difíciles y de riesgo personal la fe de Marín en el éxito de la revolución inminente, a servir a la cual vuelve enseguida,—me llega Alejandro, antiguo conocido mío, y lo oí con el gusto de ver que Ud. lo había empujado y animado desde allá, y la sorpresa de que, en una

conversación previa me mostrase obstáculos poco naturales a la situación que ya en la segunda conversación no me mostró, y tratase a hombre tan bueno y querido como Marín, de quien sospechaba la vehemente adhesión, como el cuatrero que no es; y me hablase de Collazo, por vez primera a mis oídos como del ebrio que no he oído yo que sea. También me extrañó que viniendo comisionado, entre otros, del Marqués, pintase al Camagüey como enteramente desconocedor de lo que por Ud., y por mí, y por sí propio sé que conoce, y el Marqués sobre todo, e ignorase, totalmente, el contenido de las cartas entre el Marqués y yo, y los sucesos a ella referentes. Y me extrañó también, a más de la repulsión marcada de su esposa al movimiento inmediato, que por conducto del mismo Benjamín Guerra solicitase fondos de anticipo para llevarse de aquí una factura de comercio,—que ya no se lleva—Vd. digo, porque debo, mis impresiones todas, porque Vd. de seguro sabe ya que estoy exento por completo de entusiasmos pueriles, y de la muy peligrosa disposición a descreer lo que no sea agradable, y denigrar lo que no se conforma a nuestros deseos. Y esas fueron en este caso, mis impresiones. Alejandro se va hoy, sin causa alguna para estar descontento de mí, y con las mayores muestras de alegría por el carácter general de la guerra, de que dice ir convencido, y a la que va a ayudar enseguida, conforme a las instrucciones de Vd. ¿Por qué, sin embargo, me ha quedado la impresión de que le hubiera agradado más la

demora del movimiento, o que yo no supiera del Camagüey tanto como los camagüeyanos me dicen? [...]

(Martí, 1975, t. 3: 292-298)

Estos fragmentos citados reafirman que Martí era, como se ha dicho muchas veces, el alma de la revolución. No dejaba escabullir ningún detalle por pequeño que fuera. Resulta asombroso y ratifica además, ante quienes lo estudian, la convicción de que no ha habido en el mundo un hombre de su talla intelectual y política que se haya ocupado de la organización de una revolución durante tan prolongado período histórico y al mismo tiempo fundar y desarrollar personalmente este formidable aparato de espionaje y contraespionaje durante el proceso independentista cubano del siglo XIX. Por eso es justo afirmar que en ese campo fue, genialmente también, un precursor.

Producto de esa colosal obra desarrollada en el campo que nos ocupa, ya en esta fecha de octubre y noviembre de 1894 se habían creado bajo orientaciones suyas, en la emigración y en Cuba, numerosos clubes y organizaciones clandestinas que actuaban secretamente en coordinación estrecha con las orientaciones del Partido Revolucionario Cubano y de su delegado. Y por supuesto, como algo característico de la misión que desempeñaban sus integrantes, aparecieron los seudónimos, siglas, nombres supuestos, claves, cifrados, palabras y señas convenidas previamente, agentes especiales para misiones importantes o peligrosas. Así por ejemplo, Martí, que en la Guerra Chiquita había utilizado el seudónimo de Anahuac, ahora en ocasiones firmaba las cartas dirigidas a Juan Gualberto Gómez con la primera letra de su primer apellido; en otras, aparecen las firmas: D. E. Mantell y D-20. Y el último seudónimo

que utilizó fue el de Abel, aparecido en una libreta de extractos que llevaba consigo cuando cayó en combate.

Más adelante, el 3 de noviembre de 1894, le escribió al general José Maceo:

[...] Yo nací para defensor, José: y en todo como en todo, seré su defensor. Lo que les dije, es, y cada día más cerca. En cuanto cesase de ser, se lo diría. Pero la tierra nos llama, y podemos ir. No depende de mí todo, y tengo mucho que vigilar; pero veo claro el camino.

(Martí, 1975, t. 3: 333)

En otra carta, esta vez dirigida al general Máximo Gómez, con igual fecha, lo alertó nuevamente contra el trabajo enemigo y le orientó discreción al decirle:

[...] Yo empleo mi tiempo todo,—puesto que en lo demás sólo me toca ya esperar,—en esclarecer y uniformar la situación de Cuba, donde la traición anda suelta y donde la forma de la traición parece ser ahora la de haberse introducido en nuestras gentes, so pretexto de ayuda, para aconsejar y lograr una demora tal que cause la perturbación adentro y el desbarajuste afuera, o dé tiempo que España acuerde un plan de ofertas que permita a los falsos revolucionarios abogar porque, por ahora, se desista de la guerra. Siguiendo esa clave muevo cuanta prudencia puedo en Cuba, y procuro fijar allí las promesas y las responsabilidades.

[...]Los detalles de afuera con tanto bribón que se desliza cerca de cada hombre o grupo de hombres a quien suponen decididos, son de extrema dificultad por esa diafanidad e indiscreción que parecen entre nosotros inevitables, [...]A mí no me aturden, ni me sorprenden, y a Vd., ¿qué me lo van a aturdir, ni sorprender? [...]

[...]Yo aquí lo siento también, y salgo, y me esquivo, y creo que los tengo fuera de pista, por la absoluta soledad en que lo hago todo, y mis continuas entradas y salida. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 335-339)

En la misma fecha de las dos cartas anteriores, dirigió otra a su representante principal en Cuba, el periodista e intelectual Juan Gualberto Gómez, la cual firma con la primera letra de su primer apellido, es decir la M, en ella le expresó:

[...]Llamo con toda insistencia la atención de Vd. sobre los hechos siguientes. Nuestro amigo Aguas Verdes me dice en 20 de octubre, lo que sigue, y aquí pongo en clave de Vd.: estaremos listos para el diez y ocho, y me pide el aviso previo, que en la carta adjunta doy ya como definitivo, por estar todos acá pendiente, con las calderas encendidas, de que allá se empiece sin más pujanza que la necesaria para mantenerse hasta que lleguemos.*

* Seudónimo de Enrique Collazo.

Y además me dice: “en la parte oriental es fácil”. Como es; y lo sé de sobra, por todas especie de pruebas espontáneas y diversas, y el informe revisado de cinco agentes viajeros. Pero, en respuesta a mi pregunta directa a U. S. **, he aquí lo que éste me hace decir:

(Martí, 1975, t. 3: 340)

Toda la angustia y las preocupaciones que se dejan ver en estas cartas es debido a la inminente cercanía del inicio de la nueva guerra independentista y al interés de Martí por tenerlo todo listo y fuera de peligro. Pero él con la prudencia y ecuanimidad que le caracterizaba trataba de mantener la calma y no dejaba de alertar, controlar y orientar. A Serafín Sánchez, en una carta del 10 de noviembre de 1894, le planteó:

[...]¿Qué: olvida, Serafín, que yo, en cosas militares he debido ser, con paciencia inflexible, mero y enérgico auxiliar, como he sido, a un grado aún mayor del que Vd. sospecha? Básteme decirle que nadie, ni en actos ni en dinero, ha tenido que aguardar por mí: que su opinión fue la mía siempre, y la trasmití y apoyé porque es la voz justificada y notoria del país. [...]¿O me quería indisciplinado y usurpador? Y ¿a dónde hubiéramos ido, y qué división y descrédito no surge, si entro por campos que no eran míos? Dígame enseguida que me entiende y me quiere. Aguardo con el corazón atravesado. Yo vigilaré y salvaré. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 346)

** Urbano Sánchez.

En igual fecha de la anterior envió otra carta ahora a su principal representante en Cuba, Juan Gualberto Gómez, para manifestar una vez más su preocupación por algunos colaboradores e insistir en la necesidad de mantener la disciplina.

[...]Básteme decir a Ud. que la persona abonada por L. como buena, —y cuya entrada en estos asuntos jamás entendí, ni la de L., —la persona de que ya en mi anterior le decía el consejo de espera, después de haber ella fungido cerca de Uds. por L. como la apremiadora, me acaba de escribir con su firma, después de demorar un mes la respuesta que le pedí y pudo dar por cable, confesándose para siempre resignado a no intentar nada para salir de su condición actual. Y ahora hace decir que T. Y ha denunciado a G. M., que en estos últimos meses sólo con S. ha tenido que hacer, en actos de que tengo aquí persona viva. En la disciplina y encaje a que yo más que nadie estoy obligado, —y que no romperé, por razones de largo alcance— cúpleme sólo aguardar noticias de Uds. — que, por otros arreglos, me veo obligado a pedir con extraordinaria urgencia, y a vuelta de vapor. Callo, vigilo y salvaré. [...]*

(Martí, 1975, t. 3: 347-348)

* Se refiere a Guillermon Moncada.

Reveladora del mecanismo secreto, utilizado para la comunicación entre los conspiradores cubanos, resulta esta otra carta que Martí envió a Serafín Sánchez, el 14 de igual mes y año:

[...]A Gómez envié este cablegrama, que como la respuesta ha tenido que pasar por la Habana: —"falta factura ordenada rubio puede trastornar negocio: úrgenla". Y Gómez me ha contestado: "factura oportuna primer vapor. [...]

[...]iDepender todo porque todo ha venido a depender, de un hombre públicamente señalado como el agente a Gómez de los enemigos de la revolución, de los revolucionarios cansados!

(Martí, 1975, t. 3: 372-373)

El 10 de noviembre de 1894, el general Antonio Maceo es víctima de un atentado por elementos españoles junto a otros cubanos, en San José de Costa Rica. Aunque se defendió disparando con su arma, resultó herido. En estas circunstancias y habiéndose enterado del suceso, Martí de inmediato le escribió interesándose por su salud a pesar de las múltiples y urgentes cuestiones que en esos momentos atendía directamente y que resultaban vitales para la revolución. Pero como Maceo no contestaba, insistió preocupado, dando prueba una vez más de sus cualidades humanas. Y en carta, fechada el 17 del mismo mes y año, recriminó al general por su silencio ante sus preocupaciones, además le dio explicaciones sobre errores que había cometido en el cifrado que utilizó.

¿Cómo no me contesta mis cables? ¿No imagina mi ansiedad? ¿Herido, y le pregunto

cómo sigue y no me dice? ¿Qué digo a cuántos me preguntan? ¿Y este cable, que precipita mi vuelta a New York y no logro entender?

Dice: “Salieron Enrique cartas efnsp cable”.

Lo que de Enrique me informa, por la clave no corresponde, porque es al escribir las letras siguientes y luego copiarlas por el fin.

Supongo que olvidó esto último y traduzco: dempro. ¿Esto qué es? [...]

(Martí, 1975, t. 3: 379)

El 5 de diciembre de 1894, se dirigió a Juan Gualberto Gómez en los siguientes términos:

[...]¿Cómo sé que es eso de la vuelta de L? Con qué ansia espero carta de Vd. — las noticias del C., de tal importancia que le ruego mucho, aunque sea innecesario para diligencia como la suya, su envío inmediato.

Lo que Gener* dijo a William** será hecho, en parte principal al menos, lo de los cien sacos. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 410)

En este decisivo diciembre volvió a escribirle a Serafín Sánchez, dándole orientaciones para cuidar al conspirador William:

Recibo un cable de Fermín en que me dice:

“Tu encargo William en Habana”.

* Seudónimo de Julio Sanguily.

** Seudónimo de Eduardo H. Gato.

[...]Arregle las formas, de modo que en nada aparezca William.

(Martí, 1975, t. 3: 410-411)

En el mismo mes, se dirigió nuevamente a Serafín Sánchez. En esta oportunidad le orientó tener cuidado con un tal Mayolino y hacer todo con el silencio necesario. Igualmente denunció a algunos espías que él mismo había descubierto y de los cuales hizo sus caracterizaciones.

[...]Insisto en que de Mayolino no se haga confianza, sino de modo que sirva en vez de servirse, y nada pueda descomponer. Sólo le escribo para que Vd. lo vaya—en silencio—inclinando y componiendo todo; a Roloff nada digo aún, porque le conozco el entusiasmo parlero: sólo a Vd. escribo de esto. ¿No encontré la circular de Gómez, enviada para Roloff, en el bolsillo del espía Cardet—la circular a los Generales? Un Ramiro o Ramírez, que se las da de oficial, chiquitín, de nariz larga, y ojos de ojeras, que engañó a Fernando y Teodoro, es espía. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 412-413)

El 8 de diciembre, en medio de todas las tareas en que se encontraba inmerso, incluyendo la numerosa correspondencia que dirigía a diferentes combatientes de la emigración y de Cuba con el objetivo de organizar, coordinar y precisar las últimas orientaciones, redactó y envió a Juan Gualberto Gómez el Plan de Alzamiento que firmaron junto con él, José María Rodríguez, *Mayía*, en nombre del general Gómez, y Enrique Collazo, quien asumió la representación de

los conspiradores de la Isla. Del contenido de este valioso documento aparecerá a continuación lo más importante de acuerdo a la temática que ocupa esta obra:

[...] sin que haya peligro de conocimiento demasiado previo, por quienes pudieran usar de él sin discreción o con malicia.

1°.—Todos los trabajos deberán dirigirse desde ahora con la idea de comenzar, todos unidos, hacia fines del presente mes.

3°.—Desde este instante deben esparcirse las instrucciones por toda la Isla—de manera que sólo lleguen, y nada más a las cabezas principales y esenciales y fuera de toda duda, y quede desde ese aviso y por medio de él, ajustado un medio doble, por dos vías [...]

6°.—El cablegrama será puesto por duplicado y de distinto modo, pero ambos con el mismo significado, dirigido a R. Ponce: “Contesto pronto”—y por la dirección de Gener: “Espero aviso”.

7°—[...] quedando los jefes advertidos, no trascienda por consideración alguna fuera de ellos, y a ellos mismos se les intima el silencio mayor, con sacrificio de todo interés o parentesco, y exigencia de la responsabilidad más estricta.

Al final del documento, como algo demostrativo de que todas las medidas adoptadas eran para impedir el trabajo enemigo y preservar la vida de los cubanos, recogía lo siguiente:

Esto decimos y ratificamos cuidadosamente, y con la mayor vigilancia por la seguridad de los cubanos de la Isla, —————y el ruego de que ellos contribuyan con el sigilo y unidad a la salvación de la ayuda del extranjero.

(Martí, 1975, t. 3:419-421)

Es indudable, por la forma y contenido de este documento, de que fue elaborado por el mismo conspirador que a los dieciséis años, desde su prisión en La Habana, adoptaba ya las medidas de seguridad pertinentes para que su correspondencia no fuera interceptada por las autoridades coloniales, según la carta que entonces dirigió a su madre y que aparece citada en el capítulo sobre la Guerra de 1868, de esta obra.

El mismo día que redactara el referido Plan de Alzamiento, sin levantarse probablemente del escritorio, les hizo cartas a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. Al primero, con la alegría y satisfacción de estar ya tan cerca del inicio de la guerra, le expresó: [...] *En el otro grupo —S y R*,— hay el mismo vivo entusiasmo.* [...]

(Martí, 1975, t. 3: 415)

Y al segundo: [...] *Mi júbilo es silencio, y Vd. me lo acompaña con el suyo.* [...]

(Martí, 1975, t. 3: 414)

* Seguramente se refería a Serafín Sánchez y Carlos Rolof.

El 10 de diciembre José Martí se hospedó en el

Hotel St. Denis, de Nueva York, allí se inscribió con el seudónimo de D. E. Mantell. En ese mismo lugar recibió a Nathaniel B. Borden, comerciante de Fernandina y quien se encargaría de fletar los barcos para las expediciones. Tal misión le fue encomendada porque el Apóstol lo conocía desde 1889, cuando siendo cónsul de la República Oriental del Uruguay en Nueva York, lo nombró a él, cónsul interino en Fernandina debido a las buenas informaciones que tenía sobre su persona, entonces solo esperaba ver si era un hombre de honor, según carta dirigida al uruguayo Enrique Estrázulas, fechada el 15 de febrero de 1889 y localizada en el tomo 20, página 203 de sus *Obras Completas*. Es decir, que la misión de fletar los barcos la ponía en manos de alguien en quien confiaba.

Una vez que Martí hubo asegurado el asunto de los barcos a fletar, detalles organizativos y otras cuestiones relacionadas con el armamento, dirigió una carta a Serafín Sánchez, con fecha 15 de diciembre de 1894, en la que le puntualizó:

Acabo de ponerle un cable. Acaso todo pueda ser mejor de lo que se presentaba en mi última. Guárdeme ahí los tabacos. No voy a necesitar del intermediario. Si necesito, le pondré a Palma un cable: fondos, y eso indica que se ha de estar a mis instrucciones anteriores. —Sí pongo otro, cobre, eso quiere decir: que ahí me debe tener los tabacos. Esto va a ser un buen negocio.

[...]Ahora, vuelta a lo esencial. Guárdeme los tabacos ahí, sujetos a cables. Enviaré a tiempo al corredor. No deje que nadie note la negociación. Todo está muy bien hecho, todo lo que me dice. [...]

(Martí, 1975, t.3:431-432)

Y en carta a Juan Gualberto Gómez, también de diciembre de ese año, le expresó:

Mi prisa es de trabajo útil. De L. nada me dicen. Cuidado, y con D. de Matanzas.

(Martí, 1975, t. 3: 433).

Ya en otra carta anterior, del 2 del referido mes, le había dicho al mismo patriota y periodista matancero, representante del PRC en la Isla:

[...] Deliberadamente, y con toda formalidad anuncié por William que yo mido de lejos, y afirmo el pie antes de andar, —o podía ir más allá de la remesa por él hecha.—Es injusto afligirme y espolearme, luego de esta precaución y de su aceptación.[...]

(Martí, 1975, t. 3: 433)

Ese mismo mes escribió dos cartas a Julio Sanguily, respondiendo, entre otras cosas, algunas exigencias de dicho patriota, las cuales firmó con el seudónimo D-20.

(Véase, Martí, 1975, t. 3: 437-440)

En medio de tantas tensiones y esquivando constantemente a los espías que lo perseguían y acosaban, hizo una carta con la fecha del 25 de diciembre, sin firma, no sabemos a quién iba dirigida, pero comienza con la seña: D-25. En ella pueden leerse orientaciones y profundas reflexiones como a las que ya nos ha acostumbrado:

A toda especie de dificultades, las más fieras e injustas, estoy atendiendo, —y a una gran infamia, sigo camino, y no sé qué me dirán sus cartas. Lo sustancial es esto: espero salvarlo todo, y jamás, como hasta hoy, les haré correr un peligro, que no tenga base cierta. No estoy aquí para créditos ni fama—sino para salvar la revolución y para salvarlos. Adiós, sale el tren. Ame a su amigo, y confíe en él. Este hombre no es vencido ni ceja. [...]

(Martí, 1975, t. 3: 442)

Hay que plantear que en este último trimestre de 1894 se puso a prueba toda la capacidad organizativa y política del ideólogo de la revolución cubana. Ya, con el Plan de Alzamiento redactado y acordado desde el 8 de diciembre, había que ajustar todo lo concerniente a la preparación de las expediciones, selección de los hombres y su equipamiento en armas, municiones y avituallamiento en general. El Plan denominado de Fernandina, por dicho puerto de los Estados Unidos, consistía en fletar tres buques de vapor: el *Lagonda*, que recogería en Costa Rica a los generales, Antonio Maceo, Flor Crombet, José Maceo y otros patriotas que debían desembarcar por Oriente; el *Amadís*, en el cual los generales Serafín Sánchez, Carlos Roloff y otros desembarcarían por Las Villas; y el *Baracoa*, al que subirían, en el puerto de Fernandina, José Martí, Enrique Collazo y José María Rodríguez, Mayía, rumbo a Santo Domingo en busca del general Máximo Gómez para arribar por la provincia de Camagüey. Las tres expediciones se equiparían en el referido puerto.

En tales circunstancias Martí se dirigió a los principales implicados, orientándoles cómo obrar y

tomar todas las precauciones necesarias. En carta que le hiciera al general Antonio Maceo, fechada en Nueva York, en diciembre, le expresó:

[...]Todo queda preparado a la salida de Alejandro, para la salida escalonada y la llegada simultánea, de tres expediciones, garantizadas igualmente las tres: una porque es de Ud., de quien sólo grandeza espero, y hago que la esperen los demás; otra, porque es la de Serafín y queda sacada de manos de Queralta, y puesta en manos de un hombre enérgico y de habilidad suma [...]

(Martí, 1975, t. 3: 442)

Y en carta ya mencionada, que José Martí había enviado un mes antes al general Máximo Gómez —3 de noviembre del mismo año—, le manifestó:

[...]Por eso, de mi boca, nadie sabe detalle alguno, ni el que va con mi barco sabrá de los otros barcos que van; ni Maceo mismo, a estas horas, sabe, fuera de lo suyo, a pesar de su natural impaciencia—y la de sus hombres alistados desde mi visita—más acerca, por ejemplo, de la parte de Vd., sino que aguardo un detalle que me permita poner los demás en movimiento [...]

(Martí, 1975, t. 3: 338)

Posteriormente, el 25 de diciembre de 1894, le dirigió, desde Nueva York, una carta al Sr. Alejandro

González, en la que firmó con su seudónimo D. E. Mantell, comunicó a través de ella importantes instrucciones con todo el enmascaramiento adecuado para que, en caso de que cayera en manos enemigas, no pudieran saber de qué se trataba con exactitud. Como en toda la correspondencia anterior, su originalidad, creatividad y genialidad volvieron a manifestarse.

Sr. Alejandro González

Mi querido González:

El “Amadís” saldrá pronto, de hecho sale hoy mismo para su carga para las minas — y quisiera que me tuviese a la gente lista de acuerdo con las instrucciones, y embarcando de vuelta a todos los trabajadores no utilizables. Les agradecerá tener esta pronta ocasión de hacerlo.

Diga a nuestros amigos que excusen el hacinamiento. Esto me ahorra algún dinero.

Mi hijo Juan va con el señor Miranda. Búsquele inmediatamente. Es portador de instrucciones más detalladas.

Cuide de que mis amigos, así como los trabajadores, sean bien tratados a bordo. El señor Borden me dice que el capitán es hombre muy agradable.

Muy urgido, suyo,

D. E. Mantell

(Martí, 1975, t. 3: 449)

Lamentablemente, a pesar de todas sus medidas y precauciones el plan fue descubierto. En los primeros días de enero de 1895, el Gobierno norteamericano detuvo y confiscó los tres barcos con toda su valiosa

carga, cuando ya incluso, se había redactado y acordado el Plan de Alzamiento desde el pasado 8 de diciembre.

Es de imaginar, el sufrimiento de José Martí durante esos días. A través de una carta que le envió al general Gómez, en enero de 1895, al referirse al delator y traidor del Plan de Fernandina quien en la Guerra Chiquita había sido nombrado agente confidencial para Centroamérica, le decía:

Escribirle es muy poco y me es imposible. Sofoco la indignación; pero me ahoga. La cobardía, y acaso la maldad, de López Queralta, escogido por Serafín Sánchez para guiar su expedición, entregó nuestro plan entero: nuestros tres barcos rápidos, salidos a la vez, para llegar casi a un mismo tiempo, con armas para 400 hombres. Acaso se salvará el armamento. Pero hemos salvado más: la disciplina y el respeto de la Isla, asombrada de este esfuerzo, —y el cariño de las emigraciones, encendido con esta villanía patente, —Ahora, a otras formas. Se nos espera, —será. Yo no miro a lo deshecho, sino a lo que hay que hacer. [...]*

(Martí, 1975, t. 4: 17-18).

Dirigiéndose entonces al general Antonio Maceo, en otra carta, fechada en Nueva York, el 19 de enero, le expresó:

* Se refiere al coronel Fernando López Queralta.

[...]—que el pensamiento de llevar a la vez tres vapores a Cuba, con armas para 400 hombres

y abundantes pertrechos, —haya venido a encallar—asesinado desde las primeras horas de su realización, en la entrega indirecta, —o directa, — que hizo de él el Coronel Fernando López, sólo usado por mí en el momento indispensable, por ser el guía electo por el Jefe de uno de los tres grupos expedicionarios. [...]

(Martí, 1975, t. 4: 22)

Es necesario aclarar que Martí no simpatizaba, ni veía con buenos ojos a Fernando López Queralta; por eso lo había separado de la responsabilidad que le habían dado en la expedición de Serafín Sánchez, según expresó en la carta anteriormente citada, dirigida al general Antonio Maceo, en diciembre de 1894. Quizás por despecho y disgusto cometió la vil traición, injustificada en todos los sentidos.

El 7 de enero de 1895, el Apóstol se había dirigido también a José Dolores Poyo con el objetivo de informarle sobre el lamentable suceso:

[...]No tema de mí. Sé padecer y renovar. La cobardía, o más, de un hombre inepto, se nos clavó de arrancada en la obra grande. Renaceremos. Nos rodean y ayudan hoy mayor respeto y mayor fe que nunca; no quiero hablar, ni podría, por la indignación y la tristeza. [...]

(Martí, 1975, t. 4: 15)

Y ese mismo día le escribió a Serafín Sánchez, el noble y fiel patriota a quien tanto estimaba y al cual no se cansó de aconsejar para evitar que se le acercaran y lo utilizaran hombres como López Queralta, a él le

manifestó:

[...] ¡Pero en qué bárbara agonía me han hecho vivir, y me hacen vivir, dos increíbles errores de que uno pudiera ser mortal, y muero yo porque no lo sea—el hombre a quien usted deseaba de guía! Calle, y algún día le diré. Sepa mis angustias. [...]

(Martí, 1975, t. 4: 14)

Duro golpe para los revolucionarios, pero Martí se recuperó enseguida del fuerte revés y contrató con rapidez para no dar tiempo al enemigo. Como ya hemos visto se dirigió de inmediato a los principales jefes explicándoles lo sucedido y adoptó las medidas pertinentes para reorganizarlo todo nuevamente en la emigración y en el interior de Cuba, pues no se podía perder un minuto. Todos los clubes, agentes y conspiradores independentistas se pusieron en extrema alerta en la emigración y en Cuba. Fundamentalmente se dieron instrucciones precisas, entre otros, al patriota José de Jesús Ramón de la Candelaria Pons y Naranjo, conocido con el seudónimo de Agente General Luis, quien el 5 de enero de ese año de 1895 había fundado en la calle Crespo no. 27, en La Habana, por orientaciones especiales de José Martí y Máximo Gómez la Agencia General Revolucionaria, de Comunicaciones y Auxilios. En esa primera reunión de su fundación, el Agente General Luis, había sido elegido su jefe máximo, debido a sus cualidades humanas y patrióticas. Hay que decir que esta agencia de espionaje y contraespionaje bajo su conducción, realizó un extraordinario trabajo. Nunca fue descubierta y se convirtió en la más importante de las tres guerras por la independencia de Cuba. Su trascendencia fue tal que en esta obra, un objetivo ha sido rendirle

homenaje a su agente conductor, en el setenta aniversario de su muerte, ocurrida el 30 de septiembre de 1933. A él y a su actividad a través de la agencia se le ha dedicado un capítulo especial en este libro.

Y así, con la Agencia General Revolucionaria y las demás que operaban en Cuba y en la emigración, Martí volvió a la carga. Cuando le escribió a Juan Gualberto Gómez, en enero de 1895, ahora haciendo uso de la primera letra de su primer apellido como firma, le expresó:

La dirección nueva—sólo para ella tengo tiempo—es: S. Dressner trescientos cuarenta y nueve oeste, calle cuarenta y seis— y en el sobre interior, ponga para María.[...]

(Martí, 1975, t. 4: 27).

En otra que le envía posteriormente con fecha del 28 de enero, al referirse a lo ocurrido en el puerto de Fernandina, le manifestó:

“¿Qué hacer?—Salvado ya aquí cuanto pude esperar salvar, y salvé [...].

(Martí, 1975, t. 4: 35)

Un día después de elaborada la carta anterior, el 29 de enero de 1895, luego de valorar los últimos acontecimientos, noticias, informes y comunicaciones recibidas desde Cuba, redactó la nueva orden de alzamiento, dirigida a Juan Gualberto Gómez en su condición de representante del Partido Revolucionario Cubano en la Isla, firmada por él, como delegado, José María Rodríguez, en nombre del general Máximo Gómez, y Enrique Collazo, en nombre de Occidente

y demás conspiradores de Oriente. Se hicieron copias del documento para Guillermon Moncada, en Santiago de Cuba; Bartolomé Masó, en Manzanillo, Salvador Cisneros Betancourt, en Camagüey; Francisco Carrillo, en Remedios; y Juan Gualberto Gómez quien era el representante principal del delegado en la Isla. Según siempre se ha afirmado, dichos documentos fueron traídos a La Habana desde Cayo Hueso por Juan de Dios Barrios. Pero en un libro inédito, como resultado de una minuciosa investigación, en poder del autor y escrito por el recién fallecido capitán Miguel Angel Duque de Estrada Ramos de la Columna 8 Ciro Redondo, del Comandante Ernesto Che Guevara, este afirma con numerosas pruebas documentales e irrefutables, que fue su abuelo Miguel Ángel Duque de Estrada y Mc. Curdy quien con 18 años de edad y cuñado del general Enrique Collazo, trajo la Orden de Alzamiento dentro de un tabaco desde Tampa a La Habana y la entregó personalmente al patriota Juan Gualberto Gómez el 4 de febrero de 1895.

El mismo día en que redactó la Orden de Alzamiento, Martí escribió una carta a Juan Gualberto Gómez con instrucciones muy precisas para garantizar la comunicación, previendo, sobre todo, los posibles peligros y contratiempos en estos últimos momentos de la conspiración. Un fragmento de esta misiva aparece a continuación:

[...]Para algo muy urgente, como avisar de ella después—yo no estaré aquí, ésta será mi vía, —dirijase a Q. mi hijo espiritual, en la forma*

* Se refiere a Gonzalo de Quesada.

que di a Ud., que es la suya. Reitérele además la dirección por telégrafo a que debe

dirigir un parte que acaso podré enviarle aún por el 15 o poco después, que aún será confirmación total y dirá—Tell Smith. O si surge, contra todo lo real y esperable, algún gravísimo caso, será sólo la segunda palabra. Creo bien omitir cartas por ahora. [...]
(Martí, 1975, t. 4: 45-46)

Finalmente, de acuerdo con las indicaciones e instrucciones contenidas en la Orden de Alzamiento, Juan Gualberto Gómez en combinación con todos los patriotas fijó el 24 de febrero para el levantamiento y así lo comunicó a Nueva York en un cable con la seña convenida “Aceptados giros”.

El 30 de enero de 1895, burlando la enorme cantidad de espías, delatores y confidentes a sueldo que andaban tras de su pista, nuestro Héroe Nacional partió clandestinamente de Nueva York hacia Santo Domingo en el vapor *Athos*, acompañado por Manuel Mantilla, el comandante Enrique Collazo y el coronel José María Rodríguez.

En Montecristi, República Dominicana, se produjo el 7 de febrero su quinto encuentro con Gómez. Eran los días finales de la cuidadosa conspiración que con tanto amor y sacrificios habían forjado. El 25 de marzo, luego de que ambos héroes analizaran rigurosamente el documento El Partido Revolucionario Cubano, redactado por José Martí y conocido ya desde entonces como Manifiesto de Montecristi, lo firmaron. Se trataba de un programa elaborado esencialmente para la guerra, aunque anunciaba ya, algunas ideas de lo que sería la república a fundar una vez alcanzado el triunfo revolucionario, y perseguía el propósito básico de dar a conocer al mundo las razones por las cuales los cubanos se lanzaban nuevamente a la guerra. En

una de sus partes se lee:

La revolución de independencia, iniciada en Yara, después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud de orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo. [...]

(Martí, 1981, t. 3: 475)

Ni en tan dramáticos y tensos instantes este infatigable conspirador de tres guerras descuidó los detalles. En carta a Gonzalo de Quesada, fechada el 28 de marzo de 1895, le impartió las instrucciones necesarias para la rápida divulgación del manifiesto, indicándole hacerlo llegar de la mejor forma a las instituciones y sectores sociales de la Isla y del exterior. Y luego en otra carta, fechada el 1^{ro} de abril y considerada por los especialistas como su testamento literario, le expresó:

[...]En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días. Martí no se cansa, ni habla. [...]

[...]Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creí con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena. [...]

(Martí, 1975, t. 1: 28)

El 11 de abril de 1895, luego de vencer enormes obstáculos y burlar a los espías españoles y autoridades

norteamericanas que en esos días intensificaron la vigilancia sobre su persona, arribó con Gómez y cuatro patriotas más por Playita de Cajobabo, en el municipio Imías, de la actual provincia de Guantánamo. ¡La revolución que él sangró estaba salvada!

Martí alerta contra el espionaje enemigo y orienta como combatirlo

AÑO 1889

[...] En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo, que tiene tantos lomos a sus pies. [...]

Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui,
13 de diciembre.

(Martí, 1975, t. 6: 126)

AÑO 1891

[...]Venimos a caballo como el año pasado, a anunciar que al caballo le ha ido bien; que las jornadas que se andan en la sombra son también jornadas [...].

Discurso del 10 de octubre de 1891.

(Martí, 1975, t. 4: 259)

AÑO 1892

[...]Y esa tarea de policía que se lleva adelante, por la perfidia del alma humana sólo inferior a su grandeza, en el seno de los hogares y en la misma almohada del placer, en la aparente amistad, en los viajes ostensiblemente casuales, en las cartas envenenadas, en la mesa de juego, es más fácil o parece más fácil, al enemigo que aprovecha las discordias que dejó tras sí una guerra demasiado larga e inactiva [...].

[...]En la emigración, este espionaje es inútil. Sangra la memoria de recordar la clase de hombres a quien pudo el gobierno de España emplear para mantener, con el crédito no sospechable de sus personas, los reparos, cuando no el odio, entre los elementos de la revolución. Aquí han estado, clavados en nuestro hígado; viviendo en aparente pobreza; saliendo de pronto de ella, a viajes por Cuba y por las emigraciones sin objeto patente, en cuanto asomaba la tendencia de unir o acometer [...].

“La campaña española”, 28 de mayo.

(Martí, 1975, t. 1:466-468)

La policía sutil, que se entra de chabeta y jipijapa por los talleres, de copa y chiste por los cafés y los portales de hotel, de consejero y perito revolucionario por las aulas, de casaca y abanico por los salones, no está ya en Cuba en la época burda de las prisiones escandalosas [...].

“Los cubanos de afuera y los cubanos de adentro”.

La campaña española, 4 de junio.

(Martí, 1975, t. 1:475)

Amigo querido:

Sólo unas líneas para decirle que encargo a Poyo le suministre fondos, y escribo a Vd. definitivamente por el correo del martes.

Hoymetiene muyatareado la picardía española. ¡Cuidado con su Cónsul! Acá están preparados sin creer en expediciones inmediatas—a fingir que creen, para provocarnos persecución y quitarnos con ella recursos y crédito. Vigilo.

Carta a Gerardo Castellanos, 6 de agosto.

(Martí, 1975, t. 2: 71)

[...]sólo le pongo estas líneas para decirle[...] que el Gobierno español parece haber entablado reclamaciones sobre la forma armada y organización armada visible, del Partido Revolucionario Cubano; que sería grave por el resultado en la opinión en Cuba y aquí, que al nacer diésemos pruebas de incapacidad e indiscreción en cosas tan fácil de evitar; que desde el Consejo exija absoluto sigilo en el exterior de los clubs sobre esta organización, ejercicio y compra de armas; que no se dé prueba escrita susceptible de caer en manos del correo avisado que las busca, de que se están reuniendo armas contra España, que el público aquí habla más de lo que se debe de Ángel Guerra; y de ahí han venido cartas a él que deberían habersele entregado acá a su venida[...] Salgo para Santo Domingo. Reprimamos mientras completamos. No demos ocasión, sobre todo, para querrela alguna de este Gobierno, donde no tenemos

hoy amigos. Especialmente le recomiendo esto último, porque por ahí viene el peligro [...].

Carta a José Dolores Poyo, agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 125-126)

[...]El Gobierno español está decidido a probar combate en la primera oportunidad, y mueve la prensa que nos es amiga, y el gobierno de Washington, que no nos es amigo. Fijémonos, pues, en que tenemos delante un enemigo invisible y poderoso [...].

Carta a José Dolores Poyo, agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 81)

[...]Pero ayúdenme de allá con su discreción. [...] Todo lo podemos hacer, menos ostentación de la organización armada, y almacenaje público de armas [...]. Que no nos tomen prueba escrita de estar allegando armamentos contra España.

Carta a Fernando Figueredo, 2 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 84)

[...] Acá, hallé el peligro, que a toda costa hemos de evitar, de la intervención de este Gobierno en nuestras cosas, intervención que no hemos de provocar con la menor indiscreción nuestra, sobre todo en lo referente al armamento y ejercicio en público. No debemos, al empezar, ganarnos ni en Cuba ni aquí, fama de indiscretos. [...]Vd. vigíleme allá. Lo peligroso a puertas cerradas [...].

[...] De Santo Domingo escriben a Justo Sorio contradicciones visibles. No está de más toda prudencia, y como que ya se ha cacareado mucho, por sus movimientos, su actitud de invasión, importa, por lo menos, desviar esos rumores con su quietud aparente.

Carta a Serafín Sánchez, 2 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 82-83)

Ocupado en este instante en desviar la persecución oficial que en la esperanza de hallar pruebas de la organización armada visible y allegamiento de armas hostiles a país amigo, ha entablado ante el gobierno del Norte la representación española, quedame sólo tiempo para anunciar a Vd. que, con el valioso auxilio de los datos que la Convención añadió a los que de esa y otras regiones conocía la delegación, sale dentro de dos días de New York el enviado discreto e inteligente que ha de recorrer, sin pérdida de un día, el Departamento Oriental, y trabajar por fundir en uno los movimientos varios, y por desdicha independientes, que ya se notan en aquella región, y ligarlos con los demás de la Isla por nuestra acción común.[...]

Carta al presidente de la Convención Cubana
(Martí, 1975, t. 2: 89)

[...]Ni el riesgo de los habitantes de Cuba, y el sigilo indispensable en una obra revolucionaria viril, permiten, por dar miel a la vanidad, que se saque al público lo que se ha de quedar

para la almohada; puesto que ya es hora de que de todo revolucionario se pueda decir lo que de uno de ellos dijo en La Habana un jefe de policía, y fue que ‘aquel era el único criollo que no se había entregado por la boca’. Ni el estado delicadísimo de composición en que aún andan, y en la guerra después han de andar, los elementos revolucionarios de nuestro pueblo, sería perdonable poner ante el enemigo los modos con que los vamos componiendo, ni comprometer nuestra propia obra con el alarde de un triunfo que solo será verdadero cuando la previsión de unos cuantos sea confirmada por la continua y unánime justicia [...]. En Revolución, los métodos han de ser callados; y los fines, públicos.

*“Las expediciones y la revolución”, 6 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 93)*

Lleva el Comisionado a Oriente, que empezará por Holguín, instrucciones amplísimas adaptadas a la situación. Sartorio, por los informes, pasa públicamente como conspirador. Puedo asegurarle que, contra lo afirmado, ni en Santiago ni en Baracoa existe hasta este instante, según personas recién venidas con informes y cartas, conexión alguna con lo de Holguín. El comisionado las establecerá, y los pondrá juntos. Le ruego, y a Fernando, que escriban a Holguín, a Sartorio, anunciando que va el comisionado, quien se le ha de presentar con el nombre, supuesto por de contado, de Peter McFarland. ¿Y la clave?

Insisto en que evita toda manifestación pública de carácter armado, o formaciones con armas, o depósito de armas notoriamente cubano, o compras sueltas con destino conocido, a nosotros. Está en pie la reclamación oficial. La policía vigila aquí los clubs de ejercicio, que he suspendido, así como telegrafiado a Tampa que suspendan todo ejercicio de armas con objeto visible. La red está tendida y no hemos de caer en ella. [...]

Carta a José Dolores Poyo, 9 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 103)

[...]Y aunque los pies me arden, y he de salir por fin dentro de diez o doce días, he querido dejar detrás de mí—las comisiones en operación, la persecución obviada, las fuentes de relación con la alta política abiertas, las emigraciones en la mejor marcha posible, los manifiestos a Cuba y al Norte fuera de la prensa, y la mayor suma de influjo indirecto en Cuba por la propaganda, indirecta también, cerca de los visitantes;—omitiendo, por supuesto, hacerla con quien hubiera podido tenerla por solicitud o debilidad [...].

Carta a Serafín Sánchez, 18 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 120)

[...]Yo no quise a mi vuelta extremar caso público, ya por las aserciones ligeras de nuestra parte que hubiera sido fácil comprobar, ya por no haber querido, hasta tener seguridad plena de nosotros mismos, establecer inteligencias

extraoficiales con el Gobierno norteamericano; ya por la certeza de no salir muy bien librado con la actual Secretaría, cuya historia y entrañas conozco. Pero he hecho de modo que donde debe conste, por gente de peso, nuestra protesta privada, y así he puesto el caso con mi viaje a Washington, cerca de buena gente y mis entrevistas en New York y Filadelfia. [...] Del Gobierno, por hoy, no se me ha ocurrido impetrar ayuda; sí del país, y lo estimulo a que le muestre y haga que se le muestre justa amistad, aunque en la variación perceptible de algunas caras rubias del Cayo que Vd. conoce, e iban a bordo, comprendí, sin comunicar a nadie mi impresión, que desde antes de mi salida corrían ya por allí vientos contrarios. Pero nos es muy fácil completar nuestra obra sin chocar para nada con la ley del país; y yo, aunque indignado a mis horas, casi me alegro, más que me duelo, de esta vigilancia que nos obliga a la discreción y trabajo callado de que no necesitamos dar muestra continua a nuestro país.

*Carta a Fernando Figueredo, 18 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 124)*

[...]¿Qué hacemos, amigo mío, porque por ahí dicen que hacemos algo? Poco haríamos y mal, si pudiese yo decir a usted todo lo que hacemos. Lo primero, como usted comprende, que debemos hacer es lo que no se puede decir; porque por el gusto y fachenda de parecer muy activos no hemos de poner un espía español en la pista de cada uno de nuestros hechos: ¿no recuerdo

yo aquella casa mía terrible donde me sentaba a almorzar rodeado de polizontes disimulados, que se me entraban de mañana cada cual con su regalo, éste con pleito tentador, aquél con la oferta de una dotación armada, el otro con un Petrarca príncipe, luego que vieron que por allí no prendían damas y pompas? Ni una sola cabeza caerá en Cuba por nuestra culpa [...].

“Lo que hacemos”, 27 de agosto.

(Martí, 1975, t. 2: 146)

AÑO 1893

¿Qué me pide para Patria, si le sobra? A ver cómo se me muestra buen director. Ni una palabra imprudente que revele el verdadero estado de nuestro espíritu. [...]

Carta a Gonzalo de Quesada, 14 de febrero.

(Martí, 1975, t. 2: 226)

[...] Pero hay que quitar todo pretexto al enemigo, vigilante en estos días difíciles. Déjeme velar, y cortarles los caminos. [...]

Carta a Martín Herrera, 9 de marzo.

(Martí, 1975, t. 2: 233)

[...] Si cualquier picardía española alza la cabeza por ahí—cualquier mentira vil, puesto que en nuestras cosas no hay hoy más que república y virtud, —Vd. me la aplasta pronto, con la vigilancia que le conozco y estimo. [...]

Carta a Carlos Recio, 9 de marzo.

(Martí, 1975, t. 2: 245)

[...]Maldades y espionaje son como un gusano en el pecho de un león. A nadie más que al español conviene la desconfianza o la tibieza entre los cubanos: él la fomenta de cien modos: él se sienta a nuestra mesa y aconseja nuestra almohada: él se desliza en nuestros talleres, en nuestros salones, en nuestros hogares, en los rincones mismos de nuestros entretenimientos y nuestros vicios: él se aprovecha de nuestras pasiones y de nuestros odios: él afea la pureza que puede desafiar al mismo cielo: él clava a Cristo en la cruz del ladrón: él espera hallar cómplice en el jornalero indiferente, en el pensamiento pequeño que cede retorciéndose ante el pensamiento grande, en el militar que de seguro no hallaría, en la campaña de levantar dudas contra la guerra que va a salvar a su patria, el gozo sublime que sintió al ver correr su sangre por la patria frente al enemigo. [...]

“Hora suprema”, 14 de marzo.

(Martí, 1975, t. 2: 249.)

*[...]¿Cuánto paga por esos servicios la policía?
¿Por qué caen los hermanos en esa red? [...]*

“Persona y Patria”, 1^{ro} de abril.

(Martí, 1975, t. 2: 280)

[...]Mi tarea va a ser mucha, sea cualquiera mi cuerpo. En Cuba es mucha la intriga; y ha corrido peligro, por indiscreciones y traiciones, de ver en la trampa toda la organización. Eso me ha enfermado más.

Miranda cayó en ese fermento, y yo no quise que corriera ese peligro en una situación desfavorable, que pudiera inutilizarlo para otra superior, y crearle dificultades. En Nueva Orleans no tendré momento mío. No importa dejar correr, muy sutilmente, que he ido a ver a Maceo.

[...]Porque corre la esperanza activa, ligada con La Habana, y por el lado peor, según prueba que he obtenido en Filadelfia—de que de Vds. se podrá sacar el conocimiento que de mí no se puede. El mozo que mandaron a Filadelfia a ver qué daño hacía, y el cual, espontáneamente conocido y señalado antes de mi llegada, he debido proteger y he protegido de la persecución que se le preparaba, me ha rodeado torpemente;—me ha revelado que todo lo que dije, porque creí deber decirlo, a cierto viajero ha vuelto en forma de pregunta de La Habana por otro conducto, para confirmarlo, o saber más,—y me ha enseñado el plan de ahí, que, como el de acá fue fingir aquiescencia y solicitar explicaciones amistosas para llegar por rodeos a saber algo de la verdad, que puede ir a parar a las mismas regiones de traición conocida de donde vino.[...]

*Carta a Gonzalo de Quesada, 28 de abril.
(Martí, 1975, t.2:314-315)*

[...]La fuerza entera la he gastado en poner a nuestra gente junta, en torcerle las intrigas al gobierno español, en salirme de la red que con sus visitas y espionaje nos tiende en la casa propia, en salvar la revolución indudable de lo único que la

amenaza: —de la traición de los que la sirvieron una vez, y hoy sirven al gobierno español. [...]

[...]Por eso hube de poner a Vd. un cablegrama enterándole de la situación; y, siguiendo las cosas, y estando yo a todo, y no pudiendo llegar a Vd., lo que llega hasta mí, y estando avisado de que el gobierno astuto se vale de amigos indiscretos o inexplicables, de sacar la verdad de Vd., y de mí, insisto en que, por la salvación de lo que amamos, oiga Vd. con reserva, sea de quien sea, y vaya quien vaya, lo que de La Habana, con extrema impunidad y pretextos plausibles, pudieran ir a preguntarle. [...]

Carta a Máximo Gómez, 6 de mayo.

(Martí, 1975, t. 2: 321-323)

[...]Cuantas redes nos ha tendido el enemigo sagaz, las hemos vuelto sobre su cabeza. Las cobardías que aconseja y paga, valiéndose de las angustias pasajeras de la vida o de cualquiera apariencia favorable, sólo deshonrarán y desacreditarán a los que se presten a servir al enemigo astuto, en la hora en que la indignidad inseparable de ciertas naturalezas, es manejada y movida por las agendas españolas de modo que parezcan, aunque no sea más que a los ciegos y ligeros, el fracaso o el decaimiento de nuestro patriotismo. [...]

[...]Por un indigno haya cien dignos. [...]

“La Delegación del Partido Revolucionario Cubano a los clubs”, Julio.

(Martí, 1975, t. 1:359 y 361)

A mi paso por Haití vi con mis ojos que sería imprudente fiar la muy delicada misión que le preparábamos a Masó y me abstuve de poner en sus manos la orden de Vd. Ni el estado de ánimo de Masó, muy preocupado con luchas personales suyas, ni su actitud hostil respecto de Heureaux** después de una cesión de armas nuestras, unos quince rifles, a sus enemigos, lo hacían, aparte de otras razones, propio para las funciones que él comenzó a aceptar, pero que no llegué a detallarle yo.— Y seguí a Costa Rica.*

Carta a Máximo Gómez, 29 de agosto.
(Martí, 1975, t. 2: 386)

*[...]Al lado de Zayas*** estaba—enviado del Cayo como él decía o simplemente favorecido para su viaje por tener cerca del campo a un mozo violento—un Mayolino a quien vengo siguiendo por espía español, a quien desvié de Vd. cuando misteriosamente quiso ir allá, y en quien, a pesar de mis advertencias, tenía demasiada confianza Serafín Sánchez. Ni Zayas ni Mayolino salieron al campo: fueron presos en una casa del pueblo. En las Lajas, según carta mía de hacendado de allá, el azuzador conocido fue el principal español*

* Se refiere a Juan Mazo Parra.

** Se refiere a Ulises Heureaux Lili, General y político dominicano.

*** Se refiere a Federico Zayas.

de allí, un Laureano Gutiérrez. Zayas ha visto mucho en La Habana a Julio, y un agente de Julio—Cisneritos—estuvo recientemente por Cienfuegos. En Zayas, por lo excesivo de las ofertas, no tuve yo nunca confianza verdadera, y envié un hombre tras otro para cerciorarme, pero todos me lo abonaban, y aún lo abonan, y los que no querían trabajar con él sólo le ponían la tacha de exaltado. [...]

Carta a Máximo Gómez, 23 de noviembre.

(Martí, 1975, t. 2: 442)

[...] Dos días me quedan, que aprovecharé en cuanto me lo permita la situación peligrosísima en que me tiene el gobierno, como cuchilla de nuestra propia gente en Cuba. Hago cuanto puedo en esta situación: iqué vigilancia aquí, y qué plaza abierta! Ni una palabra, ni una insinuación, sí se hace a dos, que no vaya volando a la Capitanía General. Aquí los Cónsules concentrados, y un cuerpo hábil de agentes. [...]

Carta a Gonzalo de Quesada, 15 de diciembre.

(Martí, 1975, t. 2: 458)

AÑO 1894

[...]Yo insisto, yo arguyo, yo me arrodillaré, yo no dejaré nada por hacer. Ningún bochorno me detiene: lo que no haga, será porque pueda acarrearos peligro o denuncia, como en este New York, donde los pobres no tienen ya qué, y los tres o cuatro ricos, más han recibido de

mí, ellos o los suyos, que lo que me han de dar.[...]

Carta a Serafín Sánchez, enero.
(Martí, 1975, t. 3: 16)

[...]Por eso pedí con tal premura que no viniese: —para despistar al Gobierno a quien el viaje de Vd. hubiera puesto en la pista; y desviar a esos concos. Créase en La Habana, en buena hora, que andamos lejos aún: —aunque el Gobierno por desdicha, siente que andamos cerca. Lo que importa es que bajo esa cubierta e incertidumbre podamos deslizarnos, como espero. [...]Hágame el favor de entregarle enseguida esa clave a Teodoro. Burgos no parece. Sigo con el abogado. Giro los \$ 100 por cable a Teodoro; digo que son para Vd.*

Carta a Serafín Sánchez, 18 de enero.
(Martí, 1975, t. 3: 39-41)

[...] también he descubierto, —aunque suele uno pasarse de prudencia, y ponerse sin causa a dudar de lo que no debe,—que el Sartorios de Holguín, es dudoso por lo menos: las garantías de que goza, aún después de la tentativa de Purnio,—su mala fama, la desconfianza que a todos parece inspirar en el Oriente[...].

* Del inglés *conch*, palabra con que se denomina los oriundos de Cayo Hueso.

[...] sólo vi peligros, en vez de beneficios, para la seguridad relativa de los movimientos futuros de Vd., y para cierto resguardo aún posible de nuestras labores militares, y para la salvación, que ansío, de la gente comprometida y peleadora de la Isla, en este viaje, imposible de ocultar de Vd. a Nueva York. [...]

Carta a Máximo Gómez, 24 de marzo.
(Martí, 1975, t. 3: 87 y 89)

[...] ¡Qué cuidado hay que tener en esto de hombres! ¡Qué indiscreción la de La Habana! ¡Y qué modo de hacer campañas, ensañándole por las calles los planes al enemigo! Me dirán disciplinario; pero de mí no sabe un anís, sino quien tiene que cargar con él. Y con esa guía creo dejarlo todo bien asegurado.

Carta a Serafín Sánchez, 7 de junio.
(Martí, 1975, t. 3: 228)

[...] Vea la dificultad. En manos de Cardet, de Lico Cardet, echado hoy de Tampa por espía, y por mí de muy atrás sospechado, como Ramírez, vi la circular impresa, en máquina, copia de la de Gómez a Roloff. A Rosendo me lo tienen infestado. Hay que llevarlo al Cayo, y rodearlo Vds. noche y día. ¿No le hicieron escribir una carta dando gracias por su vida al Cónsul español? Él me lo explicó ya: pero vea que cosa. [...]

Carta a Serafín Sánchez, 7 de junio.
(Martí, 1975, t. 3: 228)

[...]Por eso de mi boca, nadie sabe detalle alguno, ni el que va con mi barco sabrá de los otros barcos que van; ni Maceo mismo, a estas horas, sabe, fuera de lo suyo, a pesar de su natural impaciencia—y la de sus hombres alistados desde mi visita—más acerca, por ejemplo, de la parte de Vd., sino que aguardo un detalle que me permita poner los demás en movimiento. [...]

Carta a Máximo Gómez, 3 de noviembre.

(Martí, 1975, t. 3: 338)

[...]Puede registrar allí una palabra, y por cable mismo, y enseguida, dirigírmela aquí a Baeza que será para Ud. mi registro. Yo, enseguida, de cinco en cinco días, le iré diciendo por cable, a la dirección que me dé, la palabra alza, significando que todo sigue bien, y como le he dicho, y si recibe la palabra baja, que siempre sería con tiempo, significaría, contra todo lo visible, que debe suspender lo fijado para el diez y ocho y circularlo así, y esperar carta. No es lo probable; pero se debe prever. Ud. de allá me telegrafiará. Urgen piezas, significando, de 5 en 5 días, que todo continúa como me lo tiene anunciado y sus palabras suspenda compras significarían demora grave: y suspenda, demora ligera.[...]

Carta a Enrique Collazo, 3 de noviembre.

(Martí, 1975, t. 3: 342 y 343)

[...]Lo de R, —tal es su visibilidad—y aún cierta flaqueza suya—como la que por

conducto de López* le hizo escribir una carta de gracias al cónsul Solís cuando su prisión, —y su amistad con hombres como Cardet, y el Ramírez indudablemente dudoso que lo acompañó, que a menos que no se le llame con total engaño, habrá que prescindir de él. —O yo me buscaré mi modo, si ya no hubiesen arrimado Vds. por allá. Al dedillo me sé la carta en clave, y todo será en tiempo atendido, salvo los detalles, que lo serán en lo más posible: ¿olvida que lo de Vds. lo tienen íntegro, y tal como me lo encargaron, desde noviembre? [...]

Carta a Serafín Sánchez, 10 de noviembre.

(Martí, 1975, t. 3: 346 y 347)

[...]Nada me sorprende. He previsto el bien y el mal. De todo nos salvaremos. Si se hubiese dado tiempo, sin necesidad a que la traición nos conociese y entregase, —si hemos dado, por injusta dilación, modo de que vengan a ponerse a la cabeza de una situación tan feliz los agentes del Gobierno Español, —vigilo y habremos conquistado un derecho grande. Pienso y callo. Déjeme callar [...]. Por eso, al recibir un cablegrama de Vd. anunciándome que le serían necesarios “para cerrar el negocio mil quinientos pesos” seguido de dos palabras ininteligibles en cifra, le pedí que me las repitiese, y después de esperar dos días en

* Se refiere a Fernando López Queraltá.

vano la repetición, telegrafíe a Vd. en acuerdo estricto con la situación: cierre negocio seguridad absoluta pago momento realización unamos energías reservas. [...]

Carta a Antonio Maceo, 10 de noviembre.
(Martí, 1975, t. 3: 344)

Padezco, vigilo y espero, y sólo hablo para juntar y empujar [...].

Carta a Eduardo H. Gato, 10 de noviembre.
(Martí, 1975, t. 3: 345)

[...]Yo vigilaré y salvaré [...].

Carta a Serafín Sánchez, 10 de noviembre.
(Martí, 1975, t. 3: 346)

[...]A Aurelio le envié \$25. La masa, ahí debe estar; —y Rosendo también, salvado de Ibor, y de un Ramírez pequeñín, de nariz colorada, que le anda mucho al pie. ¿Pero que ustedes, viejos sabuesos, no adivinan? ¿Este Ramírez, que se apareció cubierto con lo del testamento del silencioso Rafael, no se sentaba de diario en Key West a la mesa de Fernando? ¿No he visto en poder del traidor Cardet la copia que Roloff le envió de la circular de Gómez a los jefes, que él llevaba en la cartera acreditándose con ella ante todo el mundo? Y aunque se insista en lo contrario, no hay razón para tener los ojos sobre Mayolino, y no usarlo, por si realmente es útil, sino en la última extremidad y de sorpresa?

*Duele esto: pero ¿no es nuestro deber? En clave
le escribiré por el primero o segundo vapor [...]*
(Carta a Serafín Sánchez, 14 de noviembre.
(Martí, 1975, t.3:373 y 374)

AÑO 1895

*“Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de
1895.*

Sr. Manuel Mercado

*Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya
puedo decirle con qué ternura y agradecimiento
y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía
y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los
días en peligro de dar mi vida por mi país y
por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo
ánimos con que realizarlo—de impedir a
tiempo con la independencia de Cuba que se
extiendan por las Antillas los Estados Unidos
y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras
tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y
haré, es para eso. En silencio ha tenido que
ser y como indirectamente, porque hay cosas
que para lograrlas han de andar ocultas, y
de proclamarse en lo que son, levantarían
dificultades demasiado recias para alcanzar
sobre ellas el fin.*

*Carta a Manuel Mercado
(Martí, 1975, t. 4: 167 y 168)*

Importantes cartas y artículos de Martí sobre el espionaje y alta política

LA CAMPAÑA ESPAÑOLA

La guerra no ha cesado en Cuba: sólo ha cambiado de formas. Los cubanos que pelearon con las armas ayer, están hoy allá acorralados por el enemigo hábil en una campaña sin guía, cuyos jefes divididos y opuestos, desde un españolismo sincero e incurable hasta el criollismo confeso e indómito, perturban, en la hora de la demarcación de tendencias, al país que, como todo pueblo en las horas de crisis, requiere y anhela una tendencia fija: el enemigo se entra cómodamente por los ejércitos cuando los capitanes emplean en reservarse unos de otros, y en ganarse por la mamo, el tiempo que debieran poner en concentrar sus fuerzas. El gobierno español, que no los españoles, pelea arma al cinto, contra el cubano sin armas—contra el cubano que no tendrá armas a su hora si no se las llevase la cuidadosa emigración, —con los recursos hasta hoy eficaces de la concesión insignificante, la falsa franqueza, la división de los elementos cubanos cuya unión es mortal para España, y la conversión sistemática, y ya poco menos que definitiva, de la

riqueza del país a manos españolas. Los cubanos, allá en Cuba, han ido sin sistema, con los ojos en un plan imposible y los pies fuera de la realidad. El gobierno español se ha cosido a la realidad; ha señalado uno por uno a sus enemigos: los sigue con un hombre al talón, por dentro y fuera de la Isla: desmorona, con la prisión oportuna, o la amenaza, o el soborno; cada grupo que comienza a apretarse la cintura: divide, por la calumnia, y por el hábil cultivo de las pasiones humanas, a los cubanos en quienes un reparto personal o una obligación de clase o un mal entendido compañerismo pudiesen más que el deber para con la patria.

Al cabo de doce años de tentativa equivocada, equivocada e inútil, equivocada y funesta desde la raíz, no dice la verdad quien diga que en Cuba existen más que los dos bandos irreductibles, de españoles y cubanos, los bandos que, por el ansia común de la quietud definitiva en la tierra donde juntos tienen el trabajo y el hogar, podrían, y demuestran que pueden, vivir en paz bajo un gobierno bueno, pero cuya amalgama es imposible bajo una forma de gobierno cuyos hábitos inveterados, más que las leyes, y la constitución viciosa de la política nacional, hacen indispensable un sistema de fuerza, más o menos disimulada, que reprima los elementos cuya entrada al gobierno cegaría el manantial de sus pingües gabelas, y dejaría a la política de España sin la sentina más ancha y cómoda donde vacía ahora sus vicios. Eso es Cuba, ahora más que nunca: —sentina. —Otros se hallarán bien en ella, y creerán que un adarme de cura es un buen remedio contra una libra de enfermedad. Creen mal. No debieran hallarse bien.

En guerra vivimos, con nombres de paz, y el triunfo será necesariamente de los más preparados, y de los más astutos. Es de deber denunciar, para que nadie se llame a engaño, ni proteste desconocimiento, ni se deje

llevar por la pasión a donde quiere llevarlo su enemigo, ni colabore, con los pretextos de la maldad o la soberbia, al desorden y derrota de su país, los métodos especiales, tenaces y todavía fructuosos, de la campaña española.

Del más sutil y eficaz de estos métodos no se habrá de extrañar nadie, puesto que por el aprovechamiento de las disensiones internas pudo España vencer una guerra que por las armas no pudo vencer jamás, y puesto que el buen sentido indica al enemigo que el aislamiento y hostilidad de las fuerzas necesarias para el ataque les son más convenientes que la simpatía y el acuerdo entre las fuerzas que se habrán de unir para poder atacarlo con fortuna. Y esa tarea de policía que se lleva adelante, por la perfidia del alma humana sólo inferior a su grandeza, en el seno de los hogares y en la misma almohada del placer, en la aparente amistad, en los viajes ostensiblemente casuales, en las cartas envenenadas, en la mesa de juego, es más fácil, al enemigo que aprovecha las discordias que dejó tras sí una guerra demasiado larga e inactiva, servida a trechos pobremente por una emigración que vio mal guiadas sus virtudes, y los recelos que se pudieran levantar, a ser el cubano menos abnegado y juicioso de lo que es, entre los patriotas primerizos y censorios de una época nueva, y los servidores, justamente enorgullecidos, de la guerra pasada.

Pero en la política invisible y real de Cuba, que hicieran mal los hombres sinceros, los hombres futuros, en desconocer, era obligación eminente, aunque no aparatosa ni de ningún modo remunerativa, la de oponerse, dentro de las fuerzas cubanas, por una obra de concordia continua, a la obra continua de discordia con que las apartaba y corrompía el gobierno español; y cuando la hora del próximo recuento llegue, como está para llegar, habrían faltado a su deber los que facilitasen, por reparos pueriles de vanidad de fecha

o desagrado de personas, la obra mortal del gobierno de España y habrán prestado un servicio glorioso e histórico los que, cediendo a su noble natural o a la prudencia, y aun sofocando sus tendencias menores y sus simpatías, hayan contribuido a unir, para el vigor del ataque y para la calma y éxito del triunfo, las fuerzas que el enemigo se ha empeñado en dividir. Mañana, cuando estemos todos juntos, es de esperar que los descuidados dirán a los cuidadosos: ¡gracias! No era necesario, no lo fue nunca, que se creyese, y se convidase a creer, en el triunfo de una política colonial contraria a la naturaleza de la nación que había de concederla, y a las necesidades y costumbres de la generación política que la ha de otorgar. Era imprescindible resistir, por los campos oscuros del enemigo, su obra de desavenencia y destrucción, para presentarle unido, el día en que el descrédito final de la política de confianza acelerase la obra de la desesperación, el pueblo que por el soborno, por los recelos y por la vanidad creía tener desbaratado. Por eso, en doce años de saneamiento y de cariño, han practicado las emigraciones, sin lema confeso ni nombre formal, la política de unificación y desinterés que ya en sazón culmina, con singular identidad de parecer y de virtud, en el Partido Revolucionario Cubano, mera forma activa de la política vigilante y real de Cuba, de la política de unión creciente, amplia a la vez que sólida, de los elementos diversos, de ayer y de hoy, de la independencia cubana. Por eso, hasta la gran virtud de hoy, mantuvieron en apartamiento, cada día menor, a las emigraciones entre sí, a los elementos de cada emigración entre sí, a los cubanos de procedencia y empleos diversos durante la revolución, a los cubanos de la emigración y a los de la isla, a los hombres prominentes de ayer y a sus compañeros posibles de mañana, los agentes notorios y remunerados del gobierno español en las emigraciones y en Cuba. Por eso hoy, en Cuba sobre todo, el gobierno español,

alarmado con una fuerza de orden y ataque que no esperaba de sus enemigos, y del acicate visible con que los cubanos de afuera estimulan la pereza de los cubanos de adentro, fomenta, con cuanto influjo le dan los medios directos e indirectos del tesoro a que contribuimos para que nos envilezca y envenene, los recelos que cree aún potentes entre los cubanos que han cargado armas y los que aún no han podido cargarlas, entre los militares de la guerra pasada y los organizadores de la guerra venidera, entre los próceres de la revolución de ayer y los que con su misma alma, y con su amor y orgullo en ellos, la continúan, entre los cubanos de Cuba y los cubanos de afuera.

En la emigración, este espionaje es inútil. Sangra la memoria de recordar la clase de hombres a quien pudo el gobierno de España emplear para mantener, con el crédito no sospechable de sus personas, los reparos, cuando no el odio, entre los elementos de la revolución. Aquí han estado, clavados en nuestro hígado; viviendo en aparente pobreza; saliendo de pronto de ella, a viajes por Cuba y por las emigraciones sin objeto patente, en cuanto asomaba la tendencia de unir o acometer; llevando y trayendo entre los hombres buenas frases falsas; impidiendo que se acercaran los hombres que no podrían hablarse una vez más sin amarse entrañablemente y vivir para siempre unidos; ahondando, por una correspondencia sutil e impalpable, las divisiones y desdenes que dejó la guerra pasada, el desagrado natural en quien tuvo las manos en la gloria y ve que otros las ponen, el recelo que los revolucionarios de la guerra pudiesen abrir contra los revolucionarios de una emigración que no les ayudó como anhelaron, o contra los revolucionarios para quienes la guerra, con todo su poder de unificación y construcción, no es más que el medio inevitable de conquistar la libertad trabajadora de la república. Aquí los hemos tenido, clavados en

nuestro hígado; y los tenemos, pero fuera ya del hígado. En Cuba, que es donde adelanta nuestra acción, en Cuba, que es donde triunfa nuestra cordialidad, en Cuba, que es donde zapamos la política española de discordia, en Cuba es donde, de oído en oído, de mano a mano, hoy con aires de condolencia, mañana lamentando que “los revolucionarios nuevos” seamos de este modo, sin ver que somos hoy los mismos de antes, y el que no tiene una herida en el pecho tiene la corona del grillo en el pie o tiene en el cementerio del destierro la tumba de sus hijos, en Cuba es donde se propagan, contando con la bajeza de los hombres más que con su virtud, en Cuba es donde el gobierno español propaga, estas dos falsedades absolutas:— que los revolucionarios de la emigración atacan y desdeñan a los militares de la guerra pasada,— que los cubanos de la emigración menosprecian y desaman a los cubanos de la Isla. Como a dos bestias envenenadas, clavamos el hierro ardiente sobre estas dos falsedades que propala el gobierno español.

Enemigo de Cuba sería, o ciego y equivocado amigo de Cuba quien, aún con el deseo lícito de salvarla de los peligros de las repúblicas nacientes, soñase siquiera en privarla de los beneficios de la experiencia, del fuego del amor, de la sinceridad del patriotismo de los hombres que la sirvieron en el primer arranque de la dignidad, y la quieren con aquella ternura y tesón con que se apega el corazón humano a todo lo que enaltece, o a lo que la hace padecer. ¡Sería, imbéciles, como poner el barco al puerto, y echar el piloto al agua! ¡Sería, ingratos, como morder las manos que se deben amar, y negar puesto en la mesa a los que deben presidirla! ¡Sería, traidores, sofocar esta ternura en que se unen, en el orgullo del recuerdo y en la esperanza de la redención definitiva, los que han servido de un modo a la patria, y los que la han servido de otro! Acá no prende ese veneno, acá donde todos unidos, después del codeo y conocimiento

de años, aspiran sólo, con cuanto en Cuba tenga brazo y honor, a fundar en el sacrificio indispensable un país donde el valor militar no sea un crimen, ni lo sea la ley civil. Acá en el Partido Revolucionario Cubano, no pelean, como secta parcial, unos cuantos cubanos que se ensayen ahora a modo de aficionados de cierto mérito, en la organización de la guerra y el allegamiento, en la forma posible en lo actual, de las fuerzas que con sus acreciones definitivas tomarán la forma que entonces conviniese, o conservarán, sí fuera para bien, la forma de ahora. Militan en el Partido Revolucionario los militares de la guerra pasada; presiden los clubs del Partido Revolucionario coroneles, capitanes, comandantes de la guerra pasada; son miembros de los clubs del Partido Revolucionario, contribuyentes o presentes, generales de la guerra pasada: mantienen entusiastas los clubs del partido, de Atlanta a Jamaica, los servidores revolucionarios, de la milicia de los campos o de la milicia del destierro, de la guerra pasada. Y sería depuesto mercedamente de su empleo el Delegado del partido, por falta grande e imperdonable a su deber expreso, si no convidase a la obra patriótica del Partido Revolucionario Cubano, con el respeto y cariño de los méritos preclaros y notorios con la cordialidad viril y franca, esencial a la grandeza, a los que arma al brazo y frente al enemigo compraron el derecho de que se les reverenciara como a padres, y de que se les excuse el desvío o desdén con que pudieran mirar las virtudes que aún no se hubiesen probado a campo raso. Del compañerismo fanático padece, más que gana, la virtud militar; y es lícito, al hombre de armas y al que no lo es, evitar que esa virtud de la compañía, conmovedora y justa en sí, llegue a crear, por la mezcla del interés, un peligro para el honor militar, y para la república. Padece el militar honrado, como el que no sea militar, del miedo de que un concepto falso y personal de la teoría libertaria, o la conversión del

compañerismo glorioso del peligro en liga interesada para el logro y mantenimiento del poder, pusiesen el honor militar en el riesgo, descrédito y pérdida de influencia y de provecho en que lo puso en Buenos Aires, al lado de San Martín, la logia de Lautaro, en que lo puso en el Norte, al lado de Washington, la Orden de los Cincinnatos. Los patriotas todos, carguemos o no armas, hemos de trabajar porque la guerra sea hecha de manera que no perpetúe la discordia en la república naciente, sino que la haga imposible. Pero sobre su libreta de espía se ha de clavar a quien, porque este deber público acompaña a la admiración vehemente de los héroes del patriotismo, propale, en beneficio único del gobierno español y en daño de Cuba, que los organizadores de la guerra próxima censuran, alejan, o desdeñan, a sus compañeros de la guerra pasada, a los héroes cuyo valor celebran y envidian, a aquellos a quienes solicitan, admitan y aman.

Y mañana dirá Patria, con el espacio escaso hoy, que la prudencia, y el respeto a la vida de los que tenemos como orgullo y esperanza del país, nos ha vedado aún, y no podrán vedarnos a la larga, el júbilo de ofrecerles, quiéranoslo o no, nuestro corazón de hermanos. Pero como a bajo político y hombre ruin tendríamos a quien, de fuera o de dentro de la Isla, creyese que el domicilio prolongado en un lugar cría en un pecho patriótico el odio a los cubanos de otro domicilio, o una ambición local que aprovechase tanto al enemigo como le aprovecharían nuestros odios. No: el Partido Revolucionario lo dice: el Partido viene “a preparar la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y para entregar a todo el país la patria libre”.

28 de mayo de 1892
(Martí, 1975, t. 1: 465-470)

LOS CUBANOS DE AFUERA Y LOS CUBANOS
DE ADENTRO
LA CAMPAÑA ESPAÑOLA

La policía sutil, que se entra de chabeta y jipijapa por los talleres, de copa y chiste por los cafés y los portales de hotel, de consejero y perito revolucionario por las aulas, de casaca y abanico por los salones, no está ya en Cuba en la época burda de las prisiones escandalosas y la persecución que alimenta el fuego que se quiere apagar: en los campos, donde el hombre está al lado del machete, cae de noche la cabeza que empieza a levantarse, o llevan, mudo, el criollo altivo al barco del destierro: en las ciudades, como lúgubre lujo, se permite el domador de bota y espuela el entretenimiento de ver bailar, con la boca llena de espuma, al oso encadenado. “¡Por la palabra se van estas gentes, como se va el agua de la caldera por el vapor!”: Y llega la habilidad de la policía, y el plan de la campaña española, hasta poner la tinta y el papel ante la juventud que arde y piafa, para que no tenga urgencia de irse al campo de la muerte a levantar altares a los héroes a quienes se puede loar sin riesgos en la ciudad amable para quitar a la época matriz su fuerza de misterio y de virginidad. Con una mano desboca la palabra, y se ve que la deja más salida mientras es más el hervor, como hace el buen maquinista con su máquina; y por otro, en cuanto se pone un maquinista al vapor, a medirlo o a guiarlo, lo destierra o lo descabeza. ¡Al oso no le permite el señor más que la espuma! Le tiene la garra rodeada de tijeras. Lo sujeta a la silla de tormento; y con el sable desenvainado, y el cucurucho de la constitución en la cabeza, le recorta, de cucullas, las uñas renacientes. Y luego, con el curare de la calumnia, se va de brazo por los cafés, a trastornar a su oso.

El gobierno español sabe que de la guerra quedaron recelos entre los hombres literarios e inactivos, con el nombre inmerecido de civiles, y los hombres ejecutivos, con el nombre envidiable de militares, —y echa sus agentes a rociar de veneno el recelo supuesto entre militares y civiles. Y así, a la policía del gobierno, responde un militar que no quiere tósigos para su corazón, ni pone de caballo el patriotismo, a que se lo ensille con la silla que le convenga el español que le conoce las lastimaduras; así responde un militar glorioso: “¿Qué deben hacer todos los verdaderos amantes de la patria? Pues ayudar a quien de reputación bien sensata se presenta con la bandera cubana, predicando revolución, reclutando soldados para la guerra que ha de venir, fundiendo plomo para las balas con que se ha de libertar la patria; ¡quien no ayude a esas cosas como pueda, que deje de llamarse cubano!”

El gobierno español cree, con poco conocimiento de la verdad, y de nuestro corazón, que del desdén legítimo, y hoy sin causa en nuestras condiciones nuevas, del cubano augusto que ponía a la guerra el pecho, al cubano emigrado que malgastaba o enviaba mal los recursos de guerra, puede perpetuarse la discordia entre los militares de antes, y los que con ellos de la mano continúan su obra, puede levantarse la discordia entre los revolucionarios de ayer que viven en Cuba y los revolucionarios de ayer que fuera de Cuba continúan, en el Partido Revolucionario Cubano, la obra activa de la revolución,—y echa sus agentes, por aulas y talleres y caminos y visitas y salones, a revivir en el corazón lastimado de los héroes leales el desdén de los cubanos de la emigración, a rebajar el primer esfuerzo metódico y unido de las emigraciones cubanas por la independencia, el esfuerzo en que trabajan mano a mano los generales y los presidiarios y los desterrados de la guerra pasada, con los elementos

nuevos, útiles e imprescindibles de la generación nacida de ella; a denunciar la obra compacta de todas las asociaciones revolucionarias del extranjero, donde se juntan sin choque, y con amor, los elementos todos de la revolución, desde el caudillo coronado de glorias hasta el riflero aprendiz, desde el inválido de la guerra de los diez años hasta el que le envidia la manga vacía o la cuchillada de la frente, como la obra raquítica y parcial, como la obra culpable e incompleta, de unos cuantos emigrados ambiciosos, de pura lengua y entretenimiento, que aborrecen a los militares. ¡Oigan, bribones, lo que dice un militar magnánimo!: “Por encima de todo, por encima de personas y simpatías, está mi corazón todo cubano, y mi conciencia de hombre leal y honrado, comprometida un día a servir sin condiciones los intereses de la revolución por la independencia de Cuba. Ese ha sido, es y será mi modo de raciocinar. Y aunque tú sabes eso de viejo, como hombre de principios lo mismo que yo, y porque has militado a mis órdenes, y me conoces íntimamente, sin embargo he querido repetírtelo para que se mantengan siempre frescas entre nosotros y en toda su pureza las ideas por las cuales tú desde tu patria te lanzaste a defenderlas en extrañas tierras, y yo, armé mi brazo para ayudar a sus defensores”.

El gobierno español, sin conocer el temple sublime a que el sacrificio de los padres ha elevado el alma de los hijos; sin conocer la capacidad constructiva, y no menos que nacional, de la mente cubana, donde lo más alto y difícil se compone como familiar y sencillo, y se resuelve con holgura; sin conocer la hospitalidad y grandeza singulares, por la combinación feliz de agentes superiores a los de su desdicha, con que el alma cubana va salvándose del espíritu de soberbia y holganza señorial que puso en ella la colonia criada a la vez en el hábito de la riqueza injusta y en la autoridad continua y arrogante en que descansaba la institución de la

esclavitud por donde mantenía la colonia su riqueza; sin conocer la vehemente y ternísima fusión de almas en que, por sobre los pechos duros e incorregibles, al fuego santo y saludable de la guerra, quedó el país, en cuanto de él vio y trabajó la verdad, después de los diez años únicos de verdad que en Cuba se han vivido; sin conocer el propósito abnegado, limpio de toda mancha de apetito y de toda pasión impura de hombre, que como nueva de evangelio y con la fuerza y vida de la llama, prende, en la mente madura y en el corazón fraternal de las migraciones,—intenta el gobierno español sembrar el odio, la desconfianza y el recelo entre los cubanos de la isla y los cubanos de afuera,—fomentar las quisquillas, como si tales minimeces cupieran en pechos de Yara y de Guáimaro, de los autoritarios disimulados o confesos, y en otras políticas posibles, que en las cosas más santas y puras todo lo ven inhábil o feo si temen, impacientes, que no se deje a salvo, para horas más cómodas, la hostia sacratísima de la propia autoridad,—y despertar en los cubanos de la isla el desamor de los cubanos que fuera de ella se ordenan y juntan, con originalidad gloriosa en la historia de las revoluciones, para impedir, precisamente, que la guerra de la emancipación se convirtiese, por el engaño de los hombres y el frenesí de la dignidad, en una guerra de invasión y de conquista, para arrancar, de raíz, el riesgo de que unos cubanos, por haber vivido en condiciones más favorables a la obra revolucionaria que otros, cayesen como dueños, o como superiores, sobre los cubanos que han vivido en condiciones menos favorables a la revolución,—para preparar “el triunfo rápido de la guerra, y la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, con todos los factores, históricos y políticos, de dentro y fuera de la Isla”,—para propagar en Cuba el conocimiento y método de la revolución “por medio que no pongan innecesariamente en riesgo

las vidas cubanas”,—para evitar que “se precipite inconsideradamente la guerra en Cuba a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde, y ordenar, de acuerdo con cuantos elementos honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada a asegurar en la paz y el trabajo”, no la insolente victoria de una agrupación imperante, no el reparto cerrado de empleos y provechos entre la milicia privilegiada y los cómplices literarios que hubieran fungido de escribientes de la invasión, que es en lo que paran los liberales sin coraje en mano de los liberales corajudos, no en el manejo de los asuntos de todo el país, en que todo el país tiene derecho al voto y a la acción, por una parcialidad pretenciosa que prescindiese de él so capa de servirlo, no en el mando y bienestar de los cubanos ensoberbecidos e hinchados de la emigración, sino “la felicidad de los habitantes de la isla”. Dos alas tiene el ejército redentor de Cuba: ¡y es el oficio del gobierno español, oficio fino e infeliz de veras, el meter el puñal de la desconfianza entre las dos alas!

Yerran.—El ansia, y el encargo expreso, de “no poner en riesgo innecesariamente las vidas cubanas”,—frase que debe en verdad, ella sola, mover a estimación y ternura, y a cariño de hermanos, a los cubanos de la isla para con los cubanos de afuera,—podrá, aún en los casos más indicados y conspicuos, demorar, hasta el instante pleno y seguro, el convite desinteresado y viril de los cubanos de afuera, del Partido Revolucionario Cubano, a los cubanos de adentro: pero ¿qué corazón tan pobre y negado será aquel adonde, sin necesidad de papeles expresos y peligrosos, no llegue la voz humilde y suplicante de nuestros corazones? La prudencia vulgar manda, y el cariño efectivo, quitar pretexto y víctimas al gobierno astuto que, desde la orgía hasta el aula, otea y persigue al que lleva, en los ojos siquiera, la chispa del patriotismo; ¡pero no hay un mérito cubano, por escondido que ande en los rincones

provinciales, por olvidado que parezca de los cubanos de la peregrinación, que no sean agasajado con orgullo, orgullo que se enseñará en el día propicio, por estos cubanos de afuera a quienes acongoja el miedo de que la podredumbre que el gobierno injerta en la vida del país llegue a ser tanta, que no haya al fin tierra donde brillen como deben el genio y la virtud a que queremos dar casa segura en tierra propia! Limpiar queremos la tierra adorada del vicio español, para que impere, no sólo la virtud que nosotros le llevemos, sino la virtud que se haga en ella. ¡Ni de nombres de partido, ni de equivocaciones pasajeras aunque parezcan durables; ni de la diferencia de nuestras ideas corrientes nos guiamos, sino de un amor, que tiembla y que vela, por los que de buena fe, y con la misma pasión nuestra por el bien de los hombres, padecen y aspiran, con ansias de hijo preso, en la tierra adorada! Nuevo queremos el carácter, y laborioso queremos al criollo, y la vida burocrática tenémosla por peligro y azote, y bregaremos por poner la tierra abierta, con el trabajo inmediato y diverso, a la vida natural, que es en la república la única garantía del derecho del hombre y de la independencia del país; pero esta fatiga por hacer al cubano entero y venturoso, este afán de familia porque la casa donde hemos de vivir sea respeto del mundo, y valla de los vecinos, y mueva a la amistad que inspira más que al desorden y desdén que espolean la codicia, este ruego entrañable por que se refrene, y se quiebre como un vaso de veneno, esa vida gacetilleril y torera que no podrían ver sin cubrirse el rostro iy volver, muertos entonces de veras, a sus sepulturas! nuestros padres augustos, ese pesar con que vemos la familiaridad dañina, no con el español que nos ayuda a levantar la tierra, sino con el español que viene a podrírnosla, no esconden de nuestros ojos vigilantes el mérito crítico, la cultura vasta, y el patriotismo del cubano de la isla, tan fervoroso y limpio, tan preparado y pronto, tan

varonil e impaciente como el nuestro. ¡Sentimos latir aquellos corazones, y no laten de diferente modo que los nuestros! Con lengua de traidores debe escribirse en la historia de un pueblo el nombre de quien anteponga la autoridad de su persona o de su camarilla a la concordia y unificación de su país.

¿Y no lo saben ellos? Puede la alta policía, que emplea todos los sexos y empaña el lustre más puro, acordarse, a divorciar almas, en las redacciones de periódicos; serpear, como crítico desentendido, por hoteles y parques; deslizarse, acibarada, en la conversación de los santos recuerdos; azuzar el miedo natural del hombre a que se le desconozca o merme la autoridad que conquistó con su virtud; estimular en las agrupaciones apretadas por la larga comunión, el recelo de una agrupación que pudiera negarles, por intereses de cónclave y deudas de compañerismo, la autoridad y representación que tienen ya como derecho inherente, y como costumbre; torcer la denuncia sagrada del tósigo que se come a la isla,—de la vida baja del chinchón y el madroño que empobrece y desvía los caracteres,—de modo que el azote al conquistador parezca insulto y desdén a los mismos de cuyas espaldas se quiere sacar la conquista a latigazos: puede todo eso la alta policía. Y el cariño verdadero, que se muestra principalmente por el sacrificio de sí propio al bien de los que se quieren, puede ir hasta acallar por sistema las más naturales y afectuosas efusiones, y deponer el gusto de ir trabando de afuera útiles y deseadas amistades, antes de comprometer con ellas a cubanos de virtud tan segura, que no han menester que se la lisonjee y cultive para que yerga entera a su hora. ¡Hay cartas que no se escriben, y cariños que no se dicen, y mensajes que, aún no mandados, llegan! Pero aquí vivimos con el corazón abierto a todos los derechos, y a todos los méritos, y a todas las glorias, de nuestro país; con el corazón puesto de mesa, para que se sienten a él, aun

cuando fueran a maltratarlo y devorarlo, todos los que de veras amen a Cuba, aunque vengan a su amor con menos fe y con fin diverso, y vinieren de opuestos caminos con la certeza, de sólida república, de que en un país de varios intereses y factores y de defectos por cierto período poderosos e influyentes, la paz del país depende del trato amigable y representación relativa de los intereses varios y factores, y aún de los defectos de cuyo poder e influjo no se pudiera prescindir. Aquí, bien lo saben ellos, nos juntamos, con júbilo profundo, a saludar, donde no corra riesgo inútil, al cubano de la isla que nos trae, con el desaliento natural de la virtud rodada de humillaciones, el mérito esencial que en el instante de somatén acudirá a la bravura redentora, a la idea definitiva e inextinta. Aquí, cuando de allá viene la poesía o el carácter, le ponemos mesa de honor, y nos juramos en sigilo la hermandad. Aquí, si aún no nos deja la pobreza amarga tender los brazos de una vez, y redimir, a la virtud que vive allá ofendida, colgamos, en los días de esperanza, con su efígie nuestras casas y fiestas, y le reservamos, en los pechos y en los consejos, su asiento de luz. Aquí nos encararíamos, vigilantes, contra los que, restando de sus cálculos soberbios el derecho de los cubanos de la isla a la voz y a la acción en los sucesos de la isla, y sobre todo en los que han de acarrear violencia y muerte, no vieran en la campaña de independencia el modo de devolver a todos los cubanos sus derechos, sino de ejercitar derechos especiales, y señorío vejatorio, sobre algún número de cubanos. Aquí somos la vigilancia y el amor, la cordialidad y la centinela, la pasión, sazónada por el juicio, de cuanto lleve con decoro el nombre de cubano: aun lo que lo mancha nos es querido, porque es nuestro, y nos mueve con el deber del médico a la enfermedad. Aquí marcaríamos, como culpable de parricidio, a quien, por arrogancia de partido o bandería de lugar, se alzase como desdeñoso superior,

con la soltura fácil del destierro libre, sobre el cubano que padece y prepara, con nuestro mismo brío y nuestra misma honradez, en el peligro de la colonia homicida. Desde aquí, con el contento de su leal juventud, andamos por entre aquellos estudiantes. Desde aquí, con firmeza que no llegará nunca al egoísmo ni al enojo, departimos con aquellos pensadores. Desde aquí, orgullosos de su fidelidad, tascamos la ignominia con aquellos héroes. Desde aquí, como hermanos impacientes y angustiados, les tendemos la mano de la esperanza, les ponemos la mano de la esperanza sobre el hombro, a la hora en que se sientan, como sin guía y sin fe, a morder su dolor. ¡Y tan apretadas están las dos alas del ejército de la independencia, los cubanos de afuera y los cubanos de adentro, que no podrá meter entre ellas el puñal la policía española!

4 de junio de 1892

(Martí, 1975, t. I: 475-481)

CARTA A GERARDO CASTELLANOS

*Sr. Gerardo Castellanos**

Gerardo querido:

Entra, para los trabajos finales, el comisionado que, si no ha despertado ya sospechas, va a la Habana con objeto especial; y quiero que

* Primer comisionado por Martí a Cuba, después de constituido el Partido Revolucionario Cubano. Véase la biografía de este notable e íntegro patriota, escrita por su hijo, el señor Gerardo Castellanos, con el título *Soldado y Conspirador*. Las líneas de puntos que aparecen en esta carta corresponden a la falta de texto por hojas perdidas o dañadas por el tiempo.

esta carta quede esta noche en el correo. ¿Qué le tengo que decir? Explique la grandeza, la extensión y la energía del Partido. Recalque hoy que, como con Vd. en Las villas, está organizando la Isla entera. Conózcame todos los elementos revolucionarios de Las villas, y los hombres e ideas locales con que haya que combatir. Ordéneme los elementos revolucionarios, de modo que en cada región quede un núcleo, y queden en concierto y al habla los núcleos de las diversas regiones, y todos en ellos en comunicación regular, — procurada por ellos para evitar riesgos, — con el Delegado. Y si cabe, abra fuentes de fondos, donde haya hombres para esto, y no los haya para más. A Lagomasino, explíqueme bien el plan del Partido, para que con la esperanza de cosa mayor, refrene su impaciencia noble. Mándeme la dirección de Cuba a que, con disfraz suficiente y sólo para Vd. claro, pueda mandarle algún nombre más, y la dirección mía que hayan de poner a las comunicaciones. Que va adelante la tarea de allegarnos la voluntad de los españoles. Que no maltratemos, ni excluirnos, a los autonomistas que quieran venir a nuestro campo, y a quienes miramos ya, y hemos mirado, como soldados de la independencia, mal aprovechados por unos cuantos políticos incompletos, desconocedores de las fuerzas prácticas y problemas verdaderos de la Isla, y más amigos de la autoridad fácil e intrigante que del sacrificio necesario. Que estos mismos políticos, aun cuando no puedan mudar de carácter, estarán y deben

estar a nuestros ojos, limpios de pecado, hasta la reincidencia, con el mérito de decidirse, al fin, a declararse independientes. Que no procuramos, por pelear innecesariamente contra el anexionismo imposible, captarnos la antipatía del Norte; sino que tenemos la firme decisión de merecer, y solicitar, y obtener, su simpatía, sin la cual la independencia sería muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener. Que de ningún modo queremos promover, ni una guerra parcial de arriba, que deje sin representación suficiente a los elementos populares sin los cuales es imposible, ni en Cuba ni en parte alguna, la revolución, — ni una guerra parcial de abajo; que para hacerse de prosélitos, contraiga compromisos inmorales y funestos con unas clases de la sociedad contra otras, y con las incultas contra las cultas. Que esto propalan pícaramente, de miedo a la revolución, los que desean hallar excusa a su inacción o cobardía, o temen, por no haberse significado a tiempo, quedarse sin parte bastante de autoridad y gloria en una guerra que no han querido ayudar,—o evitan, satisfechos con su gloria pasada, cumplir hoy con el deber que su reputación y su historia les imponen;—pero que esas acusaciones,—que en su conciencia saben ser inmerecidas,—de demagogia, anarquista o negra,— lo mismo que la de los peligros de la revolución militar, de que es nuestro Partido mentís vivo,—no son más que excusas que inspire el miedo a tener que cumplir con su parte de deber en la revolución. Y sobre lodo, Gerardo, acorráleme

esa revolución hipócrita, a que acudirían en último extremo los políticos incompletos si les falla, como les está fallando, su tentativa despreciable e impotente de anexión, esa revolución hipócrita, sin la verdad y fuerza revolucionarias suficientes para su triunfo, sin la cordialidad y moderación y equidad indispensables para mover la guerra y para ganarla,—y cuya hipocresía ya sabe Vd. que tiene en Las Villas el único jefe que en toda la Isla simpatiza de veras acaso con revolución semejante. Predíqueme, sin ira, pecho a pecho, el peligro de entrar, a la loca y sin fin, en esa revolución de última hora, que no quieren ordenar los mismos que tienen decidido valerse de ella en último recurso, y no llevaría a la guerra más preparación que la presuntuosa e insuficiente del villareño a que aludimos*, —y no el país, generoso y pleno, que preparamos nosotros. Cérqueme ese peligro, el peligro de que esta mala revolución, con el caudillo conocido, se nos coma Las Villas. Ni me lo irrite, ni se me le entregue. Álcele los obstáculos que son necesarios y justos, pero cariñosamente, y por el bien del país, sin darle razón para que se dé por perseguido o excluido, puesto que no lo puede ser ni debe serlo, sino de modo que la entrada en nuestro campo le sea fácil luego, sin que tenga derecho para alzarse de él por el pretexto de enemistad

* Marcos García.

o de mal trato. Este es punto principalísimo de su misión; porque ya es grave hoy, y sus consecuencias, caso de ir mal atendido, serían mucho más grave mañana. Vd., por supuesto, verá allá el jefe que tiene pocas paces con éste, y casi tanto crédito como él, y le seguirá de cerca las pisadas.

De personas ¿qué le diré? Eso Vd. lo conoce mejor que yo. Puede decir que de Las Villas es de donde, personalmente, he recibido pruebas más numerosas de la preparación del espíritu público a la guerra. Holguín y Baracoa no están flojos por Oriente; pero pruebas menudas, son muchas las que he tenido de Las Villas. De Sagua sé menos, aunque Emilio Núñez, si Vd. lo ve allá, o yo lo veo aquí, nos dirá la verdad, y sé que en el ingenio de Rafael Alfonso hay un viejito muy útil y dispuesto, y más gente del campo que él conoce. A Carrillo, por supuesto, —que no sabe de mí lo que pudiera y ha solido mostrármeme reacio, —dígamele mi corazón y mis hechos, y mi viaje a Santo Domingo, y la disposición de Gómez. De Sancti Spíritus y Villa Clara, Vd. sabe más que yo. Pero sí he de decirle de Cienfuegos. Creí al principio que allí sólo mostraba simpatía decisiva el elemento humilde de la población, donde hay verdadero entusiasmo, aunque no sé si Federico Zayas, que tiene tienda cerca de C. (Cruces) y su influjo en Puerto Príncipe, es tan fervoroso como me lo pintan, ni si Luis Yero, que está en las milicias y dice tener, y suele enseñar, 200 rifles, es hombre de fiar y de tino, todo lo cual verá Vd.

A Las Villas, a la dirección que Vd. me diga, le enviaré la lista corregida que quedó en traerme hoy Agapito Loza, joven excelente, amigo de Rousseau, el que estaba en La Verdad, y cuyo nombre no saco al público porque su pureza y juicio pueden luego sernos allá útiles, junto con la aparente humildad de su discretísima persona. Loza conoce en Cienfuegos su buen grupo de quince, de persona propia. Pero a mí me consta, por otros, que en el campo hay mucha y franca disposición; que a Patria se la arrancan de las manos, y la leen como un oráculo; que un dueño de finca, hombre de peso, bajó a la ciudad a ver qué había de cierto, y a ofrecer su ayuda y la de su gente; que todo el central “Manuelita”, con su dueño Reguera a la cabeza, sigue nuestro movimiento con ansia, y se declara ansioso de la revolución. Véame a este Reguera.

.....
.....

que les acerca la Isla, que de la revolución independiente, que se las aleja. ¿Ni cómo ha de convenirnos, ahora que empezamos con la forma vasta y nueva, que nos enseñe ante el país como meros parlanchines, y capaces sólo de esfuerzos insuficientes, como los desacreditados ya, y por donde saben que la Isla nos tiene temor, la misma Isla revolucionaria?

Muy bien tramada venía la persecución, y yo le he cortado los primeros hilos; pero de allá es de donde me han de ayudar, para no dar hechos que permitan al enemigo probar su afirmación. ¿Si todo lo podemos hacer, y con este país de nuestro lado, a qué comprometerlo

todo por exterioridades que no suponen capacidad ni prudencia?

De la manifestación firmada le hablaría, pero ya la espero, y con verdadera ansia, porque por ella tendrá todo su valer el manifiesto del Partido al país, que el no tener la manifestación ha demorado, y porque ella favorecerá la obra de los comisionados.

De la comisión de Vd., ¿necesitaré decirle algo que ya no hayamos hablado? El espíritu de todo, el espíritu continuo, lo que me ha de llevar en toda forma y a toda hora el entendimiento receloso de nuestros mismos amigos, —y de los más valiosos, puesto que con esos mismos celos demuestran serlo—es que, a la vez que movemos cielo y tierra.....

.....
.....

Pocos hombres, amigo Gerardo, pudiesen llevar con éxito la misión que le he echado encima, porque pocos han aprendido la necesidad de dirigir el valor, y de unir al entusiasmo por las ideas nobles el conocimiento menudo e implacable de la naturaleza humana. Vd. lo junta todo, y yo anhelo para mí el tacto y el juicio con qué sé que reunirá Vd. a todos los elementos útiles de esas Villas decididas y bravas.

Lo ofendo con más discursos. Véame consumido del ansia, y tráigame noticias que me pongan contento. Yo, en su ausencia, procuraré ser digno de mi comisionado.

4 de agosto de 1892.
(Martí, 1975, t. 2: 85-89)

CARTA A MARTÍN MARRERO

Sr. Martín Marrero

Querido compatriota:

Convencido de su patriotismo y aptitudes me dirijo a Vd. Tenemos que salvar la Patria, y para ello es necesario buscar, recoger y organizar este movimiento separatista, que en Cuba desordenadamente brota; para afrontar una revolución que será tanto menos duradera y dolorosa, cuanto mayor y unánime sea el esfuerzo empleado: armar a los decididos, convencer a los indecisos y avisar a todos los buenos, para que no sean sorprendidos; esa es la misión que a Vd. le queda encomendada.

Estos trabajos se harán aisladamente, y para ello en cada Término Municipal habrá un delegado, el que se concretará única y exclusivamente a su Término, sin conocer ni relacionarse con los trabajos de los otros. No obstante ésto, llegado el momento, el movimiento será unánime, simultáneo en toda la Isla y ésto se hace con el fin de que si por cualquier causa es sorprendido uno, el gobierno no tome el hilo de la conspiración.

Para la dirección y vigilancia de estos trabajos, habrá un Delegado General para toda la Isla, con poderes para resolver en todos los casos, el que transmitirá las órdenes por conducto de los Delegados Provinciales, con el cada uno de Vds. se entenderá directamente. Y para facilitar su cometido queda Vd. autorizado

para hacer recolectas y utilizar todos los medios hábiles que estén a su alcance.

Saludo a Vd. y en Vd. a todos los buenos cubanos de su Término.

Mayo, 1893 (Martí, 1975, t 2: 325)

CARTA A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos,
18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio he tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ése de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de

cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del Herald que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del Herald, Eugenio Bryson: —de un sindicato yanqui— que no será—con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; —incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra

de gobierno. Y de más me habló Bryson,— aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,— y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.—Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo

defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré. —Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle;—alzamos gente a nuestro paso;—siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército,

sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—a misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! Qué engaño es éste y qué

alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena el día!

*Hay afectos de tan delicada honestidad... **

18 de mayo de 1895
(Martí, 1975, t. 4: 167-170)

* Es de suponer que Martí interrumpió la escritura de esta carta y su muerte en combate al día siguiente, 19 de mayo de 1895, impidió terminarla.

El Agente General Luis y la Agencia General Revolucionaria

José de Jesús Ramón de la Candelaria Pons y Naranjo, *Agente General Luis*, nació en Santa Clara, el 2 de febrero de 1859. Fue bautizado el viernes 18 de marzo de dicho año en la iglesia del término de la referida ciudad por el cura Francisco Claros y Río. Sus padres fueron Ramón Pons, natural de Valencia, España y Serafina Naranjo, natural de Santa Clara. Y sus abuelos paternos: Ramón y Rosa. Tuvo un hermano llamado Ignacio, quien fue maestro en propiedad de la Escuela Elemental completa para varones, del pueblo de Rodas, en Santa Clara. Sus tres hijos: Ignacio, José y Ramón Pons y Blanco, completaron su familia.

Según él, vivía en la calle de la Gloria, casi esquina a la calle de San Francisco Javier, en Villa Clara. Era de origen muy humilde. Por tal tazon creció entre necesidades y desde muy niño conoció el trabajo. Hizo sus estudios primarios y se graduó de bachiller en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara. Consideramos significativo señalar que según certificado expedido el 8 de octubre de 1891 por Don Gabriel Pichardo y Pichardo, catedrático y secretario del referido Instituto y tomado del expediente que

existía en el Archivo de esa Secretaría, este se hacía llamar Cándido. (Archivo Nacional, 1891)

Posteriormente se trasladó hacia la ciudad de La Habana, su nuevo lugar de residencia. Aquí parece que hizo gestiones para ingresar a la Universidad según se aprecia en una carta manuscrita del director del instituto de Santa Clara, fechada en dicha ciudad, el 20 de octubre de 1891, y dirigida al rector del referido centro, donde le informa que le envía el talón correspondiente a la inscripción de Grado número 24 del alumno D. José de Jesús Ramón de la Candelaria Pons y Naranjo haciendo constar que había verificado los ejercicios reglamentarios para obtener el título de bachiller. A este documento lo acompañaba la partida de bautismo, en la que le explicaba al rector que a pesar de llevar el nombre y apellidos antes mencionado, firmaba en todas las inscripciones, solicitudes de matrículas y ejercicios de Grado de Bachiller con el nombre de Cándido. (Archivo Nacional, 1891)

En la década de 1890, cuando José Martí preparaba y organizaba a los cubanos para el inicio de la Guerra Necesaria, Pons y Naranjo se desempeñaba como representante general del periódico La Discusión, en cuyas páginas publicó algunos artículos periodísticos. Las características de su trabajo lo hacían viajar por todo el país y además eso le permitía establecer muchas relaciones y conocer los más apartados rincones de nuestra tierra. Todo lo anterior le resultó de mucha utilidad en sus actividades patrióticas, sobre todo a partir de 1895.

Al calor de la intensa actividad conspirativa y patriótica que se realizaba en la Isla bajo la orientación del Partido Revolucionario Cubano y de su Delegado, se crearon —como ya se ha dicho—, numerosos clubes y organizaciones clandestinas en el país como fueron por ejemplo: la Junta Revolucionaria de La Habana, el Comité Secreto de Santiago de Cuba, dirigido por

Emilio Bacardí y el club Moncada de la misma heroica ciudad, el club Juan Bruno Zayas de Santa Clara, fundado por Rafael Lubián, Agente Norte, y el club Panchito Gómez Toro, de Cienfuegos.

Pero, sin lugar a dudas, la más importante agencia de espionaje de la Guerra Necesaria y de todo el proceso independentista cubano desde 1868, fue la fundada en la calle Crespo número 27 en la ciudad de La Habana, el 5 de enero de 1895, por José de Jesús Ramón de la Candelaria Pons y Naranjo y un grupo de patriotas, bajo las orientaciones directas de José Martí y el General en Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez. Dicha agencia, bautizada con el nombre de Agencia General Revolucionaria de Comunicaciones y Auxilios, eligió como su jefe principal a Pons y Naranjo o Cándido, quien a partir de ese momento fundacional adoptó el nombre ahora legendario de Agente General Luis.

El contenido del acta de fundación de la Agencia General Revolucionaria, de Comunicaciones y Auxilios, por su interés histórico, aparece a continuación:

En la ciudad de La Habana, a los 5 días del mes de Enero de 1895, y previa invitación hecha personalmente por el ciudadano José de J. C. Pons y Naranjo, nos congregamos los que abajo firmamos en la casa calle de Crespo número 27, Alfredo Presas Morales, Juan García Martí, Federico de León, Lcdo. Nicasio Estrada y Mora, Isidro F. Boada, Fortunato Caillet y Viamonte, Pedro Benítez, Alfredo Martín Morales y José de J. C. Pons y Naranjo.

El Sr. Pons explicó el objeto de esta reunión, y quedó constituida la Agencia General Revolucionaria, de Comunicaciones y Auxilios en esta Capital. Fue designado Presidente el

ciudadano Sr. José de J. C. Pons y Naranjo, y secretario el ciudadano Alfredo Presas de Morales, los que tomaron posesión de sus cargos.

Se acordó que el Presidente organizara los trabajos revolucionarios a su entera libertad, y según las necesidades de la Revolución y mandatos del General en Jefe del Ejército Libertador, Mayor General Máximo Gómez.

Se dio por terminado este acto siendo las siete de la noche.

Juan García Martí, Lcdo. Nicasio Estrada Mora, Fortunato Caillet y Viamonte, Federico de León, Isidro F. Boada, Pedro Benítez, Alfredo Martín Morales, Alfredo Presas de Morales y José de J. C. Pons y Naranjo. (Revista Patria y Libertad, 1916)

Veintiséis días después de fundada la Agencia, José Martí escribió una carta al Agente General Luis:

Al fin felicito a Vd. por la fundación de la Agencia General Revolucionaria en esa ciudad. Vuestra obra de organización ha quedado perfecta de San Antonio a Maisí.

¡Cuánto trabaja Vd.... cuánto aún nos queda por hacer!

Cuándo será el día que le pueda abrazar en la patria libre y feliz... qué día más venturoso ¿no es verdad?

La libertad viene hacia nosotros, la veo, la palpo... La sangre vertida en el 68 fertilizó los corazones e hizo surgir nuevos caracteres... Vd.

era un descreído y sin embargo hoy cree y es uno de los mejores servidores del ideal.

Adiós, hasta la otra que será... enseguida.

Le abraza,

José Martí (1975, t. 4: 53)

Esta agencia, estructurada teniendo en cuenta la situación de Cuba colonial y las necesidades de la guerra, fue una verdadera institución de espionaje. Sus miembros o agentes estaban distribuidos por todo el territorio nacional, particularmente en las estaciones de ferrocarril, puertos y correos, pues esto les permitía obtener información de movimientos de tropas, operaciones y otras cuestiones de interés de los patriotas cubanos. Los agentes también se encargaban de hacer llegar la correspondencia mambisa a sus objetivos, traslado de armas, municiones, alimentos, medicinas, ropa y calzado, así como se infiltraban en las filas españolas, recibían y atendían emisarios del campo insurrecto y del exterior. El Agente General Luis era atendido por el Cuartel General del Ejército Libertador y directamente por el general Máximo Gómez. Igualmente mantenía la comunicación y recibía orientaciones de la Delegación del PRC en el exterior. Hay numerosa información de sus vínculos y servicios a todos los principales jefes de los cuerpos de ejército. Baste decir que el Agente General Luis tenía penetrado al cónsul general de los Estados Unidos en Cuba, general Fihzhugh Lee y al vicecónsul, Sr. José A. Springer, durante el mando del general español Valeriano Weyler. Igualmente había penetrado al hermano del vicecónsul, Santiago Springer, cuando este era agente consular en Cárdenas. De sus actividades con dichos funcionarios diplomáticos norteamericanos mantenía informado personalmente

al general Máximo Gómez. La disciplina y la discreción estaban impregnadas de manera increíble en el Agente General Luis y los demás miembros de su Agencia General Revolucionaria. Tenían un alto sentido de la responsabilidad que pusieron al servicio de la Patria.

El Agente General Luis mantenía contactos con otras agencias y clubes revolucionarios para realizar un mejor trabajo y coordinar determinadas operaciones. Así por ejemplo, puede señalarse el caso del coronel del Ejército Libertador, Fernando Méndez Miranda:

En el mes de noviembre de 1897, el coronel del Ejército Libertador Fernando Méndez Miranda, recibió la misión del General en Jefe de llevar a los Estados Unidos un grueso volumen de correspondencia que iba dirigida al PRC. Para cumplir esa difícil tarea se valió del concurso de los agentes secretos de la ciudad de Caibarién y de los miembros de la Agencia General Revolucionaria que operaban a todo lo largo de la Isla.

El 16 de diciembre de 1897, Méndez Miranda fue infiltrado clandestinamente en Caibarién por un agente secreto. Allí lo afeitaron, pelaron al rape y cambiaron de vestimenta con el fin de despistar a las autoridades españolas. Tres días después fue conducido a la casa de María Escobar la agente Vencedor, que organizó su salida por ferrocarril.

A su llegada a La Habana, Méndez fue atendido directamente por el agente Luis, quien colocó junto a él a uno de sus ayudantes para que viabilizara, al oficial mambí, su salida al exterior.

Pocos días después salía legalmente por el puerto de La Habana el coronel del Ejército Libertador Fernando Méndez Miranda. Los agentes secretos de la Agencia General Revolucionaria le habían preparado su estancia en la ciudad y su salida al exterior. Quedaba así burlada la policía española.

Operación similar realizaron a mediados de 1897,

en estrecha colaboración con la Junta Revolucionaria dirigida por Perfecto Lacoste, cuando facilitaron la salida a través del puerto de La Habana del general insurrecto Rafael de Cárdenas que había entrado a la capital disfrazado de campesino y en un carro de leche guiado por el agente revolucionario Alejandro Hoeb Debeche.

(Barrios, 1988: 110-111)

Cuando se produjo la caída en combate del general Antonio Maceo, el 7 de diciembre de 1896 y el Agente General Luis se enteró de tan grave noticia, mostró su preocupación ante el temor de que este terrible acontecimiento afectara el ánimo y disposición combativa de los patriotas cubanos y rápidamente convocó a la dirección de la Agencia General Revolucionaria, según acta de la organización, fechada el 11 de diciembre de 1896.

Con esta fecha y siendo las siete de la noche, nos reunimos en la calle de Crespo número 27, los señores José de J. C. Pons y Naranjo, Fortunato Caillet, Juan García Martí, Rafael Ramírez, Isidro Fernández Boada, Pedro Benítez, Alfredo M. Morales y E. Malgrat, comisionado este último de la agencia “El Diablo”, de Caibarién. Dicho comisionado trae pliegos urgentísimos del Cuartel General para el Lugarteniente General Antonio Maceo, y dice que regresará mañana a primera hora para su residencia.

El Presidente dice que ha citado a todos los señores que pertenecen a esta agencia con el fin de comunicarle la grave y triste noticia de haber sido muerto el General Antonio Maceo y su ayudante, el hijo del General en Jefe, que ha recibido estos informes por un campesino de su absoluta confianza.

La consternación que esta desgracia nos produce es tal, que se acuerda a petición del Sr. Juan García Martí, que se debe en todos los lugares y cuando sea divulgada esta noticia por nuestros enemigos, desmentirla categóricamente, a fin

de que no decaiga el ánimo patriota.

El Sr. Presidente lee una carta del delegado Tomás Estrada Palma y se acuerda a petición del Sr. Pedro Benítez, que tanto esta carta, como la enviada por José Martí, en 31 de enero del año próximo pasado 1895, sea copiada en esta acta literalmente para que conste en el Archivo de la Agencia.

(Copia de la carta de Palma)

Agente General Luis:

He recibido la visita de mí comisionado al campo de la lucha, Coronel Fernando Méndez Miranda, el cual está lleno de admiración y cariño hacía Ud.

Me informa y tengo el gusto de repetírselo, que su gestión cerca del Cónsul Norteamericano es de un valor y eficacia extraordinaria para nuestra causa.

Cada día estamos más cerca del fin de esta lucha de justicia.

Creo que se avecinan acontecimientos de importancia, los cuales serán de sumo interés para nuestra independencia.

Le entregué la comunicación del General Máximo Gómez, al Sr. Rubens y me dijo la contestaría en el próximo día, comuníquesele.

Hace un mes que no tengo noticias del General A. Maceo, dígame algo de él. Cuando el Coronel Méndez vuelva a salir lo verá a Ud.

Adiós, y sabe le quiere,

Tomás Estrada Palma

(Archivo del autor)

En la mencionada reunión, que presidió el Agente

General Luis y según el acta citada anteriormente, se acordó también comunicarle a Estrada Palma y al General en Jefe la muerte de Antonio Maceo. Igualmente se señala en ella que el Agente General Luis reiteró que ahora más que nunca era necesaria la unión y laborar más enérgicamente contra el enemigo. Se acordó también remitir al Agente Norte 200 000 píldoras de quinina, para el Cuartel General, 100 000 para el agente Jimaguayú y 50 000 para el agente Número 15 A. C.

Sin duda alguna, fue muy importante el servicio prestado a la Patria por el Agente General Luis y su Agencia General Revolucionaria, de Comunicaciones y Auxilios durante toda la guerra de 1895 a 1898. Sin embargo, hay que añadir que aún después de finalizada esta última gesta y con los norteamericanos ocupando nuestro territorio nacional, él y su agencia siguieron sirviendo a la causa cubana y asumieron una actitud crítica frente a los males de la República neocolonial que se le impuso por la fuerza al pueblo cubano.

Debido a la situación creada después de la intervención yanqui, la Asamblea de Representantes del Cerro, hizo lo indecible con el propósito de que el Generalísimo apoyara sus gestiones para lograr un préstamo de los Estados Unidos que ascendía a veinte millones de pesos, con el objetivo fundamental de atender el licenciamiento de los combatientes del Ejército Libertador. Pero Máximo Gómez que siempre vio con malos ojos la intromisión de los yanquis en nuestros asuntos, se negó rotundamente a recibir préstamos que luego pudieran comprometer nuestra soberanía e independencia. Incapaz de comprender en toda su dimensión la digna posición del viejo veterano, la Asamblea de Representantes del Cerro acordó, el 11 de marzo de 1899, destituir en el cargo de General en Jefe del Ejército Libertador al internacionalista

dominicano que había consagrado su vida a la causa de Cuba. En respuesta a tan funesta decisión de la Asamblea de Representantes de la Revolución, el pueblo de la ciudad de La Habana se lanzó a las calles para apoyar al Generalísimo. Y fue precisamente la actitud del Agente General Luis y sus compañeros, los que contribuyeron y organizaron aquella memorable e inolvidable manifestación de desagravio y apoyo al viejo veterano, se celebró en la Quinta de los Molinos donde residía el glorioso mambí desde su entrada a la capital de la Isla. Nuestra afirmación puede corroborarse con la siguiente reunión convocada por el Agente General Luis en su casa particular:

Enseguida que tuve la certidumbre de este grave acuerdo de la Asamblea, cité y se reunieron conmigo los siguientes amigos en mi casa, calle del Águila —hoy Rafael Ma. de Labra— núm. 34, altos, a las 6 de la tarde: Alfredo Martín Morales, Dr. Adolfo Cabello, Ricardo de la Torriente, Agustín García Osuna, Rafael García Osuna, Gustavo Martínez, Miguel Verna, A. Espinal y Benito Lagueruela.

Se acordó: invitar al pueblo de La Habana, para celebrar una imponente manifestación de adhesión y cariño al viejo, invicto y glorioso caudillo, que tan poderosamente contribuyó a la libertad jurídica de la tierra querida.

En el acto se hizo la solicitud del permiso para la manifestación, que firmamos todos y yo en persona la llevé al Sr. Gobernador Civil, que lo era en esa época el Dr. Federico Mora, agente revolucionario, cuyo seudónimo era el Cónsul, y había sido uno de los fundadores de la Agencia Revolucionaria.

Se nos concedió el permiso solicitado que,

copiado literalmente, dice:

Gobierno Civil de La Habana.

Oficial

Habana, Marzo 13 de 1899

Sres. Alfredo Martín Morales y demás solicitantes.

Señores.

De orden del Sr. Gobernador Civil, comunico a Vds. La siguiente resolución: "Accediendo a lo solicitado por los Sres. Alfredo Martín Morales, José de J. C. Pons y Naranjo, A. Espinal, Adolfo Cabello, Ricardo de la Torriente, Miguel Verna, R. Osuna, Agustín G. Osuna, Benito Lagueruela y Gustavo Martínez, se autoriza a dichos señores para que puedan llevar a efecto en el día de mañana a las 5 de la tarde, la manifestación que proyectan en honor del Gral. Máximo Gómez, y la que partiendo del Paseo de Carlos III habrá de dirigirse a la Quinta de los Molinos. Póngase en conocimiento del Jefe de Policía para que tome las medidas oportunas a fin de que se conserve el orden público en dicho acto.

(f) C. De la Torriente
Secretario del Gobierno Civil

También se acordó, en la reunión citada, que yo pusiese el siguiente telegrama a todos los Agentes Revolucionarios de la Isla:

Asamblea destituyó de su cargo General en Jefe. Pueblo sin distinción clases, esta capital incondicionalmente al lado Libertador. Organizase imponente manifestación de

protesta. —Pons.

En todos los pueblos de la Isla fue secundado el acto de protesta de La Habana.

No recuerdo haber visto una manifestación más grandiosa; brotaba la protesta popular de la propia manera que el agua cristalina del manantial..... y cuando este acto estaba en su mayor esplendor, la policía arremetió, club en mano, contra el pueblo, resultando más de un herido; y de no haber sido por la pronta intervención del General Alejandro Rodríguez, hubiese habido algunos muertos.... Todo quedó, al fin, en calma, llegando la grandiosa manifestación a “La Quinta de los Molinos” donde residía el caudillo, y, aquel pueblo, lleno de júbilo, se puso incondicionalmente al lado del Padre de la Patria libre.

En este acto, y designado por el General Máximo Gómez, dirigió la palabra al pueblo el sabio cubano Dr. D. Carlos de la Torre.

Todos los gastos que se ocasionaron fueron abonados por los amigos que aparecen en el permiso de la manifestación y por D. Perfecto Lacoste, que contribuyó con la suma de 106 pesos.

José de J. C. Pons y Naranjo
(Archivo del autor)

Es de suma importancia este documento que acaba de ser citado, pues en ninguno de los libros de Historia consultado, este episodio relacionado con el general Gómez, se menciona y realmente aquí queda aclarado

que dicha manifestación no fue tan espontánea como se afirma en algunos textos. Fue muy acertada la decisión del Agente General Luis, a favor de su jefe superior, a quien estimaba y sobre todo consideraba por los servicios que hubo de prestar a la patria.

El Generalísimo, en una carta que le envió, fechada el 21 de febrero de 1896, le expresó:

Señor ciudadano Agente General Luis:

Tengo sumo gusto de enviar a usted y demás miembros que forman la Agencia General, mi más espontánea felicitación, por los grandes y arriesgadísimos servicios que están ustedes prestando al Ejército Libertador y a la Patria.

Las comunicaciones, seguras y fáciles que tiene esa Agencia, con los distintos cuerpos de nuestro ejército, es motivo de constante admiración y lo será de eterna gratitud de todos los cubanos amantes de la Independencia de Cuba.

(Revista Patria y Libertad, 1916)

Otra prueba del reconocimiento del general Gómez al Agente General Luis, la constituye el siguiente certificado de Honor que le concedió desde su Cuartel General, con fecha del 31 de enero de 1899:

Cuartel General del Ejército

Atendiendo a que el ciudadano José de J. C. Pons y Naranjo, del Departamento de Occidente, ha prestado durante la guerra eminentes servicios a la Revolución, como Agente General de auxilios y comunicaciones

en la Habana, se le expide el presente.

Certificado de Honor Especial para acreditar el que ha contraído con sus grandes servicios y el reconocimiento que por ellos ha merecido de este Cuartel General.

Cuartel General en Jinaguayabo, a 31 de Enero de 1899.

El General en Jefe

M. Gómez (Archivo del autor)

Y dos días antes de su destitución como General en Jefe del Ejército Libertador, desde su residencia en la Quinta de los Molinos, dirigió otra carta al Agente General Luis, fechada el 9 de marzo de 1899, en la que mostró una vez más la confianza y respeto que tenía en dicho combatiente:

Estimado amigo:

Me urge ver a Ud., le recomiendo ver al amigo Sr. Alfredo Martín Morales, y le diga que deseo verle. Hay que activar la formación del Gran Partido Nacional de que hemos hablado varias veces; Ud. es el llamado a reunir a los buenos amigos, y llevar a término esta obra que la creo patriótica y de utilidad para Cuba. Hay que reunir a todos los hombres de buena voluntad y formar el gran Partido con que soñó Martí. Ud. ha hecho mucho por la independencia de Cuba. Por Cuba algo le queda por hacer.

Yo, en mi calidad de soldado de este pueblo, lo admiro a V. y tengo mucho que agradecerle, Cuba mucho más y entiendo que en el mañana

es necesario ocupe un puesto donde pueda seguir prestando su concurso a la obra de la independencia que aún no está terminada.

Le espera su affmo. amigo y Gral.

M. Gómez

(Archivo del autor)

Ciertamente hay que señalar que el Agente General Luis debió tener muchas cualidades humanas y revolucionarias para que Gómez lo reconociera y elogiara de esta manera, como se desprende de las opiniones recogidas en estos documentos. Sobre todo si tenemos en cuenta que el Generalísimo, por su forma de ser, no se caracterizaba precisamente por elogiar de manera reiterada a sus subalternos y compañeros. Pero hay que añadir también, en honor a la verdad y haciendo justicia, que el Agente General Luis fue digno de esos elogios y nunca lo defraudó. Por el contrario, haciendo caso de su consejo en esta última carta y coherente con sus principios revolucionarios, ocupó el puesto necesario que este le demandaba seguir prestando su concurso a la obra de la Independencia, que según él le manifestara aún no estaba terminada. Ese puesto fue precisamente como fundador, director, redactor, editor, administrador y propietario de la revista *Patria y Libertad*, órgano oficial de la Asociación nacional de Veteranos de la Independencia.

El gran valor, significación y trascendencia de la obra revolucionaria del Agente General Luis, radica, entre otras cosas, en haberle dado continuidad al pensamiento y obra patriótica de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, a pesar de que, con la intervención norteamericana, lamentablemente se frustró la independencia de Cuba. Fueron muchos los que abandonaron sus ideales o renunciaron a ellos y

se acomodaron para beneficio propio, a las nuevas y adversas circunstancias creadas con la República neocolonial, surgida en 1902.

Junto a la gran mayoría del pueblo cubano y los verdaderos patriotas que no se cansaron y continuaron luchando por la independencia verdadera en esa difícil coyuntura histórica, que solo terminó el 1ro de enero de 1959, estuvo en la vanguardia como periodista e intelectual revolucionario en defensa de los ideales de José Martí, el Agente General Luis. Y lo hizo sin descanso desde esa formidable trinchera de ideas — la revista *Patria y Libertad*—a favor de la Patria aún sin ser suficientemente reconocida. Esta comenzó a circular mensualmente en la segunda década del siglo xx, a un precio de diez centavos. A partir de 1917 su circulación se hizo semanal. Era una revista ilustrada en la que siempre se podían encontrar artículos de carácter literario, político, patriótico, revolucionario, social y científico. Hemos consultado y leído todos los números existentes. Lamentablemente, ni en la Biblioteca Nacional “José Martí”, ni en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística está completa la colección; debe responder —a juicio del autor—, a que las autoridades de esa época no estaban interesadas en conservar y coleccionar una publicación tan crítica durante aquellos gobiernos entreguistas, caracterizados por la corrupción, injusticia social y politiquería de entonces. Y esa labor tan encomiable y patriótica a favor de la cubanía y la identidad nacional, se la debemos al Agente General Luis quien no cesó en este quehacer hasta su muerte, ocurrida a las seis de la mañana en su casa de 3ra y F, en El Vedado, el 30 de septiembre de 1933.

Nuestro agente también mantuvo una agitada actividad en defensa de los trabajadores desde su cargo, en 1915, como secretario del Gremio Unido de Tejidos de la ciudad de La Habana y Representante

de la Unión de importadores de Joyería, Relojes y sus similares de la Isla de Cuba. Esta nueva tarea la realizaba simultáneamente con sus obligaciones y responsabilidades en la revista *Patria y Libertad*, órgano en el que también colaboraban y tenían responsabilidades sus tres hijos.

A continuación aparece un fragmento del artículo “Nuestro programa”, aparecido en *Patria y Libertad*, correspondiente al 1ro de septiembre de 1914, siendo su redactor en Jefe el Agente General Luis:

Los veteranos de la independencia no venimos a la arena pública a disputarle a los partidos políticos la dirección y administración del país. No queremos empuqueñecer nuestra misión altruista de fundar una patria libre para todos los cubanos. No queremos dejar de ser los sostenedores de la independencia, los guardianes de la nacionalidad y los que en todos los tiempos hemos estado dispuestos a sacrificarlo todo en bien de la patria. [...]

Seguiremos con el lema de Cubanización y Moralización que nos sirvió de bandera en nuestra campaña veteranista, persuadidos de que la inmensa mayoría del país siente y piensa como los libertadores, y que en cada niño que nace surge una esperanza y un paladín de nuestras ideas que han de quedarse tan arraigadas en la conciencia nacional, que cuando no quede vivo un solo libertador, aún perdurarán los veteranos en sus hijos y en sus nietos.

En este mismo número, aparece el programa de la Asociación de Veteranos de la Independencia, antecesora de la actual Asociación de Combatientes de

la Revolución, que presidió, en vida, el Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque.

Otro artículo escrito por el Agente General Luis, titulado “Lo que debe ser la prensa periódica en la sociedad actual”, correspondiente al número del 1ro de enero de 1916, puede leerse lo siguiente:

Desde hace algún tiempo leo en la mayoría de los periódicos de esta Isla, la opinión de escritores autorizados, sobre la alta misión que debe ejercer la prensa, la cual está llamada a hacer sentir su poderoso influjo en las costumbres públicas.

Voy a permitirme exponer mis humildes juicios ante todo el pueblo cubano, pueblo que amo verdaderamente; aunque, quizás mis compatriotas encuentren en mis ideas, mucho radicalismo, o mucho de exageración.

Creo que debe ser la prensa el espejo austero de la verdad en todos los órdenes de la vida humana, el cristal pulido y transparente a través del cual deben aparecer con todo su esplendor la virtud para admirarla y difundirla con todas sus grandezas; y el vicio y el crimen para exponerlos y abominarlos, señalando ante las colectividades a aquellos individuos que se encuentran manchados para que se les conozca como son: con sus defectos en todos sus actos.

Debe enseñar con su propia práctica, a la sociedad, el sendero del bien de la virtud y del patriotismo, y también debe rechazar con noble actitud la corrupción y el pillaje, presentando ante el pueblo ciudadano manchado por el deshonor, al prostituido para que ese pueblo

lo conozca. [...]

Para ella no debe jamás haber jerarquías, títulos ni honores, sino tan sólo seres llenos de virtudes. [...]

Y cuando la prensa de un país se vende al poderoso por un puñado de oro, cuando se compra su silencio y sus campañas periodísticas son con fines bastardos, cuando trata de despojar de sus grandes virtudes al ciudadano honrado, cuando defiende de igual modo al corrompido ladrón e inmoral, [...] cuando le rinde culto al pillaje y al robo, cuando aplaude y enaltece el fraude electoral y la postergación de honrados ciudadanos, cuando sus compañeros políticos— que siempre deben ser de alta moralidad y espíritu de justicia— se truecan en compañeros de conveniencia monetaria, el pueblo que tiene esa prensa, que consiente esa prensa, que convive con esa prensa, está completamente perdido, es una sociedad que marcha directamente al suicidio colectivo, pues sus guías están completamente corrompidos y por tanto no son merecedores de ser hombres libres.[...]

Un escrito crítico como el antes mencionado, en aquella sociedad corrupta y pro yanqui de 1916, debió haber sido como la explosión de una bomba y, en consecuencia, el autor debió ganarse muchas enemistades de los privilegiados y periodistas vendidos al poder de turno. Pero así, con los principios por delante como hizo siempre cuando estuvo al frente de la Agencia General Revolucionaria, fue creciendo en esta nueva lid el prestigio del Agente General Luis y de su revista *Patria y Libertad*, donde colaboraban destacadas figuras de la cultura y la independencia como

el mayor general Emilio Núñez, quien fuera presidente de la Asociación de Veteranos de la Independencia y los patriotas intelectuales, Manuel Sanguily y Enrique José Varona, entre otros.

En la revista también aparecían permanentemente artículos y comentarios sobre las principales figuras de las luchas independentistas y efemérides relacionadas con las tres guerras. Todo se hacía con la intención de rendir tributo a los héroes y para que los lectores pudieran contrastar el ejemplo de estos, con aquellos que se habían vendido y traicionaban ahora la causa cubana. Por esas razones, aparecieron en sus páginas las fotos y nombres con información de muchos de los agentes que estuvieron bajo el mando del Agente General Luis. Así, por ejemplo, en el número correspondiente al 1^{ro} de agosto de 1916, apareció el acta de fundación de la agencia, a la que le antecede una valiente introducción contra la corrupción, escrita por el Agente General Luis:

No hay que pedir cotufas en el golfo. En el actual momento psicológico, como suele decirse sin pizca de psicología, es vana pretensión la de querer que se conmemore el patriotismo de los cubanos que, con riesgo de su vida, sirvieron, antes de la revolución y durante ella, desde las ciudades y pueblos dominados por el gobierno colonial, a la causa de la independencia. Las reyertas de las facciones políticas, en las cuales andan confundidos patriotas y traidores, vanidosos y logreros, varones prudentes e imprudentes jaques, águilas y reptiles, lobos y corderos, ciegan los entendimientos y pudren los corazones.

Ante tamaña realidad, lo patriótico es ahora

inoportuno y romántico, según se ha dado en la flor de calificar, con insuperable ignorancia, a cuanto sea noble y desinteresado; pues lo necesario y conveniente es hacer política, aunque se deshaga la patria, no sirviendo los grandes y las grandezas de la Revolución, sino para adornar vistosamente la arenga atronadora de un orador callejero o el manifiesto vacuo de una gavilla de politicastos.

Así y todo, queremos ser románticos: es una vanidad, como cualquiera otra, pero improductiva, como ninguna, puesto que con ella no se grava en un sólo céntimo el tesoro público.

Queremos tener la inoportunidad de ocuparnos en esta temporada del “toma y daca” en la meritísima Agencia General Revolucionaria que, constituida en 1895, estuvo funcionando hasta la terminación de la guerra de independencia.

Muchas cualidades positivas enriquecieron la personalidad de quien se había responsabilizado con cada salida de la revista. En este otro artículo, escrito por él, y publicado en el número correspondiente al 1^{ro} de enero del mismo año 1916, con el propósito de rendir homenaje a un amigo negro espiritista llamado Feliciano Acosta, fallecido ya en esos momentos, es fácil apreciar su sencillez y sentido de gratitud:

No quiero llevarme a la tumba un secreto, quiero que mis paisanos —los hijos de Villa Clara— sepan que mi educación intelectual y política es obra de Chano Acosta, de aquel hombre de color, puro y sencillo que me enseñó a amar el

bien, la justicia y la libertad de mi tierra [...].

En cierta ocasión, el Agente General Luis, preocupado por mejorar la revista, solicitó consejos a un amigo. Este le dijo que suprimiera de ella la palabra Revolución. La respuesta no se hizo esperar, la dio a través de un contundente artículo, titulado “No queremos hacer política”; salió a la luz en el número correspondiente al 1ro de julio de 1917. En él criticó fuertemente la forma en que se vivía en esos momentos y expresó que solo interesaba el lucro y el bienestar personal. Una reflexión que aparece en el artículo es la siguiente:

[...] Pero tenemos que confesar con dolor que mientras más nos alejamos de aquellos días de recios combates por la libertad, se entibian más los sentimientos patrióticos y preocupa menos el engrandecimiento de nuestra nacionalidad.

Posteriormente, en 1918, con el objetivo de conmemorar el 24 de Febrero, publicó un hermoso trabajo, en el número de febrero de ese año, en él puede leerse:

Hoy hace 23 años de aquel hermoso día de júbilo y contento y hoy hace 18 años que estamos gozando de nuestra personalidad jurídica.

No como revolucionario, sino en mi calidad de anciano [...] suplico a todos mis paisanos, a todos los hombres de buena voluntad, que recuerden por un momento los torrentes de sangre que se han derramado, las lágrimas que se han vertido y las riquezas que se destruyeron

para conseguir este día de derecho.

En nombre de los muertos y de los que aún vivimos, yo tengo el deber de pedir a los cubanos, mucho amor, mucha unión y si llega el caso, muchos sacrificios; antes morir que legarle a nuestros hijos la tierra esclavizada y corrompida.

El que tenga el corazón enfermo, apartémoslo del camino, de ese camino que es tan sólo para los grandes ciudadanos que supieron cumplir con su deber de hombres libres.

Laureles y recuerdos eternos para los muertos; unión fraternal para los vivos.

En otro escrito de él, publicado en su revista el 20 de mayo de 1918, bajo el título “De todo un poco”, comentó sobre las piedras preciosas, en cuyo contenido es posible percatarse de su exquisita sensibilidad y gran cultura al referirse a Shakespeare, Miguel Angel, Murillo, Milton y Lord Byron.

Con el objetivo de continuar denunciando aquellos males de la sociedad neocolonial en la que desgraciadamente tuvo que vivir, escribió otro artículo, titulado “Madera de esclavos”, que apareció en *Patria y Libertad*, el 1^{ro} de abril de 1915:

Nada es más triste para un ciudadano que luchó por la independencia de su pueblo, que sin debilidades arrastró los horrores de la guerra, que supo sufrir y luchar para conquistar la libertad que tener que vivir en una República donde la mentira se convierte en una institución nacional, donde el civismo merece la censura o el castigo de los que gobiernan.

Si no conseguimos por la práctica constante

de las virtudes cívicas modificar nuestras tendencias atávicas, volveremos a ser esclavos. ¿De quién? Del primer amo que se presente.

PERSONALIDADES RECONOCEN LOS SERVICIOS PRESTADOS POR EL AGENTE GENERAL LUIS

En mis largas luchas por la independencia he admirado el valor en sus distintas fases. Soldados valerosos y sufridos que han afrontado la muerte con un estoicismo sólo comparable a aquellos espartanos que, inmortalizando a su pueblo, han vivido a través de los siglos en las páginas más brillantes de la Historia. He observado y sentido las angustias en medio de horribles tempestades, en barquichuelos navegando hacia la costa donde en la noche oscura desembarcaban esperando caer en emboscada traidora sin que ni un solo momento los pies flaquearan en su entusiasmo por acudir en auxilio de la patria esclavizada; pero lo que yo más he admirado son estos hombres que en las ciudades, en la sombra, sin gloria, sin aspiraciones o futuras recompensas, exponían con tranquilidad inconcebible la vida para cooperar en la medida de sus fuerzas al triunfo del ideal.

Uno de esos hombres, José de J. C. Pons y Naranjo, conocido por el seudónimo de "Agente General Luis", trabajó sin descanso durante todo el tiempo de la guerra de

independencia en esa labor obscura y fecunda sin otra aspiración que ver a su patria libre.

No es ni general, ni capitán, ni siquiera soldado, pero es un patriota, un enamorado de la libertad, del progreso, y, como en la guerra, ahora en la paz contribuye con su grano de arena a la consolidación de la República propagando desde las columnas de "Patria y Libertad" de que es Director, ideas de amor y concordia entre los cubanos, único medio de salvar nuestra vacilante nacionalidad cada día más amenazada por el desamor de muchos cubanos y las corrientes de opinión que se van formando en la República Norte Americana, que si bien ayudó a darnos vida, no confía en nuestra viabilidad como pueblo independiente.

José de J. C. Pons y Naranjo merece bien de la patria por lo que hizo en la guerra y por lo que está haciendo en la paz; y ojalá que tantos cubanos que merecen en nuestra tierra el calificativo de ilustres siguieran su ejemplo y sintieran como él las tristezas del momento actual, a la par que trabajasen con el mismo entusiasmo para asegurarnos un porvenir mejor.

*Carta del mayor general Emilio Núñez,
21 de enero de 1921.
(Archivo del autor)*

Hombre, no conoce otro mundo que el del trabajo que fortalece y ennoblece. Cuando llega la hora tremenda en que la patria exige el sacrificio de sus hijos, va sin titubear a tomar

el puesto más difícil, no el más visible, aquel en que en el riesgo inminente no se presenta a las claras y tal cual vez, sino desde donde el peligro viene desde todas partes y es de todos los instantes. En los duros años que la vida de los cubanos en los pueblos ocupados por los españoles transcurre entre zozobras reiteradas, el Agente "LUIS" sigue lleno de entereza y de confianza su labor patriótica, que puede costarle cualquier día el presidio o el cadalso.

Difícil resulta, después de pasado el peligro y cuando las relaciones sociales se han normalizado, apreciar bien las condiciones de carácter, de firmeza, de sagacidad, que exige un trabajo secreto de esta clase. Pero los que han dirigido las grandes operaciones de la guerra y de su preparación dentro y fuera del país saben el singular valor de estos auxiliares, todo abnegación. El de Pons y Naranjo, durante nuestra guerra emancipadora, no fue superado.

Una vez terminada, se le ha visto volver sin vacilar a sus habituales tareas, infatigable en el trabajo, como infatigable había sido en el esfuerzo revolucionario. Pero no se le ha visto desertar de su puesto de patriota. Ha continuado la propaganda cívica con la misma constancia con que laboró, en los días tremendos de la guerra, por hacerla posible. Al frente del periódico de los veteranos, al que se ha consagrado con el más meritorio desinterés, prosigue su tarea por hacer de Cuba una tierra verdadera y plenamente libre; es decir, una tierra donde todo sano pensamiento pueda fructificar, donde toda

actividad honrada encuentre campo franco, y no tropiece con trabas artificiales. ¿Puede concebir de otro modo la libertad quien todo lo ha debido a las aspiraciones de su mente llevada sin esfuerzo al bien y a los frutos de su trabajo perseverante, que no se ha engrosado con el privilegio, ni con el despojo?

Hombres de este temple de alma, aquí como en todas partes, son los verdaderos fundamentos del edificio social. Pero ellos, aunque se desencadenen las tempestades, permanecen incommovibles, de frente al porvenir.

Carta de Enrique José Varona,
20 de diciembre
(Archivo del autor)

Muy estimado y distinguido amigo: Aunque no me encuentro en las condiciones de cuerpo y de espíritu apropiadas, tengo, sin embargo, verdadero gusto en ponerle a V. algunos renglones para satisfacer sus deseos de que el libro que se propone V. publicar contenga modestas expresiones de mi afecto, al lado de las brillantes que le han dedicado amigos de V. más antiguos y, por tanto, más conocedores que yo de sus servicios patrióticos y de su historia revolucionaria.

Además, ellos fueron la fuente de mi información, y por ellos pude conocer su vida pública para estimarla en lo mucho que vale, y admirar las cualidades cívicas que le adornan a V. y que ella fue ocasión de revelarse y ser utilizadas en beneficio de la Revolución.

Esos informes de amigos inteligentes y justicieros me han hecho apreciar altamente entre otras superiores dotes, su sereno valor y su desinteresada perseverancia. Después las frecuentes ocasiones en que recientemente he tenido la oportunidad de conversar larga e íntimamente con V. sobre asuntos variados y muy en particular sobre el desenvolvimiento histórico y los más recientes sucesos de nuestra vida política, me han facilitado el penetrar en el ánimo de V., en cuanto mis escasas capacidades me lo han permitido, con la íntima satisfacción de haber tropezado en la mina de generosidad y de benevolencia, de humanidad y de belleza moral, encerradas en su corazón para dirigir su noble carácter e inspirar su conducta.

¿Qué más puedo decirle? A sus hijos y descendientes, si pudieran leer estas mal pergeñadas líneas, sí les advertiría que si fue meritoria en sumo grado la actuación de V. como patriota, todavía lo mejor, y, por tanto, más digno de loa y de imitación como ejemplo de virtud y de bondad, para amar a los hombres y merecer de ellos el amor y la gloria, —ha sido, a mi juicio, la voluntad constante que noto en V, de hacer el bien, de ser provechoso al prójimo, y la sabia disposición de espíritu, de no esperar más ni más preciada recompensa que la íntima satisfacción de una conciencia honrada.

Carta de Manuel Sanguily,
Mayo 11 de 1921
(Archivo del autor)

Certifico: que durante todo el período de la guerra conocí al señor José de Jesús C. Pons y Naranjo, como agente revolucionario y como tal hubo de prestar grandes y valiosos servicios a la causa que nosotros defendíamos.

Puedo hacer constar también que estos servicios se prestaron mientras estuve de Jefe de Brigada y de División en la Provincia de Pinar del Río, y durante mi residencia en las Provincias de Santiago de Cuba Matanzas y Santa Clara, así como esos servicios aunque de orden civil llevaban consigo el riesgo de ser castigados los que los prestaban por las autoridades españolas.

Certificación del general de división J. E.

Ducasse.

1^{ro} de enero de 1900

(Archivo del autor)

Certifico: Que durante toda la última guerra por la independencia de Cuba, oí hablar constantemente de los servicios excepcionales y, peligrosos para su libertad y vida, que venía prestando a la causa de la República y al Ejército Libertador, el señor José de Jesús Candelario Pons y Naranjo, a quien oficialmente se conocía con el nombre de “Agente General Luis”.

Puedo asegurar que siempre estuvo en comunicación con el General en Jefe de nuestro Ejército, a quien remitía, desde las ciudades ocupadas por el Gobierno Español, bien por sí o por agencias intermediarias y siempre acatando sus órdenes, correspondencia oficial y privada.

Terminada la guerra y deseando ya en La Habana conocer personalmente al “Agente General Luis”, me lo presentó como tal el señor Juan García Martí, al referido señor José de Jesús Candelario Pons y Naranjo, sabiendo entonces su verdadero nombre.

Certificación del general José Rogelio del Castillo,
17 de nov. 1904
(Archivo del autor)

Certifico: Que el señor José de Jesús Candelario Pons y Naranjo, fundador, con el seudónimo de “Agente General Luis”, desde el año mil ochocientos noventa y cinco de una Agencia General de Auxilios y Comunicaciones establecida en la ciudad de La Habana, con el fin de cooperar al mejor éxito de la Revolución Libertadora y en relación constante con todos los Cuerpos del Ejército Republicano de Cuba, durante la última guerra por la independencia, prestó, según me consta, servicios eminentes con exposición grave de su vida y sacrificio de sus intereses, a la causa de nuestra libertad.

Por lo que a mí hace, afirmo bajo la fe de mi palabra y con prueba documentad si fuera preciso, que habiendo sido enviado por el ilustre General en Jefe, ciudadano Máximo Gómez, a rendir, desde el campo de operaciones, una delicada Comisión a los Estados Unidos, fui trasladado de Caibarién a La Habana por orden y con recursos propios del señor Pons y Naranjo, a quien entregué pliegos cerrados del General en Jefe como así mismo la importante y voluminosa correspondencia que traía para la delegación del Partido Revolucionario establecida en la ciudad de New York.

El señor Pons y Naranjo me manifestó el día mismo de mi llegada a la Habana que debía celebrar una entrevista con el señor Tosca, empleado del Consulado General de los Estados Unidos, que desempeñaba entonces el digno General Lee, entrevista que se efectuó por la noche, habiendo sido el referido señor Tosca quien me condujo a bordo del vapor americano que había de trasladarme a aquella República, y con este motivo adquirí la convicción de que el señor Pons y Naranjo estaba en continua e íntima relación con el mencionado señor Cónsul, que le distinguía en gran manera por su patriotismo y su acendrado amor a la causa de nuestro derecho y de la libertad humana. Debo hacer constar que el precio de mi pasaje a Nueva York, fue satisfecho de su peculio por el señor Pons y Naranjo; y que estos hechos tuvieron efecto durante el mando del General Español Valeriano Weyler.

Certifico además que, al terminar la guerra libertadora, encontré al señor Pons y Naranjo agregado al Cuartel General de la República, y que continuó prestando sus brillantes servicios a nuestro Ejército, hasta que éste hubo de ser disuelto.

Certificación del coronel Fernando Méndez
Miranda,
1ro de enero do 1900
(Archivo del autor)

Certifico: Que conozco al señor José de Jesús Candelario Pons y Naranjo, desde los comienzos de la última guerra de Independencia, constándome que a partir del año 1880, no cesó

de conspirar contra la dominación española en Cuba, de acuerdo con el inmortal José Martí y otros ilustres compañeros de nuestra Libertad. De igual manera afirmo que el señor Pons y Naranjo era conocidísimo en todos los Cuerpos de nuestro Ejército bajo el seudónimo de “Agente General Luis”, por estar en constante comunicación con ellos, los cuales por su conducto se relacionaban entre sí y con los agentes revolucionarios residentes en los Estados Unidos.

Declaro así mismo, que, al incorporarme al Cuartel General del General en Jefe, ciudadano Máximo Gómez, allí encontré al señor Pons y Naranjo, y habiendo sido yo comisionado por aquel ilustre Jefe para rendir un encargo patriótico importantísimo y delicado de la Provincia de La Habana, el general Gómez ordenó al Agente General Luis, que me acompañara hasta ponerme fuera de peligro. El señor Pons cumplió fidelísimamente el mandato, conduciéndome con extraordinaria habilidad por entre lugares ocupados por tropas españolas y sorteando cautelosamente el alcance de los fuegos de los fuertes enemigos hasta llevarme hasta la población misma de Caibarién, desde donde fui enviado por ferrocarril a la ciudad de La Habana bajo la dirección del señor Pons. En dicha Capital fui remitido por el Dr. Diego González, (seudónimo de Perfecto Lacoste quien era el Delegado del PRC en La Habana) avisado oportunamente por el Agente General Luis, debiendo advertir que corrieron de cuenta de éste todos los gastos de mi peligroso viaje.

Estimo, pues, que el señor José de J. C. Pons y Naranjo no sólo merece la admiración y gratitud de todos los cubanos, y en primer término de los

revolucionarios, por su ejemplar patriotismo y por los numerosos y eminentes servicios que prestó a la causa republicana de nuestra Patria con absoluto desinterés personal y grave riesgo de su vida, mil veces comprometida, sino que sobrado derecho tiene a que se le reconozca el grado que de derecho le corresponde en el Ejército Libertador.

Certificación del coronel Andrés Hernández
Zúñiga,

14 de marzo de 1900

(Archivo del autor)

Certifico: Que durante todo el tiempo de la campaña, se presentaron por los distintos Clubs establecidos en el territorio de la República, infinitos cuantos valiosísimos servicios a la causa de la Revolución y por el “Agente Gral. Luis” —hoy señor José de Jesús Candelario Pons y Naranjo— especialmente el Cuartel Gral del Cuanto Cuerpo, hubo de recibir inapreciable ayuda, no haciendo mención de los distintos servicios por él prestados, en este escrito; pero cito el envío al extranjero de comisionados del campo de la guerra y la remisión de efectos de imprenta, para el periódico órgano del Cpo. de mi mando.

Certificación del mayor general Francisco
Carrillo,

15 de febrero de 1905

(Archivo del autor)

Certifico: Que desde el mes de febrero de 1897 en que tomé el mando de las fuerzas

de la Segunda División del Quinto Cuerpo, mandando también posteriormente el Quinto Cuerpo de Ejército hasta que terminó la guerra, recibí en distintas épocas correspondencia y efectos remitidos por el Agente General Luis, y al llegar al campamento del General en Jefe, poco después de terminada la guerra, en Boffill, me fue presentado como el citado Agente General Luis el señor J. De J. C. Pons y Naranjo.

Certificación del general Alejandro Rodríguez,
10 de diciembre de 1904
(Archivo del autor)

RELACIÓN DE ALGUNOS AGENTES DE LA AGENCIA GENERAL REVOLUCIONARIA

José de Jesús Ramón de la Candelaria
Pons y Naranjo.....Agente General Luis
Antonio Gavilán.....el Pájaro
Agustín G. Osuna.....Sr. Jorge
Alfredo Presas.....Iris
Rafael G. Osuna.....Florier Federico de
León El Guajiro
Juan G. Martí.....2^{do} Luis
Fortunato Caillet Tejitas
José S. Sibón.....Paloma
Federico Malgrat y Hernández.....el Diablito
Luis E. García.....Estrella
Dr. Federico Mora.....el Cónsul
Isidro F. Boada.....Oriente
Pedro Rodríguez Mora.....Jimaguayú
Pedro Benítez Torres.....Pato
Andrés Hernández.....Sur
Nicasio Estrada Mora.....(no se ha podido identificar)

Magín Hernández.....Horacio
Alfredo Martín Morales.....(no se ha podido
identificar)
Luis Veiasco.....No.15 AC
Gustavo Casanova.....(no se ha podido
identificar)
José Llera.....América
Vicente Smiart.....Mar

Bibliografía

- ABREU CARDET, JOSÉ: Guerra sin rostro, Holguín, 1991.
- CALLEJAS, BERNARDO: (Selección, prólogo y notas) Máximo Gómez en la independencia patria, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.
- ESTRADE, PAUL: “La Pinkerton contra Martí”, Anuario no. 1, C.E.M., 1978.
- GONZÁLEZ BARRIOS, RENÉ: *La inteligencia mambisa*, Imprenta Central de las FAR, La Habana, 1988.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ: *Epistolario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.
- : Poesía Completa, Edición crítica, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.
- : Obras Completas, Edición Crítica, La Habana, 1983.
- : Obras Completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- : Obras Escogidas, Editora Política, La Habana, 1981.
- RODRÍGUEZ LA O, RAÚL: *Dolor Infinito*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2000.
- : *Máximo Gómez: pasión y entrega*, Editorial CARRIEVA, República Dominicana, 2002.
- ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE MADRID: Fondo

Sociales, La Habana, 1993.

———: *Poesía Completa*, Edición crítica, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.

———: *Obras Completas*, Edición Crítica, La Habana, 1983.

———: *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

———: *Obras Escogidas*, Editora Política, La Habana, 1981.

RODRÍGUEZ LA O, RAÚL: *Dolor Infinito*, Ediciones Verde de Olivo, La Habana, 2000.

———: *Máximo Gómez: pasión y entrega*, Editorial CARIÉVA, República Dominicana, 2002.

ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE MADRID: Fondo de Ultramar, Legajo 4887.

ARCHIVO LEANDRO RODRÍGUEZ: *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*, La Habana, 1950.

ARCHIVO NACIONAL DE CUBA: (Seis cartas manuscritas del agente Herminio a Amosdeo —Vicente García— entre 1876 y 1877), Fondos Donativos y Remisiones, caja 474, no. 37.

———: Fondo Donativo y Remisiones, Legajo 105, nos. 28, 42 y 43.

———: Fondo Instrucción Pública, 1891, Legajo 926, no. 58677.

ARCHIVO PERSONAL DEL AUTOR.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS: *Documentos sobre José Martí*, Anuario no. 2, 1979.

REVISTA: *Patria y Libertad*, no. 24, 1ro de agosto de 1916.

Testimonio gráfico

CUADRO CONTROL

CLAVE : HABANA

— RITMO: 9-2-3-2-16-2

	A-2	A-3	A-9	A-16			A-2	A-3	A-9	A-16
2	A					24	U	T	Ñ	I
3	B	A				25	V	U	O	J
4	C	B				26	W	V	P	K
5	D	C				27	X	W	Q	L
6	E	D				28	Y	X	R	LL
7	F	E				29	Z	Y	S	M
8	G	F				30		Z	T	N
9	H	G	A			31			U	Ñ
10	I	H	B			32			V	O
11	J	I	C			33			W	P
12	K	J	D			34			X	Q
13	L	K	E			35			Y	R
14	LL	L	F			36			Z	S
15	M	LL	G			37				T
16	N	M	H	A		38				U
17	Ñ	N	I	B		39				V
18	O	Ñ	J	C		40				W
19	P	O	K	D		41				X
20	Q	P	L	E		42				Y
21	R	Q	LL	F		43				Z
22	S	R	M	G						
23	T	S	N	H						

Clave a través de la cual José Martí se comunicaba con Juan Gualberto Gómez.

CUADRO CONTROL

CLAVE: MARIA
RITMO: 15-2-21-10-2

	A-2	A-10	A-15	A-21
2	A			
3	B			
4	C			
5	D			
6	E			
7	F			
8	G			
9	H			
10	I	A		
11	J	B		
12	K	C		
13	L	D		
14	LL	E		
15	M	F	A	
16	N	G	B	
17	Ñ	H	C	
18	O	I	D	
19	P	J	E	
20	Q	K	F	
21	R	L	G	A
22	S	LL	H	B
23	T	M	I	C
24	U	N	J	D
25	V	Ñ	K	E

	A-2	A-10	A-15	A-21
26	W	O	L	F
27	X	P	LL	G
28	Y	Q	M	H
29	Z	R	Ñ	I
30		S	Ñ	J
31		T	O	K
32		U	P	L
33		V	Q	LL
34		W	R	M
35		X	S	N
36		Y	T	Ñ
37		Z	U	O
38			V	P
39			W	Q
40			X	R
41			Y	S
42			Z	T
43				U
44				V
45				W
46				X
47				Y
48				Z

Clave a través de la cual José Martí se comunicaba con el general Enrique Collazo.

23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 547, 548, 549, 550, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 568, 569, 570, 571, 572, 573, 574, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617, 618, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 630, 631, 632, 633, 634, 635, 636, 637, 638, 639, 640, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 649, 650, 651, 652, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 659, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 676, 677, 678, 679, 680, 681, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 699, 700, 701, 702, 703, 704, 705, 706, 707, 708, 709, 710, 711, 712, 713, 714, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 721, 722, 723, 724, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 731, 732, 733, 734, 735, 736, 737, 738, 739, 740, 741, 742, 743, 744, 745, 746, 747, 748, 749, 750, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 761, 762, 763, 764, 765, 766, 767, 768, 769, 770, 771, 772, 773, 774, 775, 776, 777, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 784, 785, 786, 787, 788, 789, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 797, 798, 799, 800, 801, 802, 803, 804, 805, 806, 807, 808, 809, 810, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 827, 828, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839, 840, 841, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 864, 865, 866, 867, 868, 869, 870, 871, 872, 873, 874, 875, 876, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886, 887, 888, 889, 890, 891, 892, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 899, 900, 901, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 914, 915, 916, 917, 918, 919, 920, 921, 922, 923, 924, 925, 926, 927, 928, 929, 930, 931, 932, 933, 934, 935, 936, 937, 938, 939, 940, 941, 942, 943, 944, 945, 946, 947, 948, 949, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 956, 957, 958, 959, 960, 961, 962, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 974, 975, 976, 977, 978, 979, 980, 981, 982, 983, 984, 985, 986, 987, 988, 989, 990, 991, 992, 993, 994, 995, 996, 997, 998, 999, 1000.

Facsímil del original del Plan de Alzamiento para Cuba coordinado al movimiento de Fernandina, redactado en clave por José Martí en unión de Enrique Collazo y José Marís Rodríguez, el 8 de diciembre de 1894.

ARCHIVO NACIONAL

1.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
2.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
3.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...

4.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
5.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
6.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...

7.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
8.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
9.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...

10.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
11.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...

12.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...
13.º - En 11, 13, 15, 20, 22, 24, 16, 2 cada día...

Facsímil del original del Plan de Alzamiento para Cuba coordinado al movimiento de Fernandina, redactado en clave por José Martí en unión de Enrique Collazo y José Marís Rodríguez, el 8 de diciembre de 1894.



El Agente General Luis presidente de la Agencia Central Revolucionaria, la principal organización de inteligencia con que contó el Ejército Libertador en la Guerra del 95.

INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE SANTA CLARA.

Curso de 1897 a 1898.

TÍTULO DE BACHILLER.

Núm 24

Por cuanto D. *José de Jesús Pons y Navarrete* natural de *Santa Clara* provincia de *Santa Clara* de 31 años de edad, tiene acreditado en este Instituto de mi cargo haber hecho los estudios y verificado los ejercicios académicos que señalan las disposiciones vigentes para obtener el Título de Bachiller, según consta en la Certificación de la Secretaría, que va a la vuelta, habiendo satisfecho, además, los derechos correspondientes para la expedición del Título.

El Director que suscribe ruega

AL ILLMO. SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD.

que digno mandar expedir el Título de Bachiller a favor de D. *José de Jesús Pons y Navarrete* *Sancti Spiritus* *Sancti Spiritus* *Santa Clara* *20 de Octubre* de 1897.

El Director
Don Joaquín de Larrea

DISTRITO UNIVERSITARIO DE LA HABANA.

Expedíase el TÍTULO que solicita el Sr. Director del Instituto de Santa Clara, a favor de D. *José de Jesús Pons y Navarrete* *Habana* *3 de Octubre* de 1897.

El Rector
Don Joaquín de Larrea

Por orden de S. E. se remite con esta fecha al Sr. Director del Instituto de Santa Clara el Título de Bachiller, a que se refiere esta Inscripción, firmado por el Illmo.

El Rector y el que suscribe
el día *3 de Octubre* de 1897.
Habana *3 de Octubre* de 1897.

El Rector de la Habana

Diploma de bachiller del Agente General Luis.

INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE SANTA CLARA.

EXTRACTO del EXPOSICIÓN ACADÉMICO de D. *Yosé Jesus Ramon de la Cruz Lara* Pese y natural de *Santa Clara* de *21* años de edad.

Verificó el examen de ingreso con la calificación de Aprobado en el Instituto de *Santa Clara* el día *7* de *Diciembre* 18*91*.

HOJA DE ESTUDIOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA.

ASIGNATURAS del BACHILLERATO.	Materias en el curso de	En el Instituto de	Se examinó en	CALIFICACIONES EN LOS EXERCICIOS		PREMIOS	OBSERVACIONES ****
				de letras.	Extrapolares.		
Latín y Castellano, primer curso.	1886 a 87	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Latín y Castellano, segundo curso.	87 a 88	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Retórica y Poesía	88 a 89	<i>Santa Clara</i>		<i>estable</i>	—		
Geografía	88 a 89	<i>Santa Clara</i>		<i>estable</i>	—	<i>Bueno</i>	
Historia de España	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		<i>estable</i>	—		<i>estable de 2 años</i>
Historia Universal	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Bueno</i>		
Psicología, Lógica y Ética	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Aritmética y Álgebra	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Geometría y Trigonometría	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Física y Química	90 a 91	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Historia natural	90 a 91	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Fisiología e Higiene	90 a 91	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Agricultura elemental	90 a 91	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Francés, primer curso	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Francés, segundo curso	89 a 90	<i>Santa Clara</i>		—	<i>Aprobado</i>		
Inglés, primer curso				—	<i>Aprobado</i>		
Inglés, segundo curso				—	<i>Aprobado</i>		
Asignaturas repetidas.							

APROBACION DE LOS EJERCICIOS DEL GRADO DE BACHILLER.

Verificó el PRIMER EJERCICIO el día *26* de *Septiembre* de 1891 la obtiene la calificación de *Aprobado*

Verificó el SEGUNDO EJERCICIO el día *26* de *Septiembre* de 1891 la obtiene la calificación de *Aprobado*

CERTIFICO la exactitud de estos datos, conformes con los documentos originales que obran en la Secretaría de mi cargo.

SANTA CLARA *20* de *Diciembre* de 1891.

Vto. Hvo.
EL DIRECTOR
José de Moya
 Secretario del Instituto
José de Moya

Certificación de notas del Agente General Luis.

NOTA HISTORICA:

EN HONOR DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ



PERFECTO LACOSTE

El día 11 de Marzo de 1899, la Asamblea de Representantes, como Poder Supremo de la Revolución, que funcionaba en el Barrio del Cerro, acordó:

"Destituir de su cargo al General en Jefe, pasando en consecuencia el Mayor General Máximo Gómez, que hasta ahora lo desempeñaba, a la clase de reemplazo y, suprimiéndose por innecesario y perjudicial, el cargo de General en Jefe."

Enseguida que tuve la certidumbre de este grave acuerdo de la Asamblea, cité y se reunieron conmigo los siguientes amigos en mi casa, calle del Aguila — hoy Rafael M. de Labra — núm. 34, altos, a las 6 de la tarde:

Alfredo Martín Morales,
Dr. Adolfo Cabello,
Ricardo de la Torre,
Agustín García Osuna,
Rafael García Osuna,
Gustavo Martínez,
Miguel Verna,⁽¹⁾
A. Espinal, y
Benito Lagueruela.

Se acordó: invitar al pueblo de la Habana, para celebrar una imponente manifestación de adhesión y cariño al viejo, invicto y glorioso caudillo, que tan poderosamente contribuyó a la libertad jurídica de la tierra querida.



DE FEDERICO MORA

En el acto se hizo la solicitud del permiso para la manifestación, que firmamos todos y yo en persona la llevé al Sr. Gobernador Civil, que lo era en esa época el Dr. Federico Mora, "Agente Revolucionario, cuyo pseudónimo era el de "El Consul", y que fué uno de los fundadores de la Agencia Revolucionaria."

Se nos concedió el permiso solicitado que, copiado literalmente, dice:

"Gobierno Civil de la Habana.
Oficial.

Habana, Marzo 11 de 1899.



CORONEL COSME DE LA TORRE. Sres. Alfredo Martín Morales y demás solicitantes.

Presentes:

Señores:

De orden del Sr. Gobernador Civil, comunico a Vds. la siguiente resolución: "Accediendo a lo solicitado por los Sres. Alfredo Martín Morales, José de J. C. Pons y Naranjo, A. Espinal, Adolfo Cabello, Ricardo de la Torre, Miguel Verna, R. Osuna, Agustín G. Osuna, Benito Lagueruela y Gustavo Martínez, se autoriza a dichos señores

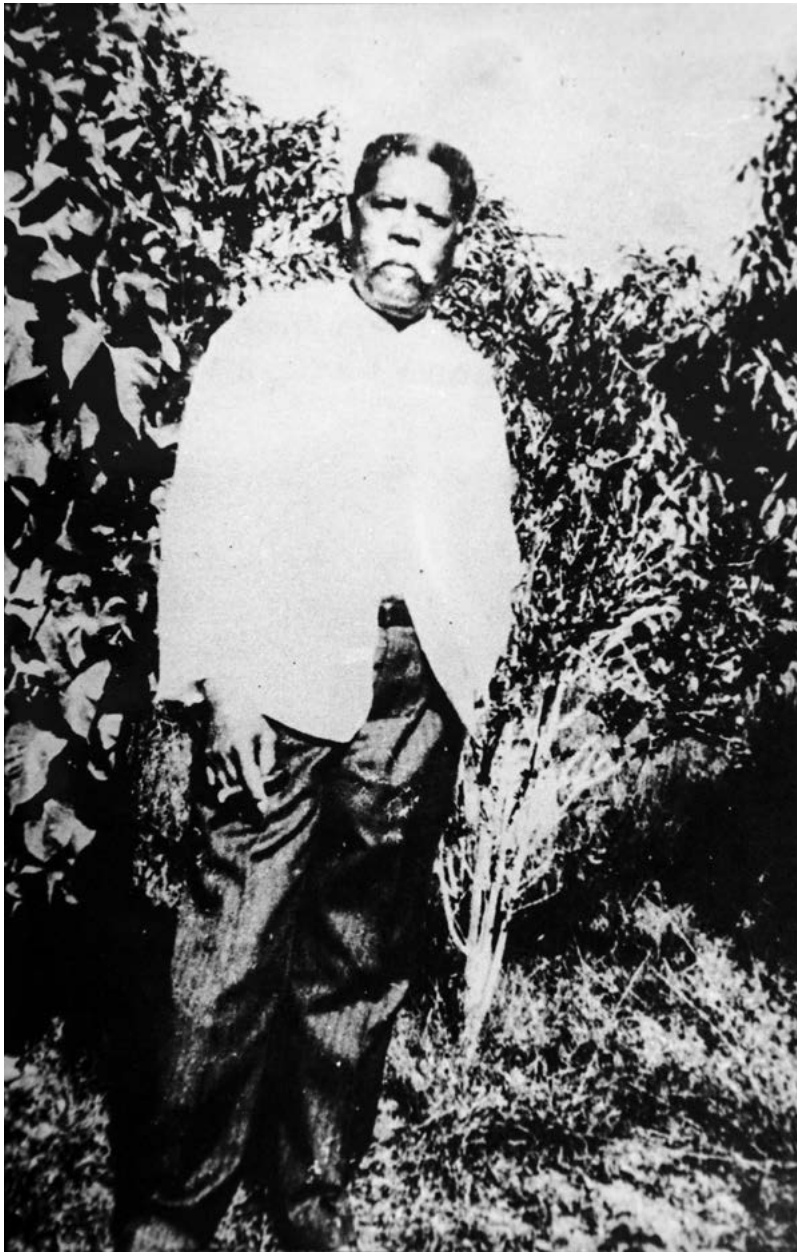
Nota histórica tomada del archivo del autor.



Comandante Miguel Ángel Duque de Estrada y Mc. Curdy quien con 18 años de edad trajo la Orden de Alzamiento dentro de un tabaco desde Tampa a La Habana y la entregó personalmente al patriota Juan Gualberto Gómez el 4 de febrero de 1895.

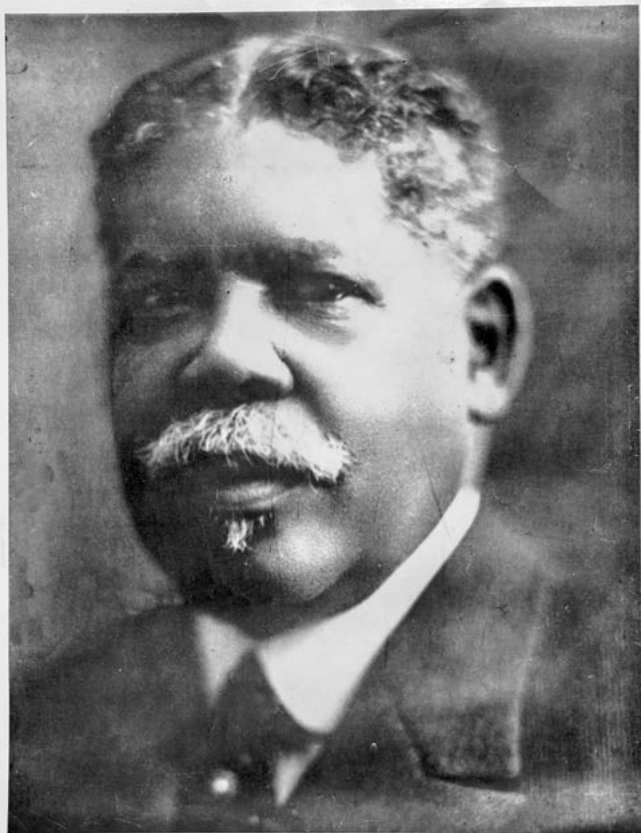


Comandante Miguel Ángel Duque de Estrada y Mc. Curdy fue cuñado del general Enrique Collazo.



Juan Gualberto Gómez fue el representante máximo del Partido Revolucionario Cubano en la Isla.

1854 JUAN GUALBERTO GOMEZ 1954

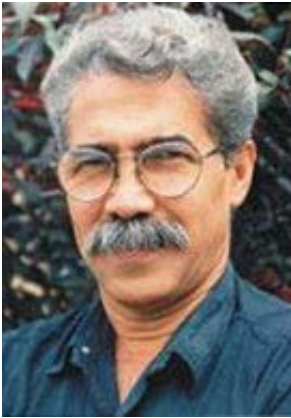


Nació el 12 de Julio de 1854.

"...Quiere a Cuba con aquel amor de vida y muerte y aquella chispa heroica con que la ha de amar en días de pruebas quien la ame de veras". **JOSE MARTI.**

Comisión Nacional del Centenario.

*Para Raul Rodríguez de O., incansable en su labor de estudio y promoción de nuestra cultura. Siempre a tu disposición
Tu amigo Juan Gualberto Gómez Gómez
Queres 10 de septiembre de 2010, La Habana.*



Raúl Rodríguez la O (Manzanillo, 1946). Historiador, investigador; miembro de la UNEAC, UNHIC y UPEC. Ha realizado investigaciones históricas en España, Francia, Argentina, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, Cuba... y ha publicado, entre otras, *Máximo Gómez: una vida extraordinaria* (La Habana, 1986); *José Martí y la independencia de Cuba* (BUENOS AIRES, 1994); *Justas peticiones* (La Habana, 1996); *Desde la sombra* (La Habana, 1997); *La Argentina en José Martí* (BUENOS AIRES, 1997); *Enigma* (La Habana, 1998); *Cruenta tregua* (La Habana, 1999); *Cuba en mi corazón* (La Habana, 2000); *Dolor infinito* (La Habana, 2000); *Máximo Gómez: pasión y entrega* (SANTO DOMINGO, 2002); *Ramón Leocadio Bonachea y la independencia de Cuba* (La Habana, 2007); y *Limbanó Sánchez y la independencia de Cuba* (La Habana, 2008).

Índice

Los métodos callados y los oficios públicos	7
Introducción	13
Un antecedente necesario	19
José Martí y la Guerra Grande (1868-1878)	23
José Martí y la Guerra Chiquita (1879-1880)	43
José Martí y la Tregua Fecunda (1880-1895)	57
José Martí y la Guerra de 1895	81
Martí alerta contra el espionaje enemigo y orienta como combatirlo	155
Importantes cartas y artículos de Martí sobre el espionaje y alta política	175
El Agente General Luis y la Agencia General Revolucionaria	205
RELACIÓN DE ALGUNOS AGENTES DE LA AGENCIA GENERAL REVOLUCIONARIA	239
Bibliografía	241
Testimonio gráfico	243
DATOS DEL AUTOR	260